

Edgardo Ronald Minniti Morgan



***COLONIA CALIFORNIA
y GALENCIA
en el Pájaro Blanco***

*

η Car

*Ediciones ETA CARINAE
Serie: Cuadernos Regionales*

Edgardo Ronald Minniti Morgan

COLONIA CALIFORNIA
En el Pájaro Blanco

*

η Car
Ediciones ETA CARINAE

Serie: CUADERNOS REGIONALES

Córdoba 2013

*(Se autoriza su reproducción total o parcial, con expresa
mención de la fuente)*

Nota previa necesaria: El presente trabajo es la versión ilustrada y ampliada del expuesto con el título “Colonia California en el Pájaro Blanco” en el III Congreso de Historia de los Pueblos realizado en Santa Fe en el Salón de la Lotería de la Provincia (Ex Cine Moderno) durante el año 1998; con el destacado historiador Dr. Guido Abel Tourn Pavillón como moderador. Constituye un homenaje familiar a esos valientes olvidados que tanto han dado por nosotros.

COLONIA CALIFORNIA



Mea verdadera culpa:

Cuando el autor comentó a sus pares de la historia de la astronomía, el programa llevado adelante para este trabajo, que lo distraía de su actividad habitual, ampliatorio de una epopeya olvidada, lo miraron como a sapo de otro charco. No concebían vínculo alguno con aquel esfuerzo propio común; como si la astronomía latinoamericana hubiese sido posible sin el esfuerzo denodado de esos desbrozadores de senda que abrieron camino al futuro, hacia las estrellas al final. Pequeños, con el vuelo bajo de

las gallinetas, no comprendían que la humanidad es una sola; que los compartimentos estancos intelectuales son prejuiciosos y obedecen a la economía de esfuerzos; aceptables en la técnica, pero no en la sabiduría, a la que debemos tender para evitar el fracaso.

Antes de abandonar esta senda que para algunos puede resultar sucia, sin embargo es cálida y esencialmente nuestra, quiere rendir homenaje a quienes considera injusto olvidar. Constituyen el basamento cierto de toda nuestra actividad. No despreciemos los pequeños esfuerzos, también conducen a la Galaxia. Valga.

Introducción:

Cuando se cumplían cincuenta años de la Independencia Nacional, en la Región del Pájaro Blanco ocurrían cosas notables, con hombres y mujeres igualmente destacados; sí, ellas también estuvieron, aunque de ellas sabemos poco, diría casi nada, pues los registros y la memoria social, traían entonces el filtro típico de las sociedades nuestras. Lo hemos dicho siempre, a la historia la han escrito los sempiternos solitarios ignorados que las más de las veces no pasan por los mármoles de las plazas, ni los nombres de los paseos. La memoria social es cruel, tanto como su hipocresía. Trataremos de rescatar del olvido la mayor cantidad posible de personas y hechos, antes de que el polvo de los tiempos los oculte para siempre. Eso sí, se impone una aclaración por determinación colectiva, no deseo personal del autor. La nominación de los protagonistas es de tendencia masculina. Nuestra sociedad, machista en sus orígenes ha privilegiado los individuos de ese sexo olvidando el apellido de la pareja. Ellos solos nada habrían podido sin ellas. Sin embargo, los registros masculinizan. ¡Pobres de aquellos que solo tenían hijas mujeres! Condenaban al olvido su nominación. Es obligado en consecuencia agregar a cada uno o una de ellos su par opuesto, luchando con igual tesón y sufriendo de la misma manera, las más de las veces en silencio, las extrañas contingencias de las raras épocas que tejían ampliando fronteras.

Al recorrer el padrón de ciudadanos argentinos, nos sorprende la diversidad de orígenes de los apellidos. Aunque tal vez él nos esté de más, solo tiene vigencia para los no alertados.

Nadie con ese luengo listado puede jamás decir que ha dado en algún lugar con uno argentino exclusivamente. Y si por esas casualidades del juego genético halla tal vez resabios de algún topónimo de la época de la conquista, de esos ancestros generosos en progenie, su rastro se halla desdibujado por las mezclas.

El capricho ribonucleico ha hecho de las suyas, escondiendo su mensaje en retorcidos arabescos. Españoles, itálicos, norteamericanos, franceses, rusos, alemanes, árabes, judíos, sudafricanos, escandinavos, etc, etc, tejen una malla intrincada, más compleja que cualesquiera de aquellas que ornan los sitios de tránsito en Europa o Asia. Esa gente vino aquí por voluntad propia, detrás de la esperanza de un mundo mejor. De un futuro para su descendencia. Así tiñeron la totalidad de la geografía del país, cargando las tintas en la pampa, en particular, las actuales provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba. No en vano decimos con cierto humor que los argentinos somos italianos que hablamos español, leemos en francés, pensamos en inglés y escuchamos música alemana; discutiendo con acentos de otros orígenes.

Algunas de las referencias que se brindan, pierden personalidad o se apartan aparentemente del tema central, se incluyen en aras de una mayor y mejor comprensión del contexto y la época. Tienen que ver con la colonización en sí, por lo que con criterio amplio se incorporan para no cometer errores por defecto. Lo contrario es subsanable fácilmente. Basta solo con ignorar la referencia y seguir adelante. No obstante, a alguien habrá de servir el dato. Eso sí. El tema no se agota con lo expuesto. Por el contrario. Se dan solo los pasos iniciales buscando interesar a investigadores e inquietos para que retomen la posta y continúen este reto al olvido.

Haremos un mosaico que constituirá un muestrario cabal de lo expuesto, aún cuando no fuere expresión justa del total, pues ciertas expresiones por cuestiones personales, políticas direccionales o el mero capricho del destino, han focalizado la selección; como también ocurre en toda historia.

Nos embarcaremos en la zona norte cercana a Colonia California y en brazos del inquieto San Javier navegaremos al garete buscando aquellos mangrullos avanzados, con la sola

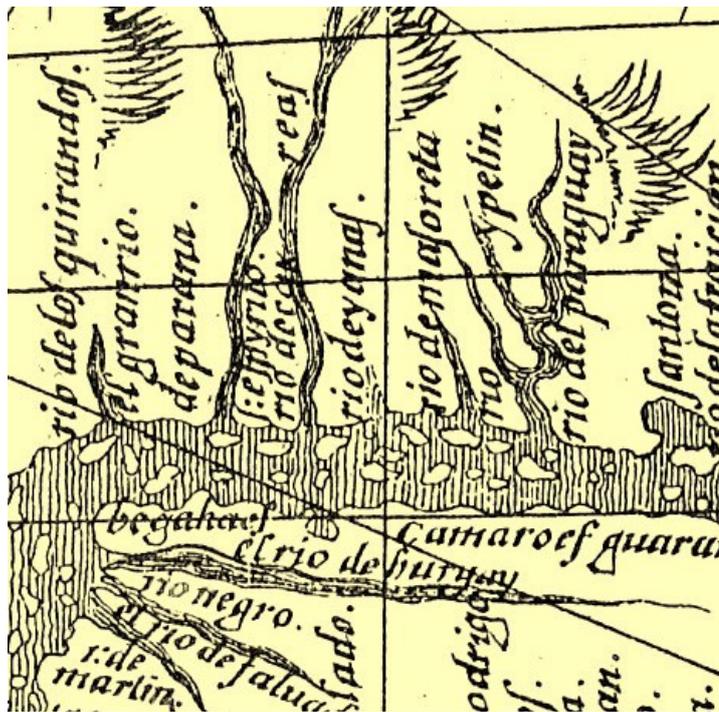
distinción de aceptar como tales a los habitantes de una colonia, cualesquiera fueren sus ocupaciones. En el principio, no solo la agricultura atrajo personas a esas extensas tierras de la costa santafesina.



Casa de Alexander Mac Lean en Colonia California, declarada Monumento Histórico Provincial.

El amplio contexto regional será cubierto a vuelo de pájaro en brazos del norte que no ha dejado de soplar desde los comienzos. Nos retornará el duro sur a nuestro lugar de referencia. Preferimos usar la acepción más amplia de sucesos, para ganar en generalidad, evitando así las injusticias de las selecciones que tanto daño han ocasionado a la humanidad a lo largo de los tiempos. De los llamados habitantes nativos nos hemos ocupado en otros trabajos y con particular esmero. Tal vez por ello, hoy nos sentimos obligados a caminar esta senda bastante difícil por cierto, sin desconocer que **colono** proviene del latín **colere** (cultivar), en su raíz. Pero el idioma es algo vivo y cambiante. Usaremos su expresión más moderna y amplia: **habitante de una colonia**. Inclusive, con la tolerancia del lector, aumentaremos su extensión incluyendo a quienes facilitaron de alguna manera, la condición de tales. También hicieron colonia, que fue el modo con que el país se hizo grande. Fue la victoria real la que nos dio el derecho. Los mármoles imitadores de otros tiempos, esconden aún mucha de la verdad que yace debajo del pasto o el asfalto de hoy.

Para quienes hemos convivido con seres humanos de distinto origen o tenido la suerte de visitar otros países de los llamados “del primer mundo”, ser argentino constituye un orgullo no fácil de disimular, que muchas veces genera reacciones adversas de los interlocutores ocasionales que ven en ello una soberbia injustificada.



Mapa regional de Gaboto de 1544

Como en muchos, aunque no lo confiesen, la identidad cultural que conforma nuestra personalidad nace de haber tomado prestadas patrones de conducta y contenidos ajenos valiosos que han llegado a regir nuestras vidas desde que nos conocemos. Algunas van cambiando con el tiempo – no siempre para bien - y lo siguen haciendo. Es natural. Otras se han afirmado, mientras todos fueron objeto de un intento de perfeccionamiento por determinados sectores, mientras otros lo fueron de sospechosa desvalorización, en un intento de hacer desaparecer aquello que nos distinguía.

Como tantos, hemos ido modificando a lo largo de la vida nuestra respuesta y espero que sigamos haciéndolo hasta que llegue el final de los días; consecuencia natural de la relación

dinámica de los individuo con la sociedad, sus pares y los éxitos y fracasos sobrevenidos.

Debemos sentir lástima por aquél que permanece asido fanáticamente a una estructura mental adoptada en los comienzos, a una actitud asumida caprichosamente, cuando generalmente aún no se tiene capacidad plena de selección y se manejan elementos intuitivos, accidentales o ajenos para hacerlo. Esa identidad cultural “prête à porter”, tomada o impuesta accidentalmente puede ser un recurso válido inicial, a veces necesario, pero nunca de vigencia permanente, en tanto la sociedad y las personas, por razones de un natural dinamismo vital, cambian y se transforman, tanto como lo hace nuestro querido idioma adoptado.

Estoy convencido de que la verdadera identidad cultural en libertad, se consigue y se perfecciona a través de la educación, por el conocimiento y el amor, vía necesaria hacia la sabiduría imprescindible para la conciencia de sí mismo y de la situación histórica de cada uno. Como así hemos llegado a comprender que la verdadera libertad individual se ejerce no imponiendo nuestras pautas, sino respetando a las personas e ideas ajenas, por desagradables, caprichosas o abstrusas que fueren, como modo de hacer valer las propias y que la vida libre en comunidad, importa la supremacía, defensa y honestidad de la justicia, tanto como ese respeto nominal al pensamiento ajeno, por odioso que nos pudiere resultar.

Esa diversidad nos identifica para bien, no la pequeña o facciosa que tiende a limitarnos o comprometernos en acciones que esconden la mano tenebrosa o el aniquilamiento mordaz.

Prueba de esos extremos de libertad y tolerancia, lo constituye el cuerpo de normas que regula nominalmente el funcionamiento de nuestra sociedad, que era uno de los más avanzados. Ignoro si a esta altura de la manipulación política, sigue siéndolo.

Desde siempre hemos insistido en que esa realidad es independiente de los juicios de valor que antepone el individuo en su intento vital de dimensionarla o manejarla, según fuere. Nadie mejor que nosotros los argentinos, crisol de razas y pensamientos, para comprender esa tolerante y receptiva identidad cultural que nos hace y nos ha hecho ciudadanos del mundo, respetados y envidiados en aquellos aspectos positivos que nos distinguen, aún cuando –respirando por la herida- digan que descendemos de los barcos. De eso, debemos enorgullecernos, como respetables representantes de la humanidad toda.



Peón de estancia

No están todos. El esfuerzo colectivo irá complementando este esfuerzo inicial. Ello permitirá que por fin se haga justicia con esos héroes injustamente borrados de la memoria común, en su gran mayoría.

Tampoco debemos olvidar el tránsito de los españoles por la zona en el período colonial, pendiente de investigación.

La apertura de “las puertas de la tierra” en las fundaciones, se hicieron –con excepción de Corrientes – en la margen derecha del Paraná. Eran los motivos: la facilidad de acceso para embarcaciones de poco calado, la exuberancia de los frutos del país puestos a disposición por la propia naturaleza para

manutención de los exploradores, la baja belicosidad de los nativos con relación a la de los charrúas dominantes en la otra margen y la facilidad de acceso al Paraná por vías secundarias navegables para ellos la mayor parte del año: San Javier y sus afluentes desde Reconquista, A° El Verón y las bocas de Helvecia y Cayastá, utilizadas aún en tiempos históricos recientes (Último tercio del siglo XIX).



La puerta de entrada – El Río de la Plata

Otro dato importante a tener en cuenta, es que, excepto en noches de plenilunio y con extremas limitaciones por el riesgo, por estos ríos solo era factible navegar de día, ya que no se contaban con las cartas necesarias ni prácticos que lo hicieran posible con la seguridad mínima requerida.



Juan de Garay

Garay, tanto como los otros, debieron andar por aquí y no sería extraño por esos azares del destino, encontrar alguna vez en las islas o próximas a las costas, algún objeto metálico, porcelana o restos de maderas nobles viejos, carbones, extraños a la zona, que nos indiquen algún asentamiento humano pretérito; como lo

hizo Alonso de Vera y Aragón con la llamada “Cruz de Garay” y un “frasquillo de la gente”, en el Palmar de Malabrigo.



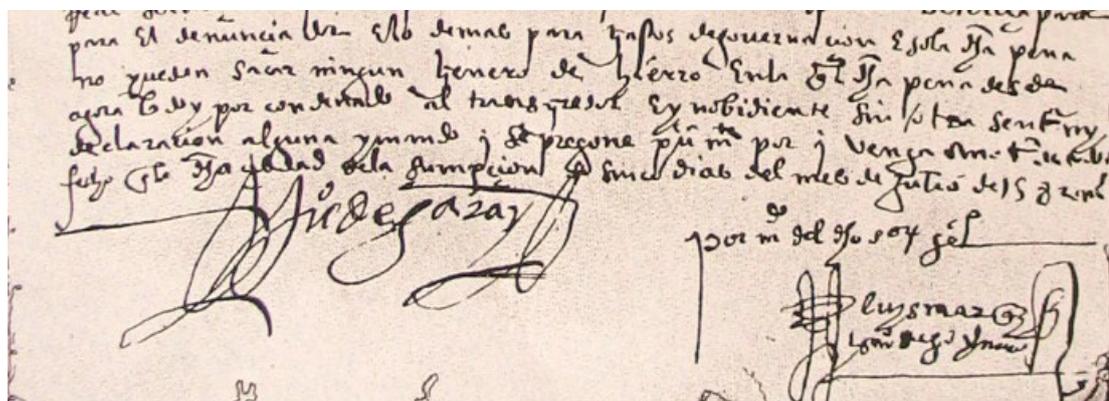
Esa hermosa puerta nuestra - Web

Vienen a la memoria las palabras de Martín de Orué desde Asunción, en 1573 que cuentan:



La “Cruz de Garay”

“De la mar hasta llegar a esta ciudad, es tierra de la más aparejada, de lo descubierta, para la crianza de los ganados y todo lo demás que en España se cría; pueden hacerse dos pueblos y más, hasta llegar a esta ciudad, uno en San Salvador do tuvo Caboto su asiento, otro en Sanctis Spiritus, a do fundó una fortaleza porque por allí se puede tratar con Chile, las Charcas y el Cuzco con muchos otros pueblos que se pueden poblar en esta tierra...”



Facsimil parcial de un documento de Juan de Garay con su firma y la del escribano

El hombre es un animal de costumbres y vuelve siempre al lugar seguro que le brindó cobijo o satisfacciones. Allí se siente tranquilo. Tampoco desconozcamos que eran viajes de “ida y vuelta”.

Debe tenerse en cuenta cuando nos enfrentamos a ese maravilloso paisaje costero. Aprender a leer la palabra del pasado con visión de futuro, es signo de madurez y grandeza. Apoyarnos en el pasado para dar fuerzas a nuestros nietos, es obligación ancestral. No perdamos el rumbo que está allí como lo estuvo para ellos: adelante.

Debemos abrir esa puerta.

El espíritu de los monjes que como en el San Javier primigenio nuestro, en Arizona erigieran San Xavier del Bac bajo la seria admonición indicadora de los saguaros, constituye algo distinto a lo que dejaron y dejan aquellos otros grupos que emigraron entonces y lo hacen ahora para sobrevivir.



Corazón de Colonia California – Google Earth

La Región del Pájaro Blanco se hallaba incluida en la Provincia Jesuítica de Paraquaria, constituyendo la Reducción de San Javier una más de las integrantes de la cadena de emplazamientos humanos capitaneados por los jesuitas, desde Córdoba, Santa Fe, Paraguay y Misiones, llegando al sur de Brasil.



Mapa de la región Paraquaria – Nombre otorgada a la misma por los hombres de la Compañía de Jesús, territorio de sus dominios- John Ogilby – 1781

No fue la sed de riquezas, de gloria, de servicio a una causa lo que trajo a tantos inmigrantes. Es la persecución política lo que movió a estos norteamericanos que nos ocupan; razón que junto con la miseria y las enfermedades, con su secuela de desintegración social que va a la zaga de las contiendas religiosas y sociales, también empujara a tantos europeos hacia aquí. Hambre, intolerancia, tuberculosis, lepra, evasión, búsqueda de libertad y sed de aventuras.

Como en todos los tiempos, unos fueron protagonistas por el accidente del parto, otros por voluntad propia o ajena o por simple sed de aventuras. Lo cierto es que estuvieron y eso ya no se puede negar ni desconocer con olvidos sospechosos.



San Xavier del Bac - Arizona

La lectura de documentos múltiples y en especial cartas familiares de entonces y conversaciones con emigrados en las ciudades fronterizas del sur de Estados Unidos, en su mayoría latinoamericanos, hacen pensar en esa razón común con certeza.



Indios arreando – de un dibujo de F. Paucke

Nadie pone en peligro su familia y enfrenta el rechazo religioso o social, las dificultades de la lengua y las diferencias de

costumbres, sin una profunda crisis básica total insoluble a mediano plazo.

Aquellos americanos del norte llegaron a ser parias en su tierra, el Estado de origen; por diferencias sectarias afrontaron el desierto y los indios para la conquista del far west, como modo de liberar las tensiones a que se veían sometidos por las luchas entre facciones religiosas, o las derivadas de la difícil situación política imperante consecuencia de la tensión civil. Y el oro no bastó. Los fueron a buscar al mismísimo lejano oeste y entonces se vinieron.



Tampoco el espacio ganado en favor de la justicia como alguacil, "cazador de hombres" por recompensas, de uno de los protagonistas de nuestra historia, que desde California llegó a internarse en Oregón persiguiendo malhechores. Entonces, esa situación existencial crítica no se solucionaba como actualmente resuelve Hollywood la trama de sus héroes. Las balas no eran de fogeo. La ambición no paraba ante la estrella de cinco puntas, por el contrario, era utilizada a su servicio. Por eso pulularon los "carpetbaggers" y sus diversas formas agraviantes, allí mismo donde la civilización era diariamente enterrada en el seco, polvoriento suelo del desierto.

Solo se imponía la razón de la fuerza.



Primitiva bomba manual-Colonia California

Aunque parezca extraño, como contrapartida inundaban aquella región personas venidas de la Europa que estaba peor y del Asia súper paupérrima relativamente próxima; Eso exigió que la misma se nutriera con las viandas llegadas de Argentina y Chile, a través de los puertos del Pacífico.

Los veloces clíppers zigzagueaban sus bordadas en un incesante y nervioso tráfico, no sólo con la madre Europa, arribando a y desde Southampton, sino subiendo y bajando trigo y carnes saladas, oro y algunas manufacturas que embrionarias, comenzaban a emitir los puertos de allá, en particular San Francisco, conforme los vectores de la oferta y la demanda lo determinaban. Así el oro de California arribaba al país trasandino y por los pasos parte a Cuyo, tras la carne necesaria para las salazones y otros insumos.

En uno de tales hechos derivados, el grupo de norteamericanos en cuestión vino a dar a Chile, donde la topografía, la característica de su territorio y de su sociedad ya estructurada y perfectamente asentada, no ofreció el ámbito propicio para su afincamiento. Hubieron de cruzar la cordillera a lomo de mulas y otra vez el desierto vasto, para llegar al Rosario.

Cayeron como anillo al dedo. La prensa lugareña pugnaba porque el gobierno santafesino promoviera la inmigración

norteamericana, por su "...odio al indio, amor al peligro, sed insaciable de bienestar, industria universal en febril actividad..."



Sector del Puerto de Rosario – 1866

Y el gobierno, que había respondido a esa requisitoria nombra ese año a un canadiense, **Guillermo Perkins**, como su agente para que promueva la inmigración de aquel país, pasando a ser una de las personas que más influyeron para el desarrollo de esta región, la que recorrió en toda su extensión con anterioridad a 1865, año de la firma del contrato de colonización del Rey con **Mardoqueo Navarro**, **Alfredo Richardson** y **R. T. English**. (**Perkins** había nacido en Toronto, Canadá, el 17 de Abril de 1827. Se radicó en Chile en 1851, donde se casó con **Parmenia Navarro Ocampo** en 1856; trasladándose a Rosario en 1858).

Así, con el grupo de norteamericanos recién llegados se efectúa una expedición que se agrega a las dos ya iniciadas por vía terrestre y fluvial hacia El Rey, llegando y encontrándose las tres en la margen de ese arroyo, en el sitio de la antigua reducción jesuítica de San Gerónimo (1748), desde donde partía un camino al Alto Perú, a la sazón abandonada.

Todo ese esfuerzo sobrehumano no se lleva a cabo sin un motor suficiente que los lleve a pagar, no sólo el peaje de la dura naturaleza, de la lucha con el salvaje; sino del rechazo por sus creencias "heréticas" y su extraña lengua y costumbres, como lo hubieron y habrían de hacerlo todos los inmigrados en condiciones similares, cualesquiera fueren los sitios de la tierra

escogida para florecer.

Se impone acotar que no fueron evadidos con deudas judiciales. Por el contrario. Los que así lo decidieron, retornaron y hubieron de prosperar posteriormente en su país de origen sin problemas, como lo atestigua la documentación para la traslación de bienes del líder activo por su deceso, a la que el autor ha tenido acceso por gentileza del historiador **Guido Tourn Pavillón**, gestiones radicadas en el Condado de Tom Green, Texas; sin contar sus viajes intermedios a Nueva York, por Buenos Aires, para proveerse de armas e implementos. El caso de **Holman Jr.** que llegó a Director General de la Standard Oil, es prototípico.

La posición geográfica: 30° 32' Sur y 59° 55" Oeste del sitio escogido para asentar Colonia California, tampoco dice nada, excepto marcar un punto en la extensa, polvorienta geografía de una región que los vientos y las lluvias del tiempo van borrando. Tal vez los cargos de conciencia por las obligaciones pendientes para con ellos, mucho ayudan. El mudo testimonio de la casa sobreviviente de **Alexander Mac Lean**, la última aún en pie, es el monumento elocuente de nuestra ingratitud. El Pájaro Blanco ha levantado vuelo, lo hemos ahuyentado.

Llegados al Rosario en el transcurso de 1866, embarcan allí hacia Santa Fe.

“Sabemos por cartas que tenemos del Rosario, que ha llegado una expedición de inmigrantes a Santa Fe, venidos por Chile de Estados Unidos, y cuyo número pasa de treinta. La venida de éstos, aunque pocos, es de mucha importancia para el país, pues según ellos mismos dicen, se prepara una grande expedición de sus compatriotas que partirán del Sur de Estados Unidos hacia estas regiones, si los informes que reciben de los exploradores son favorables.”; dice la prensa.

Esa noticia se cumplió. Luz de sebo y petróleo teje las cuentas del rosario que los recibe en la madrugada, en el lugar que la ciudad de Santa Fe por calles Cortada, Rioja y Córdoba, moja sus falanges en el río. El maestro **Villalba**, el despachante **Gordeau**, orientan a los extranjeros hacia el Hotel de Londres, donde ninguna lengua del mundo es extraña. Trasponen la cisura de calle Rioja y se instalan. Corre el año 1866.

De inmediato se ponen en contacto con las autoridades provinciales por intermedio del Secretario de Inmigración, el referido norteamericano **Guillermo Perkins**, quien los incorpora – como se dijo - a una expedición que organiza y comanda hacia el interior del Chaco. Habrán de encontrarse en El Rey con la del empresario **Mardoqueo Navarro** y la militar del comandante **Olmedo**.

La expedición terrestre estaba compuesta por **William Perkins, Juan Aguirre, Alexander Mac Lean, James B. Locket, William J. Moore, Zina Post, Francis Binitz, Josiah Reeves, John Smith, Harlow, William H. Moore, Moses J. Moore, Charles W. Burton, Albert Vidler, M.J. English, Charles Stewart, Charles Hildreth, Edward Washburn, John Penington**, cuatro peones, un capataz , dos hombres afectados a los vehículos (¿carros?) y un reducido grupo de indios incorporados en San Javier para apoyo en el monte.

Parten en la segunda quincena de Mayo y arriban al sitio del Rey el 15 de Junio. El viaje es lento y recorre las zonas de los distintos emplazamientos humanos hasta San Javier, último baluarte gris de la civilización. La localidad estaba constituida por la toltería (Reducción), la casa del cura (de adobe), la capilla (del mismo material), el fuerte a pocos metros al norte de la capilla y un puñado de casas (El censo de 1864 da para esa localidad una población única de 513 mocovíes y ningún criollo, a diferencia de Santa Rosa que anota 329 de los primeros y 502 de los segundos), tras visitar sucesivamente San José del Rincón, Santa Rosa, Cayastá y Helvecia, donde admiran las plantaciones de naranjos, iglesias blancas y una exuberante vegetación.



Puerto de Santa Fe – 1870

El periódico “El Tiempo” de Santa Fe, informaba a sus lectores el 27 de Junio de 1866: *“Tenemos de regreso al señor don **Mardoqueo Navarro** que, como ya dijimos, fue por Goya a ayudar a los propósitos de la expedición, combinando todo con el Gobierno. El señor **Navarro** salió de ésta el 2, del Paraná el 5, de Goya el 12, del Rey el 16, de Goya regresando el 23 y ha llegado a ésta ayer 26. Nos trae noticias de los expedicionarios que llegaron con toda felicidad al Rey el 12, habiéndose encontrado con ellos el 13 al mediodía. No habiendo espacio para detalles en el número de hoy, resumiremos la noticia del modo siguiente:*

Viaje feliz. 7 días desde San Javier al mismo Rey. Ni un indio, ni para remedio. Completa verdad en cuanto a la belleza del país, frondosidad de vegetación y feracidad de terrenos. Los indios son un fantasma para asustar a los necios y especulación de los pillos. Estos están acabados y reducidos a unos cuantos rateros salvajes que han heredado todo el prestigio de las antiguas razas de indígenas. Ofrecemos detalles y descripciones bajo la forma de correspondencia escrita por el señor Navarro. Saldrá desde el próximo número. Al separarse de la edición a quienes habían transmitido sus noticias, relación de estudios y

nociones prácticas sobre aquellos parajes, esta daba principio a la mensura del terreno”.(Tomado del Eco de Córdoba-07-07-1866).

Aquellos lejanos parajes decepcionan a los norteamericanos. Se resisten a instalar sus reales en la zona baja e inundable del Rey, común a la región, pese a la presión del gobierno que trata de afianzarlos allí para expandir la frontera lo más posible, colocando una fuerte cuña que frene al indio y los marginales renegados lo más al norte posible.



William Henry Moore

Rechazan decididamente la oferta formulada e insisten en asentarse cerca de San Javier, entre esa localidad y la tierra concesión del gobierno a favor de **Wilcken y Vernet**, para lo que sería a posteriori Colonia Eloísa, proponiendo la compra de un predio de algo más de doce mil hectáreas. La petición fue formalmente suscripta por **Alexander Mac Lean, William J. Moore, John Smith, Harlow Snow, James B. Lockett, Josiah C. Reeves, Thomas M. Moore, William H. Moore, Francis Bennet y Zina Post**. En una presentación formal en papel de 25 líneas (Segunda Clase 20 centavos / Año de 1866) - manifiestan:

“Los abajo firmados (sic) ciudadanos norteamericanos ante V.E. con el debido respeto decimos que a nuestro regreso de la

exploración (sic) de “El Rey” y a consecuencia de la expedición (sic) que realizamos bajo la dirección del Secretario de Inmigración Don Guillermo Perkins, hemos tomado la resolución definitiva de fijarnos para siempre en esa provincia al amparo de sus leyes y la protección de la ilustrada administración que la dirige (sic) contribuyendo al resultado de este propósito, la promulgación de la reciente ley sobre Colonización espontánea (sic) que viene a favorecer nuestro pensamiento cuya economía, aunque difiere en forma, condición y sistema hasta aquí aceptado para la colonización, en nada hiere ni las prescripciones ni el espíritu de la ley mencionada.

*Con el pensamiento de establecernos pronto, tomando al propio tiempo las tierras necesarias para parientes y... (palabra ininteligible)... de algunos de los solicitantes hemos decidido denunciar...” y prosigue el formalismo con el rito burocrático que habrá de hacer levantar el pulgar del gran César. Aquellos veinte centavos constituyeron el primer aporte concreto al bienestar común santafesino. Le agregaron después su sangre, su sudor, sus lágrimas, que engrosaron las arterias de este país nuestro, del que no siempre somos dignos depositarios. Sin embargo, se impone destacar que el propio **Guillermo Perkins** se anotó con una “Suerte de Estancia” (Superficie de una legua de frente y dos de fondo) en la denuncia de ocupación de los veinte centavos.*

Una de las primeras cartas originadas en Colonia California es la de **M. Thomas Moore**:

“California, Octubre 14 de 1866

Sr. D. Guillermo Perkins

Muy sr. mío:

Estamos establecidos al fin con nuestros terrenos mensurados, y hasta ahora sin un tropiezo. La flia. nuestra tiene 40 acres cultivados ya, y en esta semana vamos a principiar la siembra de maíz. Hemos acabado ya un excelente huerto, donde tenemos sembradas semillas de las que trajimos con nosotros y de las que compramos en Bs. As. Venga Ud. en tiempo de los melones y sandías, y creo que podremos mostrarle algo que valga

la pena. La colonia no ha perdido un animal todavía. Estos son gordos y los bueyes trabajan perfectamente. Todos los miembros de la colonia están muy satisfechos con el terreno y la localidad. Nuestra casa está casi lista; en la otra semana estaremos en ella. Hemos gozado todos de la mejor salud desde nuestra llegada a aquí. Yo puedo salir a cualquier hora y cazar un ciervo; pero saldo solamente cuando la familia necesita carne, pues los trabajos nos han apurado mucho. Esta noche que estoy escribiendo es domingo; y sin embargo no ha sido un día de completo descanso. Tengo que decirle que cuando llegamos al fortín, los indios nos recibieron con mucho cariño, y todos preguntaban por Ud. y si iba Ud. a venir por acá. ¿Qué se ha hecho de los compañeros del Rosario, que no han venido todavía? Mi padre está bueno y le manda expresiones, como también toda la familia a Usted.”

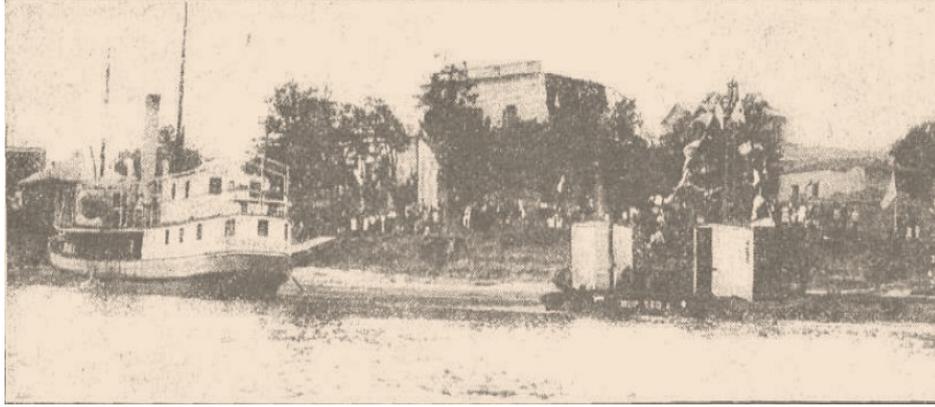
Su afectísimo.

M. Tomas Moore *(Moyses Thomas Moore)*



Moyses Thomas Moore

Hildreth, a fines de 1866 expresaba que la colonia ubicada a una legua justa del fuerte de San Javier, estaba compuesta por treinta almas, hombres, mujeres y niños.



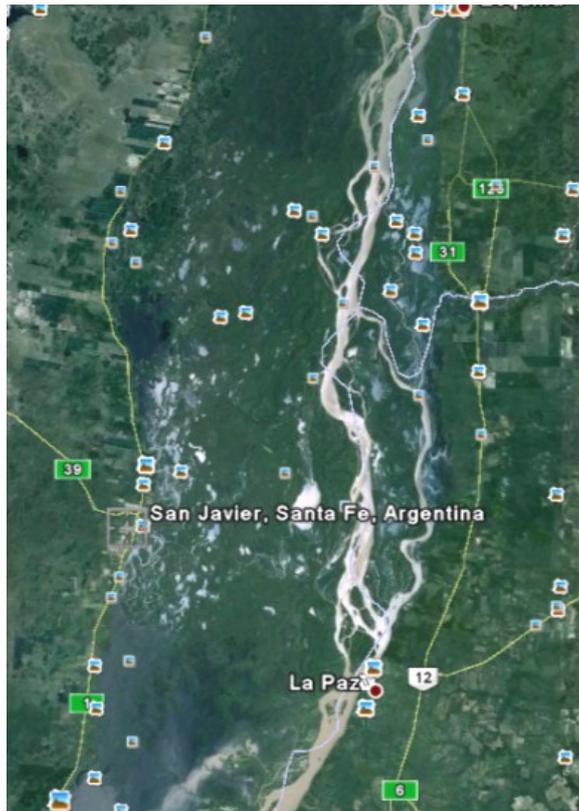
Puerto de La Paz – 1923 – CyC.

Tiempo después, afincados, algunos vecinos solían trasladarse a La Paz, Entre Ríos por vía fluvial, para pasear y obtener algunos elementos necesarios; les era más cómodo y rápido que hacerlo a Santa Fe. El viaje les costaba 5 libras esterlinas. Por otra parte podían enviar y recibir comunicaciones telegráficas, pues para entonces estaba tendida la línea Paraná - Corrientes con sus poblaciones intermedias (El Coronel Obligado enviaba todos sus partes oficiales al Comando desde Goya, Corrientes).



La Paz en una festividad patria – 1910

Este vínculo fluvial (“charter a boat”) se prolongó en el tiempo hasta el advenimiento del ferrocarril a San Javier en 1916. Tanto, que comercios de La Paz, como “El Globo de Oro” contaban con una sucursal en San Javier. (Esta firma comercial bien puede ser una filial de la conocida con el mismo nombre de la ciudad de Corrientes)



La Paz - San Javier unidas 'por el A° El Verón – Google Earth.

Concretada la operación de entre de tierras, se encomendó al agrimensor **Melitón González** la delimitación del campo comprado. La gestión trajo como consecuencia un re delineamiento de la Colonia de San Javier, con corrimiento de sus mojones al sur, para permitir completar a favor de los norteamericanos las cuarenta leguas vendidas. ¡La tierra todavía no había perdido su elasticidad; era tan amplia!

Puede considerarse el 20 de Agosto de 1866 fecha de su fundación, por los actos de ocupación real y de legitimación formal. Colonia California había nacido. Empezó a echar sus raíces en la tierra virgen a la sombra de aquél pájaro propicio immaculado.

Comisarios de
Colonia San Javier

A. McLean para sí y en representación del Henry Taylor Donald M. Lean Do. Sleeper John. Gipsou E. Thompson	W. H. Moore M. Thomas Moore John Smith M. F. English Eob. Hidreth Charles Stewart Chas W. Barton
J. B. Socket para sí y en Poder de Osborne Socket y demás	John Remington Anthony Patton
Zine Post para sí y en honorario L. S. Post	
Francis Benitz para sí y en honorario Wm. Benitz	
William T. Moore para sí	

Detalle – firmas de los colonos de Colonia California - 1866

El 11 de Setiembre de 1868 El Courrier destaca la calidad de los trigos obtenidos por esos colonos y sus vecinos, a los que califica como los mejores de la República, llamando eso sí la atención sobre el peligro de contar con la benevolencia de los indios. ¡No habrá de equivocarse!

“El año pasado ha dado San Javier el mejor trigo que se haya recogido hasta ahora en la República Argentina, y ha llegado el momento en que los esfuerzos de los colonos puedan recibir la más grande y fácil remuneración. Llamamos la atención del Sr. Cabal sobre las Colonias de San Javier. El ensayo que acaba de hacerse en otros puntos ha revelado el peligro de contar con la benevolencia de los indios. Que vuelva su atención hacia los terrenos más fáciles de proteger, donde los indios no pueden entrar sin gran peligro, creemos que la voluntad que muestra por la colonización, tendrá mejores

Elizabeth que habría nacido en Santa Catarina, Brasil. El mismo sería escocés, no se cuentan con otros antecedentes respecto de su persona. En Colonia California nació otra hija, **Frances**, entre 1868 y 1869 y **William** , entre 1870 y 1872. Se mudan a Alejandra y ahí viven hasta fines de 1873. Año en que viajan a Inglaterra para traer otros colonos; de vuelta en 1874 se establecen en la ciudad del Rosario; presuntamente para trabajar en el FFCA. Allí nacieron **Alfred** en 1874 y **Mary** en 1876. **Thompson Campbell** habría fallecido en Montevideo a los 41 años de edad.

Alarmados por las depredaciones de los indios “mansos” piden ayuda al gobierno. El mismo responde que para ayudar a contrarrestar “las malocas” debían proponer una persona idónea para comisario de la colonia. Reunidos los vecinos, el 28 de Agosto de 1869 eligen al capitán **Antonino Alzugaray** para el cargo.



Trigal

Al año y medio éste es designado también Juez de Paz de San Javier, California, Cullen, Colonia Galense, Eloísa y Francesa, en mérito a su extraordinaria labor.

Para 1870 uno de los galeses expresa en comunicación privada familiar: *“No hemos visto el país todavía, solo desde Santa Fe hasta aquí (150 millas), donde se encuentran las más florecientes colonias de la República; todavía nadie lo puede ver, pero nuestra colonia pronto será la mejor ya que tiene la mejor*

tierra, mucha agua; solo necesita gente. Cuando John vino aquí, no había gente blanca más cerca de 50 millas; en Helvecia; salvo unos pocos californianos a una legua más o menos de donde vivimos. Ahora hay una colonia francesa a una 3 leguas al sur; otra a una legua al norte (Colonia Eloísa) y se está formando la gran colonia británica un poco al norte de nosotros (Alejandra), bajo la organización de Thompson Bonar y Co. , de Londres. Hay cuatro o cinco de esta colonia y más o menos cuarenta de otras partes del país que están construyendo casas y corrales; preparando para los inmigrantes que están por venir en Marzo próximo (era octubre); tal vez ya lo hayas leído en los periódicos (¡!). Esto va a traer gran beneficio a nuestra colonia ya que están por poner un pequeño bote a vapor entre Santa Fe y su colonia, por lo tanto va a ir entre nuestra colonia y colonia California.

Hay un pueblo indio a una legua al sur de nosotros (San Javier), tiene un almacén, una pequeña iglesia católica romana; no podemos decir exactamente cuántos habitantes tiene, porque la mayoría de ellos están ausentes cazando...”

La exposición sigue. Anotamos una disgresión, dado que cita : “*tomó la tierra del señor **Smithers** de colonia California en los mismos términos...*” (arrendamiento) - se menciona, dado que tal apellido no es consignado hasta entonces en los datos recogidos por distintas vías.

La colonia se afianza y su población crece notablemente, junto con los problemas.

A fines de 1871, los colonos de la región: **Ignacio Richard**, los **Moore**, **A. Fisher**, **A. Schmeaden**, **R. Naspe**, **J.W. Briggs**, **J.J. Beckley**, **D.G. Davies**, **M. Morgans**, **J. W. Reade**, **T. Hughes**, **F. Benitez**, **W. Bruce**; **H. Naspe**, **J. Beckley**, **T. Beckley**, **R. Morgan**, **J. Robert**, **J. Davies**, **L. M. Burrell**, **R.E.Moulsdale**, **D.Jones**, **W. Davies**, **J. Morgan**, **R. Wilkinson**, **J. C. Thompson**; **H. Mac Lean**, **J.J. Francis**, **Samuel Gibson**, **G. Price**, **H. Hughes**, **J.W. Hurt**; **I. Davies**; **M.H. Mount**; **Alexander Mac Lean**; **J. Rems** y **E. Burrell**, desde Colonia California se quejan al presidente Sarmiento por la difícil situación que los aqueja, dada su desprotección frente al salvaje que recibe raciones, vestimenta y sueldos del propio gobierno nacional - dicen-; de la autorización para organizar partidas

numerosas fuertemente armadas con la excusa de cacería en las islas del Paraná que le brindan las autoridades locales, cuando en realidad lo que hacen es asolar las colonias, mientras se prohíbe lo mismo al resto de los habitantes, dificultando su defensa.

Para ese año, sobre Colonia California, un informe estadístico del gobierno nacional consigna:

Familias con que se formó 10 - población Actual número de habitantes 350 - diferentes profesiones - molinos a muela 1 - carnicería 1 - panadería 1 - herrería 1 - albañiles 2 - casas de techos de paja 42 - ranchos 48 - terrenos destinados al pastoreo: leguas cuadradas 4 – Instrumentos de agricultura: arados 117 - rastras 104 - bueyes de labor 140 - caballos 84 -.



Susana Mac Lean – Californiana, hija de Alexander Mac Lean, director de la Colonia

Notable es el informe presentado por el entonces Coronel **Manuel Obligado** sobre el apresamiento del Cacique **Juan Gregorio Chavarría**, capturado y enviado a Martín García por su participación en varios alzamientos, asesinatos e incendio de un buque frente a Goya. Se escapó de la prisión y retornó a San Javier, siendo indultado por la Nación a pedido de la Provincia.

Denuncia este notable militar ilustre, que las autoridades en lugar de moralizar las tribus e inclinarlas al trabajo para civilizarlas, cooperan para mantener la vagancia y la vida errante, ya que los jueces de paz son en su mayoría pulperos que negocian con los indios el fruto de sus correrías.

Dramático es el alegato que hace sobre la situación del misionero del lugar, al que endosa creer que ha llenado su misión solo con enseñarles a rezar sin preocuparse del mal hecho a los vecinos, al punto de tolerar -según sus palabras- que retengan en su poder cautivos cristianos.(Archivo de Gobierno. T. 35-1880) Lo expresado por ese militar pone en evidencia una clara diferencia de actitud con los originales misioneros expulsados en su momento por la corona, verdaderos civilizadores a los que aún hoy se recuerda y algunos de sus sucesores como **Obelar** o **Hermete Costanzi**; como así la hipocresía social imperante entonces, presumiblemente facilitada por convenir a los intereses de los ganaderos que querían erradicar las colonias y no pararon en promover su aniquilamiento hasta avanzado el siglo siguiente. (Prueba lo constituye el último malón en San Javier -1904).

El Tomo II de la Revista de la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe, en 1938 publica entre otros datos de interés de la región, un censo histórico de San Javier anterior a 1870, donde se capitalizan en San Javier 1 cautivo español y 2 guaraníes, en una población de 1043 almas.

Una publicación periodística brindaba las siguientes cifras para las colonias de Santa Fe en 1871:

Esperanza	2000 habitantes
Humbolt	250
Grutly	138
Sunchales	335
Carocer	no se conoce (¿?)
Guadalupe	200
Emilia	500
San Justo	300
Conde	no se conoce
Helvecia	800
Francesa	58
Nueva California	62
Inglesa	40
Eloísa	200
San Gerónimo	2000
San Carlos	1653
Las Tunas	52

Bernstandt

no se conoce

Para ese tiempo, se daba como balance de la constitución de Colonia California, que se brinda solo como información sin una base sólida, pero era la mostrada entonces por la prensa:

Año de su fundación 1866 - Fundador **Warnes** - Familias con que se formó 10 - población actual número de habitantes 350 - diferentes profesiones - molinos a mula 1 - carnicería 1 - panadería 1 - herrería 1 - albañiles 2 - casas de techos de paja 42 - ranchos 48 - terrenos destinados al pastoreo: leguas cuadradas 4 – Instrumentos para agricultura: arados 117 - rastras 104 - bueyes de labor 140 - caballos 84. (Recordemos que aún hoy el paso del río San Javier en el extremo sur de la colonia, se denomina “Paso de Warnes”; el autor desconoce el verdadero protagonismo de éste en el lugar).

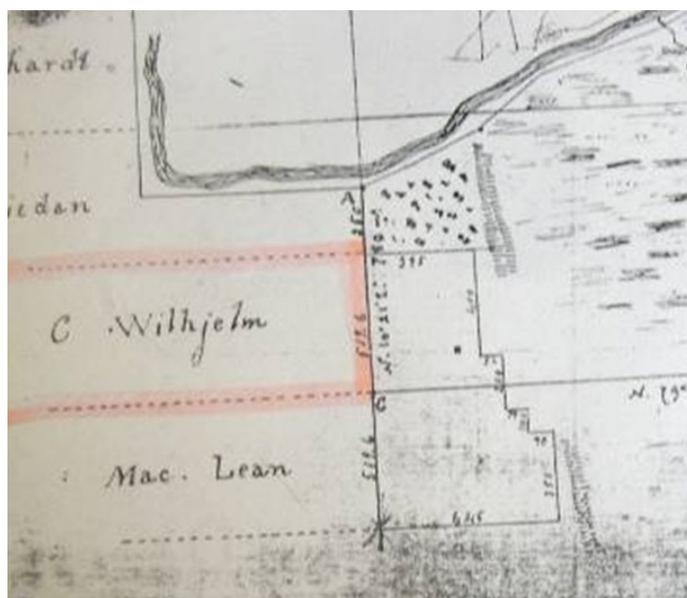
En 1873, el Secretario de Colonias **Guillermo Wilcken**, en su informe al Departamento de Agricultura sobre los suelos de las distintas colonias emplazadas en el territorio provincial, destaca sobre California:

“...tierra vegetal de 16 a 18 pulgadas. Arena cuarzosa 50.72%; arcilla 39.83%; carbo.cal 1.70%; materias orgánicas y agua 2.25%; humus 5.50%”.

Hacia 1874 eran quince las concesiones ocupadas en el estricto ámbito de tal colonia. De puño y letra de su Director se ingresa al Tomo 74 del Archivo del Dpto. Topográfico, fs. 139, con fecha 2/11/1874 la nómina: **1) Alexander Mac Lean; 2) James Mounts; 3) William J. Moore; 4) Alexander Schneider; 5), 6), 7) Alejandro Miedán; 8) Henry Moore; 9) Harlow D. Snow; 10) Josiah C. Reeves; (Al sur de la vieja California): 11) Thomas Moore; 12) Samuel Gibson; 13) Hector Mac Lean; 14) James W. Hurt y 15) Alexander Mac Lean.** Nómina convalidada el 10/12/1874 por el mítico **Antonino Alzugaray** (pagaba a las tropas de su bolsillo cuando el erario se retrasaba), máxima autoridad militar con asiento en la zona (San Javier).

Para esa época el Director de la Colonia, **Alexander Mac Lean** es propuesto por la Inspección General de Escuelas de la

Provincia para formar parte de la Comisión Escolar de San Javier, junto con **Antonino Alzugaray, Benito Lobo, Juan Grovet, Alejandro Couvert y José Vuilloz**. Entonces los interesados manejaban los problemas de la educación de sus hijos y llevaban a cabo un control directo del accionar de los responsables. Todavía la pirámide burocrática y el dirigismo centralizado no habían asfixiado la docencia, convirtiéndola en un engranaje instrumental más del Estado. Los maestros eran maestros, no meras herramientas neutras, impersonales.



Sector de un plano de 1886, mostrando el extremo Este de Col. California (Propiedades de Leonahrdt, Miedán, Wilhelm y Mac Lean).

El trabajo fecundo se intensifica. Implantan el sistema cooperativo para ahorrar mano de obra ajena, por la que se paga en caso necesario doce reales bolivianos diarios con comida, o dos pesos bolivianos diarios sin ella. La armonía reina. Cuentan con cinco segadoras, cinco arados de reja múltiple y una trilladora que habrán luego de vender a Helvecia; como así instrumentos y enseres menores varios de labranza que aseguran los rindes y permiten economizar esfuerzo. Sin hablar de los animales necesarios para poner en marcha estos implementos, de tracción a sangre.

Imperaba en el país una anarquía monetaria pues existían en las diversas provincias unidades y monedas distintas. Circulaban además, pesos moneda corriente, moneda de papel de la Nación y Bolivianos en Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Mendoza y Córdoba.



Pesos bolivianos santafesinos

Para 1877 la prensa divulgaba el número de habitantes de las colonias santafesinas a esa fecha según el Censo de 1876:

- Esperanza 2194
- San Gerónimo 699
- San Carlos 2212
- Guadalupe 621
- Helvecia 1900
- Cayastá 500
- California 67
- Galencia 20
- Alejandra 377
- Reconquista 1157
- Cayastacito 1018
- San Martín 177

Para 1878 la prensa destacaba una noticia no tan común, la creciente notable de los arroyos Saladillo Dulce y Saladillo Amargo:

13 - 03 - 1878 - INUNDACIONES EN SANTA. FE

Los destrozos más terribles han sido producidos por las grandes crecientes de los Saladillos Amargo y Dulce que corren también paralelos a dos leguas uno de otro, y legua y media del San Javier. De manera pues que las aguas de estos caudalosos arroyos, completamente unidos, se han precipitado sobre las colonias Malabrigo y Alejandra o Pájaro Blanco. La [primera pertenece al Dr. Romang y la segunda al banquero inglés Bonar, cuyo hijo fue muerto por los indios ahora dos años. Las colonias que más han sufrido son: Cnia. Eloísa, San Javier (Reducción de Indios), Estancia Grande (o Colonia Cullen), y Cnia. Helvecia. Es probable asimismo, que la Cnia. Reconquista, Comandancia Gral. de la Frontera Norte del Interior, dada su situación topográfica, se encuentre también inundada. Esta colonia, aunque está en las nacientes de los Saladillos, la rodean grandes cañadas y el correntoso A° del Rey. Las colonias más valiosas bajo el punto de vista de la agricultura, son la Helvecita y la parte norte de la Alejandra. El Gobierno Nacional ha tomado varias medidas para socorrer a los colonos que han sufrido en estas inundaciones.

En 1880 componían Colonia California doce familias norteamericanas, una argentina, cinco francesas, dos suizas y dos inglesas, de las que podemos recordar algunos apellidos solamente: **Mac Lean, Moore, Lockett, Blanche, Miedán, Leonhardt y Wilhjelm.**

La historia no se detiene. El esfuerzo es grande y la lucha continúa. En una carta de un poblador de Colonia Galense a sus familiares en Gales, se relata elocuentemente la situación en la zona, allá por 1871:

*“Era casi fines de diciembre cuando se levantó **el fuerte** para proteger a los colonos de los indios. En año nuevo robaron los caballos del fuerte y uno de colonia americana (California) y se los vio reunidos en grupos armados. El señor **Moore** de la Colonia Americana vino hasta aquí a solicitar que lo acompañemos todos los que podamos en la mañana a buscar los caballos; entonces nos quedamos hasta tarde en la noche preparando balas y limpiando los revólveres. En la mañana teníamos que encontrarnos con **Mac Lean** en nuestro camino*

*hacia el pueblo. Comenzamos la búsqueda y después de mucho hablar, prometieron enviarnos los caballos de vuelta antes de la noche; y cumplieron. Todo eso estuvo muy bien, pero los indios parecían inquietos. Dos días después mataron a un francés de una colonia de más abajo (Colonia francesa). El 10 de Enero Moore, 4 de aquí y 4 de la colonia Americana mataron siete indios en las tierras bajas cerca de la colonia inglesa. Para este momento, **Obligado** con 400 soldados llegó hasta aquí y tomó cien de ellos prisioneros habiendo descubierto previamente que estaban confabulados con los insurgentes del otro lado del Paraná . Todos los de esta Colonia y los de la Americana se fueron a vivir a lo de **Moore**, ya que era más seguro para las mujeres y los niños estar juntos en un mismo lugar, así los hombres podían ir a explorar, pero no vieron ningún indio y las cosas tomaron un aspecto mejor cuando todos volvimos a nuestros respectivos hogares otra vez. Construimos un fuerte de ladrillos en nuestra colonia y nos turnamos para vigilar cuatro horas cada uno cada tres noches, pero nada pasó hasta fines de Mayo cuando los indios atacaron la Colonia Francesa”.*



Susana Mac Lean casada con David Morgan y familia - 1914

La correspondencia sigue en su abundancia de referencia a los peligros y alternativas difíciles de la vida colonial, tanto como a su bonanza.

No puede dejar de reproducirse también: *“William Wasp fue enterrado el miércoles siguiente en lo de Moore, fue el primer funeral a que asistimos en este país; los indios le habían clavado sus lanzas en dieciséis lugares y habían tomado sus ropas. Unos pocos días después el fuerte se mudó desde el pueblo hacia la Colonia de más arriba (California) y los soldados vigilaban todos los días y las cosas parecían mejorar...”*

“...cuanto más vemos el país, más nos gusta y cada vez estamos más convencidos de que podemos tener una buena vida aquí...”

No fueron las únicas alternativas de entonces. Las crónicas oficiales registran el informe del Capitán **Moore (William)** en las incursiones contra el indígena alzado en el Chaco. Breve y poco conocida es la relación que se efectuara en otra carta:

“El 10 de junio (1875) los indios montaraces invadieron Colonia Malabrigo llevándose 100 yeguarizos, matando un hombre, una mujer y llevándose dos chicos cautivos. Cuatro días después una banda de 26 colonos de aquí y Malabrigo fueron detrás de ellos volviendo el 20 de Julio con los caballos completamente agotados, habiendo seguido a los indios hacia el interior sorprendiendo un campamento indio, matando 20 bravos y tomando tres niños prisioneros. El 3 de Setiembre saldrá otra partida mejor preparada, con caballos de repuesto y alimentos para dos veces, esperamos recuperar los pequeños holandeses esta vez y enseñarle a los indios una lección que no olvidarán pronto”.

Estas acciones punitivas se llevaron a cabo con el patrocinio del gobierno provincial, que aportó gran parte del parque.

Extraña y dura la ley de la frontera.

En 1873 se desata una epidemia de viruela que mata cientos de pobladores de la zona, especialmente en los fortines. No contamos con registros de las tolдерías.

El 7 de Octubre de 1875, uno de los colonos de California, entonces ya radicado más al norte, trabajando para la Compañía Thompson Bonar, perece en manos de los indios junto con **Powys**. Se trata del hijo homónimo de **William Moore**, salvándose milagrosamente **Holman**, que había perdido mucha sangre. De este evento participó también un criollo: **Pío**, que se

habría salvado. No se repondría el colono y constituiría una de las causas del abandono de la empresa y su retorno a Estados Unidos años después.



Casa que construyera Williams Moore en Colonia California.(De López Rosas “Santa Fe la Perenne Memoria”)

La esposa de **Alexander Mac Lean**, el Director de la Colonia, perece alrededor de Mayo de 1879 después de dieciocho horas de sufrimiento, como consecuencia de una picadura de víbora cuando iba a buscar leña. Su marido no se hallaba presente al momento de su deceso. Regresó poco después, con el consiguiente sentimiento de culpa.



Dibujo con detalle de la chimenea del hogar de la casa de Moore

Pero en la frontera así como se vivía, se moría: casi siempre violentamente.



Testigo mudo de un lugar en el Pájaro Blanco

Recordemos que eran 30 las colonias de Santa Fe: Su primera fundación arranca en 1856 y las últimas lo han sido en 1872:

Esperanza 1856; San Gerónimo y San Carlos 1858; Guadalupe 1864; Helvecia 1865; California 1866; Francesa, Cayastá, Coronda 1867; Las Tunas, Emilia, Etois(¿?) 1868; Cavour, Humbolt, San Justo, Grutly, Inglesa (Galense) 1869; San Agustín, Alejandra, Bernstrand, Cda. de Gomez, Germania, Jesús María, Candelaria 1870; Estancia Grande, Tartagal, Nueva Italia 1871; Oroño 1872. La extensión de terrenos que comprenden es de 183.340 cuadras cuadradas; el valor medio de este terreno es en pesos bolivianos – moneda vigente en la región - de 5.434.850; el valor medio de los edificios es de \$b 2.300.550. De todas las colonias las más ricas son Esperanza, San Carlos, Guadalupe, que son antiguas.

Con fecha 24 -10 - 1874, bajo el título: “INMIGRANTE DE PROVECHO”, la prensa cordobesa informa que “*Don Guillermo Benitez antiguo y acreditado colono de La California acaba de llegar con su familia compuesta de 12 personas con el objeto de establecerse definitivamente en el país. La fama que han alcanzado en el extranjero nuestras florecientes colonias agrícolas ha atraída este laborioso e inteligente colono capitalista. Posee un capital de 80.000 pesos fuertes que piensa invertir en la compra de algunos terrenos de cultivo*”, destacando que: “*El Sr. Wilken, Jefe de la Repartición de Inmigración lo ha recomendado muy especialmente a las comisiones de Santa Fe y Rosario para que le asistan con sus consejos y le proporcionen los conocimientos y datos que pudiere requerir para su ventajosa instalación en aquella Provincia. Esta es una pichincha como se dice vulgarmente. Un colono con \$f 80.000 es una adquisición demasiado grande como para que merezca la pena de rodearla de todas las atenciones y Galanterías de que lo colma el Sr. Wilken trasmitiendo su recomendación a la Comisión de Santa Fe*”. (El Eco de Córdoba”. Es uno más de los instalados en Colonia California.

Para 1875 de un informe general sobre el estado de las colonias en Santa. Fe, se extrae que “*la Sección Norte, o sea la costa del río San Javier, se compone de las siguientes colonias: Cayastá, Helvecia, Cullen, Francesa, California, Galense, Eloísa y Alejandra. A más La Emilia, Cayastacito y San Justo. Sin*

contar con las que ahora se están formando una de ellas en el Mal Abrigo y la otra en El Rey”(Del Eco de Córdoba).

La Capital de Rosario, con fecha 13 2 1879 nos habla de una gran tormenta en la región:

“El 2 del presente como a las dos de la mañana, se desarrolló un huracán que se hizo sentir desde la Colonia Cayastá hasta arriba de San Javier. La tormenta fue terrible y los grandes siniestros que ha ocasionado dejará por mucho tiempo un triste recuerdo. No se recuerda otra tan fuerte y que haya causado tantos y tan lamentables males.

En la Colonia Helvecia se ha llevado el techo de varias casas, arrojándolos a larga distancia.

*Entre las casas que han sufrido se cuentan la de **Mariano Martínez** y la de la familia **Santa Cruz**, de esta ciudad, que habiéndoles arrebatado el techo la tormenta tuvieron que sufrir la lluvia y el azote del viento.*

La Colonia Rusa ha sufrido considerablemente, pues casi todas las casas han quedado sin techo.

En San Javier ha volado el techo del Juzgado habiendo arrebatado y dispersado los papeles.

El techo de la iglesia de este mismo pueblo que es de tejas francesas ha sufrido muchísimo.

Los siniestros ocasionados en el río son de más consideración.

*8 buques han sufrido averías. La Rosarina, de la carrera al Rosario cargado de carbón tumbó en medio del río perdiendo un marinero llamado **José Cartujo**, portugués, que se supone ahogado. El Pintoresco totalmente perdido así como su cargamento. La Encantadora salvó con muchas averías por haberla encontrado la tormenta en poco agua. El Andresito tumbó cargado de sandías así como El Duque de Génova perdiendo su cargamento. La Mariposa del señor Juez de Helvecia tumbó perdiendo la ropa del que la tripulaba. El Pelayo y La Criolla con muchas averías. La Laura cargada de trigo para el molino de los señores **Tettamatti** se fue a pique .Se cuenta con gratitud la heroicidad del capitán y tripulación de la balandra de **M. Parma** de esta ciudad que, peligrando naufragar, combatió*

con los irritados elementos socorriendo los náufragos y salvándolos; a ellos le deben la vida mucho de los tripulantes salvados del naufragio de los buques.

En el monte la destrucción de los árboles y ranchos es espantosa. Algunos árboles han sido arrancados de raíz y otros arrasados llevándolos la tormenta todo su ramaje.

*Al Juzgado de San Javier le ha volado dos techos. A Don **José Soler** los tapiales del sitio, el parapeto, la cornisa de la casa y un galpón nuevo.*

*A Don **Pedro Traverso** dos tapiales y bastante perjuicio en los techos. A don **Antonino Alzugaray** le ha destruido un rancho y ha hecho mucho perjuicio en las paredes de la casa. A don **Andrés Aymar**, su casa de negocios destruida. A don **Pedro Cáceres** su casa caída. Una porción de ranchos de los indígenas volados a grandes distancias.*

La iglesia ha tenido perjuicios considerables en todo el edificio, en particular en los techos.

Las chacras vecinas la mayor parte de ellas arruinadas.

*En la Colonia California Don **Tomás Moore**, Don **Alejandro Mac Lean**, Don **Isaac Davis** y Don **Antonio Miedán** han recibido considerables perjuicios en sus casas.; dos de ellas caídas”.*



Casa del viejo almacén de Beltrame en Colonia California

Al hacer girar nuevamente el diamante, surge el reflejo de otras facetas que cautivan nuestra atención, como la salvaje lucha por el poder y los turbios manejos de la política criolla, que envolvieron también a la colonia.

El Partido Liberal lucha por el poder contra el Autonomista Nacional, **Nicasio Oroño** vs. **Servando Bayo**; **Simón de Iriondo** vs. **Ignacio Crespo**, sus candidatos. Los primeros ven alejarse la posibilidad del gobierno por un hábil manejo de **Bayo**, entonces se embarcan en la aventura revolucionaria con el compromiso tácito de apoyo del ministro de Guerra **Valentín Alsina**. Las épocas son duras. Desde La Capital los **Lagos** promueven desembozadamente la rebelión. El gobierno lo sabe y se prepara. Por medio de los **Iturraspe**, **Oroño** pasa la factura a los colonos de la costa. La presión es intensa y se embarcan en la aventura con sus armas y su experiencia. El 18 de Marzo de 1877 se levantan en armas. **Antonino Alzogaray** es puesto preso y su exiguo parque pasa a servir a la revolución. Los californianos, con galeses, franceses y hasta algunos indios, marchan hacia el sur en procura de la capital, luego de ocupar Helvecia y engrosar sus fuerzas. En las proximidades del paso de Los Cachos, sobre el arroyo Saladillo enfrentan a los regulares del gobierno. al mando de los coroneles **J. Romero y Esquivel**; **Romero y Esquivel (a)** “**Manzaneros**” y **Oroño**. Los colonos son derrotados. **Patricio Cullen** pierde su cabeza a cercén. Caen muchos de ambos bandos. Los colonos vencidos, agobiados huyen y se refugian en el norte.



Patricio Cullen

El 26 de Marzo el Cnel. **J. Romero y Esquivel** informa al gobernador: *“A las doce de la noche de ayer he llegado con el cuerpo de Infantería a este pueblo (Santa Rosa) de vuelta de mi expedición (sic) al San Javier. Hasta allí no se encuentra ninguna clase de enemigos, y por una descubierta enviada hasta el Pájaro Blanco, sabemos que por allí pasaron siempre en dirección al norte, los ingleses insurrectos con algunos otros, aunque en completa fuga...”*

El 4 de Abril, **Germán Soechting**, Juez de Paz de Alejandra, informa por carta a **Antonino Alzogaray**: *“...a este último (Coronel Obligado) yo le había pedido 80 a 100 soldados para "mandar al Malabrigo a fin de repeler a los derrotados que se han refugiado por allá...”*

Vino el indulto y las aguas volvieron a su cauce. Pero se arraigó el desengaño por las promesas incumplidas y las traiciones. Las tropas nacionales al mando de Obligado, en lugar de constituir el asilo último conforme lo prometido por Alsina, recibieron una contraorden. Debían reducir a los fugitivos y entregarlos al gobierno de la provincia. Amigos son los amigos.

Hay un hecho desconocido de otra víctima del levantamiento. El Coronel **Nelson**, Inspector de Armas de la Provincia fusiló sin juicio previo al moreno norteamericano **Johnson** que tenía de cocinero porque éste entregó las llaves de su casa a los revolucionarios, conforme lo consigna el periódico “La República” y lo reproducen distintos medios del país al repudiar el hecho. Es evidente que el mismo debió ser uno de los que acompañaron los norteamericanos, de quienes se habría separado para incorporarse al servicio del Coronel **Nelson**. La información se tomó del Eco de Córdoba del 21-09-1872. (En aquellos tiempos no había agencias noticiosas. Los diarios intercambiaban sus publicaciones de inmediato, aún con los de menor tiraje, para tener noticias frescas, dentro de los quince o treinta días, conforme los medios de comunicación existentes entre las distintas localidades).

Extraños vientos ya soplaban entonces en la política criolla,

que seguía los intrincados vericuetos de las trenzas familiares tejidas entre mate y mate en los umbrosos patios, o en las reuniones galantes donde se rendía culto al progreso y se abrían las ventanas a la fresca brisa de Europa.

La colonia progresa económicamente. Todos prosperan. Pero la colonia militar a instalar entre los saladillos Dulce y Amargo por **Moore**, bajo su comando, autorizada mediante ley por el Gobierno de Santa Fe, no se concreta. La inseguridad adquiere dimensiones insospechadas. El enemigo no es ya el indio, instrumento usado continuamente para el hostigamiento de los herejes cada vez más cercanos con el mejoramiento de las comunicaciones, y cada vez más fuertes con la tecnificación y el empuje propios. Es un rival abstracto que no ofrece blanco.



Cuerpo de la Guardia Nacional de Santa Fe - 1865

El censo de 1876 arrojó un crecimiento demográfico notable para las colonias; Esperanza 2194 personas; San Gerónimo 699; San Carlos 2212; Guadalupe 621; Helvecia 1900; Cayastá 500; California 67; Galencia 20 (Acusan un acentuado éxodo de norteamericanos y galeses, respectivamente; muchos a Alejandra que se afianzaba como núcleo protestante en la zona); Alejandra 377; Reconquista 1157; Cayastacito 1018 y San Martín 177. El gobierno varió sustancialmente la política inmigratoria sustentada hasta entonces. En Marzo de 1877 emite un decreto

disponiendo que los gastos de traslado, incluyendo pasajes, estarán a cargo de los inmigrantes. La canilla comenzaba a cerrarse.

En Julio de 1877, la piedra y la langosta hicieron perder a Colonia California, 250 fanegas de trigo y en Agosto de ese año, la creciente del río Paraná aisló las distintas poblaciones de la zona. La creciente se repitió con igual fiereza a partir de Marzo de 1879.

Esas contiendas los desalientan. Muchos desisten y retornan a sus orígenes. Entre ellos **William Moore** y **Holman**. Las familias se parten.

El héroe muere “...alrededor del día 27 de Julio de 1883 (sic) en la ciudad de San Antonio, en el Condado de Bexar, en este mismo Estado (Texas). Que al momento de su muerte tenía su domicilio y lugar de residencia permanente en este Condado de Tom Green, en este Estado. Que le han sobrevivido, su viuda, Sra. **Winnie Moore** quien reside en este Condado de Tom Green, y ocho hijos a saber:

Mary Hellen Tallman, esposa de **Rufus Tallman**, quien reside en el condado Lake en el estado de California; **Thomas M. Moore** y **Martha Smith**, esposa de **John Smith**, ambos residentes en Sud América; **Nancy Mac Lean**, viuda, residente en la ciudad de San Antonio, en el Condado de Bexar, Texas; **Lucinda Gibson**, esposa de **Samuel Gibson** y **América G. Holman**, esposa de **J.R. Holman**, ambas residente en el Condado Bandera de Tom Green, Texas...” Firman: **Nancy Ann Mac Lean**, **Samuel Gibson** y **América Holman**.

Este documento marca elocuentemente el entrecruzamiento de la trama que asocia el norte con el sur de América y la tensión de la ruptura familiar.



Flia. Blanche- Mathieu en las Bodas de Oro – 1928.

Cuando en Cayastá se produce el asesinato del Conde de Teissere, los hermanos Blanche, que habían acompañado a ese personaje desde San Carlos, deciden alejarse de esa localidad, dada la manifiesta inseguridad reinante para sus respectivas familias.



*José Blanche y Regina Mathieu con sus descendientes-
Primeras décadas del siglo XX.*

Compran tierras y se instalan en el límite sur de Colonia California, a fines del siglo XIX, donde prosperan y ayudan a poblar notablemente la región.



La misma pareja con sus nietos

También por la época se instalan en la región miembros de la familia suiza de apellido **Bugnon**. En particular **Louis Auguste Bugnon**, **Marc Paul Bugnon**, **Henriette Louise Charriere**, **Eugene Lucien**, **Jean Louis** y **Fanny Louise Eugenie Bugnon**, tuvieron una destacada intervención en el progreso y poblamiento local.



Marc Paul Bugnon y Henriette Louise Charriere(El Litoral)

Siguieron pasando cosas. Muchas cosas. Vino el molino harinero, cuya muela hasta no hace mucho se hallaba abandonada en la propiedad de **Luciano Bugnon**, la nueva escuela nacional **Nicolás Avellaneda**, fundada en 1907, las canchas de tenis, el almacén de Beltrame. Después el arroz y..., toda esa historia reciente, de ahora nomás que sí se va documentando sin sorpresas, aunque desmemoriada, de la cual hablan con propiedad

los hijos de los protagonistas.



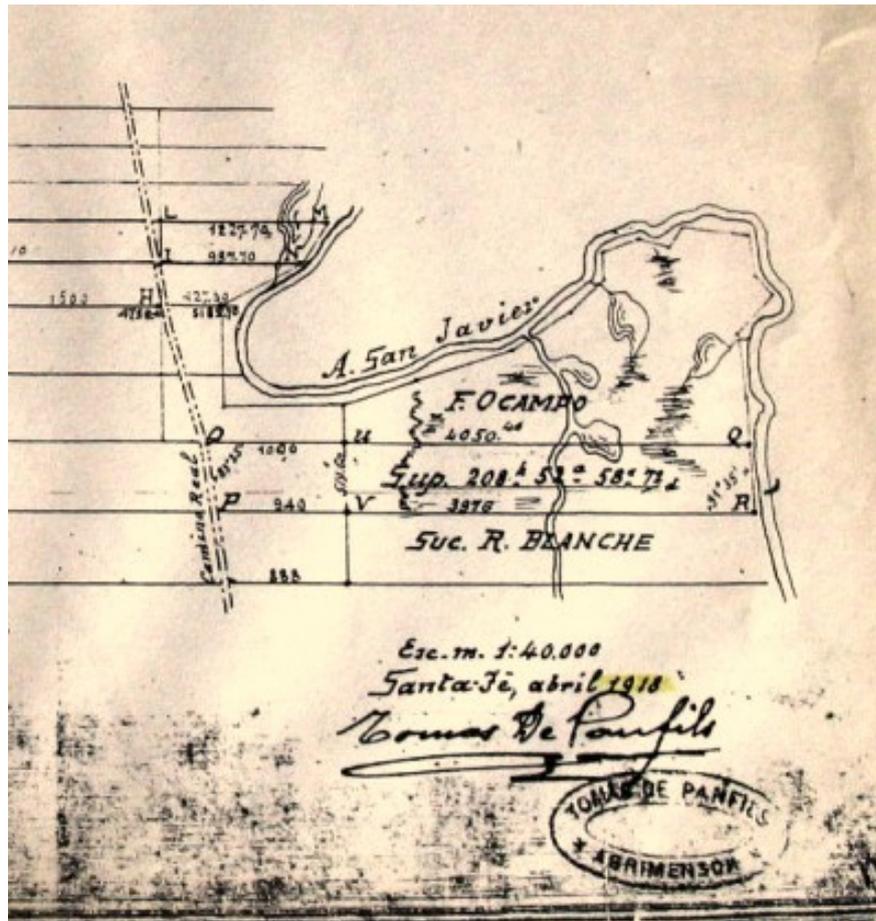
Humberto y Matilde Beltrame – 1950

La eterna cinta por aquellos extraños designios de la milenaria, se cierra sin cortarse, como capricho de Moebius. La vida continúa. La casa de **Alexander Mac Lean** tiene sus ventanas abiertas a la región del Pájaro Blanco, a una legua del San Javier de siempre, defendiendo estoicamente ese futuro que necesita de la conquista del pasado para afianzarse. Los hijos de sus hijos tienen las llaves de las nuevas puertas de la Tierra en la era del espacio.

Vale la pena destacar que para 1884 la población de las colonias de Santa Fe se distribuía de la siguiente manera:

7.264 familias católicas y 801 protestantes. Las nacionalidades estaban representadas por estas cifras de familias:

argentinas 2722; francesas 472; italianas 3262; alemanes 449; suizos 734; españoles 150; ingleses 60; belgas 19; polacos 4; orientales 13; paraguayos 6; portugueses 5; valesoínos (¿?) 1; (¿serán valesanos?); brasileros 5; norteamericanos 18; boloneses 16; holandeses 14; chilenos 33; austríacos 57; dinamarqueses 6; argelinos 1; rusos 2; peruanos 1; bolivianos 1. Es un dato de la prensa, conste.



Plano Catastral de un sector de Colonia California en 1918

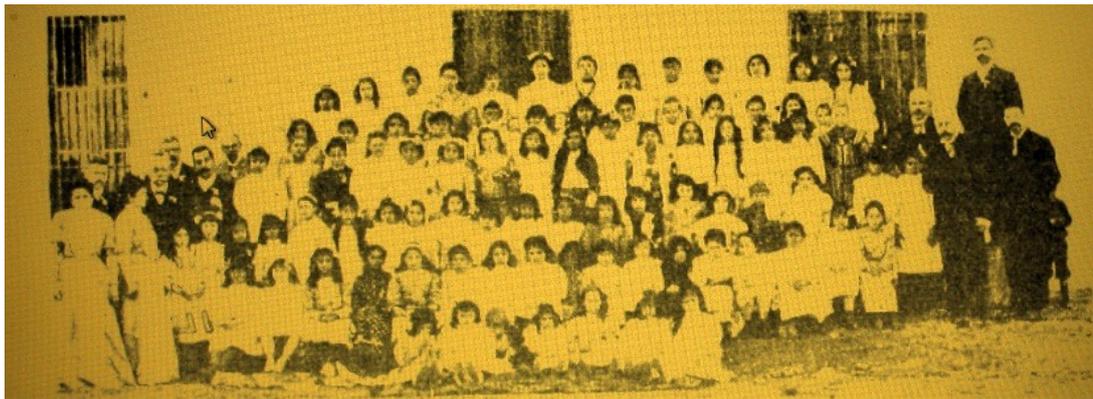


Nancy, la biznieta de Susana Mac Lean en 1941

Los genes de esos valientes, aún siguen jugando a las escondidas en la región. Nadie puede dejar de ver a Susana

rediviva en sus descendientes de tercera, cuarta y quinta generación.

A raíz del incremento de la población y por pedido de los vecinos, en 1907, el gobierno nacional fundó la escuela n° 6 - actualmente Provincial n° 6006 - y el 3 de agosto de ese año se hizo cargo de la misma su primer director, el maestro **Juan Sosa**.



Agosto de 1907 – Alumnos, maestros y familiares de la Escuela inaugurada.

Este profesional inició el dictado de clases en un local alquilado a la sucesión de **Roberto Engler**. Este establecimiento educativo comenzó sus actividades el 3 de agosto de 1907.

Como en todo el país, el Centenario de la Independencia se celebró con grandes pompas. La parcialidad protestante de Alejandra, Galencia y California, se reunió en Alejandra:



El 11 de marzo de 1954, el inspector de Zona del Ministerio de Educación de la Nación, **Oscar Rodolfo Soria**, en representación de la Inspección Seccional de Santa Fe, le entregó al director de la escuela, **Raúl Amaya**, el nuevo y actual edificio que había sido construido en el marco del Plan de 1.000 Escuelas de la Fundación Eva Perón.

En tanto, en octubre de 1978, la Nación le transfirió la escuela a la provincia de Santa Fe con el N° 6006. En 1998, se implementó el denominado Proyecto 7 y, de esa manera, se incorporaron el 8° y 9° años.



Vecinos de la Escuela Nicolás Avellaneda festejando el fin del año lectivo escolar 1909 – CyC.

Bajo la dirección de la profesora **Mariela Bordiga**, actualmente la escuela continúa siendo de EGB completa. Aquí asisten 54 alumnos desde Inicial, que son asistidos por docentes de grado, docentes de áreas específicas y la totalidad de los profesores itinerantes del agrupamiento 31.

El 30 de Junio de 1913 los pobladores sobre la ruta, brindaron sus saludos al gobernador de la provincia – Dr. Menchaca - en su paso hacia Alejandra; quien se detuvo unos minutos para retribuir la atención. La visita se repitió el 1° de Julio a su retorno, esta vez era una multitud, pues los vecinos de

San Javier se trasladaron hasta Colonia California para recibirlo a su regreso y acompañarlo hasta esa población cabecera del Departamento.

Debemos también apuntar que Colonia California poseyó una de las primeras canchas de tenis de la región; hoy abandonada, se hallaba frente al almacén de Beltrame y a ella concurrían los - y las - jóvenes de la zona con sus familiares los fines de semana, siendo uno de los principales centros de reunión social del lugar; el autor recuerda que en la década del cuarenta, concurría con sus padres a participar de las mismas.

En el verano de 1992 visitó el lugar la norteamericana **Catherine Holman de Jhonson** – biznieta de **William Thomas Moore** - acompañada por **Franklin**, su marido, y su hija **Leslie**, movida por los relatos de su abuela **América Moore** “*quien hablaba permanentemente de Colonia California*”.



Intendente de San Javier, Presidente Comuna de Alejandra, Catherine, Franklin, Leslie y vecinos – El Litoral-1992

HISTORIA DE “GALENCIA”

LA COLONIA GALENSE EN EL PÁJARO BLANCO



Núcleo de Galencia

Los galeses son defensores de la tesis de que son los auténticos descendientes de aquellos celtas que repoblaron la isla británica después de la expulsión de los romanos.

Ellos, como los escoceses, hoy en día, todavía defienden a capa y espada que no son anglosajones. No son ingleses ni nunca lo han sido.

Son galeses, celtas y defienden su propia lengua, autonomía y diversidad de opinión sobre la historia de sus ancestros. Gales se denomina en inglés Wales y en galés Cymru; es el territorio que estuvo habitado por una estirpe que conservó sus caracteres básicos, especialmente la lengua cuando el territorio fue invadido por los romanos, fue un pueblo que sufrió mucho, aunque nunca pudieron invadir totalmente el territorio. Irlanda fue el último bastión del mundo celta de Europa occidental (Tourn).

La sociedad galesa vivía oprimida por los altos impuestos. Las limitadas posibilidades de producción de su tierra que por la naturaleza áspera del suelo, no podía soportar el crecimiento demográfico. Los hijos abandonaban las granjas y adquirían otros oficios para poder sobrevivir. La minería, principalmente explotación de yacimientos carboníferos, comenzaba a transformarse como consecuencia de la aplicación de nuevas técnicas de extracción, disminuyendo el empleo de mano de obra. Las enfermedades, en particular infecciosas no fáciles de enfrentar entonces (tuberculosis) llevaban a una invalidez temprana o la muerte. Los problemas de carácter político consecuencia del rechazo sistemático del poder londinense y la lengua inglesa por parte de los nativos, agudizaban la crisis que enfrentaba el pueblo, acuciada por el fanatismo de algunos líderes que promovían la instauración, a cualquier precio, de una patria cámbrica extraterritorial.



Casa paterna de uno de los colonos en Gales

Sociedades civiles y religiosas gestionaban la instalación en otros puntos del planeta, de grupos que remozaran el tronco ancestral, recobrando su pureza. Que si Norteamérica, que si el Uruguay, Brasil o el Paraguay, lo cierto fue la incentivación de la necesidad de emigrar a los jóvenes, para recuperar la identidad perdida. Así se diseminaron por el mundo en grupos o individualmente, con el coraje y la tozudez que le son propios.



Vista aérea de Landeifelow, zona origen de algunos pobladores de Galicia.

Allá por 1858 **Y. Dryeh** publicó un artículo promoviendo la creación de una colonia en la Patagonia, dado el fracaso de los intentos por más de treinta años, de establecer un emplazamiento autónomo galés en Estados Unidos.

No fue fácil la salida del país de origen. La resistencia inglesa a dejar partir súbditos calificados y necesarios para el mantenimiento de su poder, hicieron fracasar el primer intento con el barco Halton Castle. Sus armadores sospechosamente, no cumplieron con el compromiso. La comisión organizadora de la emigración, apeló entonces al Mimoso, con la consiguiente demora. En el interín, por las presiones ejercidas, muchos desistieron de partir. La selección originaria de colonos aptos, se vio reemplazada por el grupo de los que quisieran embarcarse, sin importar ya si eran calificados para la empresa. Caro fue el precio de esa decisión apresurada.

El jueves 25 de Mayo de 1865 partió de Liverpool la nave enarbolando la bandera del dragón rojo galés hacia las lejanas tierras del sur. Arribó a Puerto Madryn dos meses después, el

viernes 28 de Julio. Fecha que se convirtió en el futuro como de la celebración del “Día del desembarco”.

Bryn Williams, en Gwladfa Patagonia comentó que al partir todos cantaban: *“Hemos encontrado una tierra mejor en la región del sur. Es la Patagonia. Nosotros viviremos allí en paz. Sin miedo a las traiciones o a las guerras, con un galés en el trono”!*

Desde ese puerto, sin perder tiempo y apenas repuestos de la larga travesía, a partir del Martes 1 de Agosto de 1865 y en días sucesivos, en grupos fueron encaminándose hacia el lugar de las tierras otorgadas por el gobierno para su asentamiento.



Capilla y cementerio en el Landeifellow de origen - Gales

No les fue fácil la partida. Las condiciones ambientales distintas. La falta de capacidad de sus integrantes para tareas agrícolas (la mayoría eran mineros o artesanos) y la imposición de las normas ya establecidas para la sociedad argentina, dificultaron grandemente su adaptación. Solo el empuje tenaz salvó el emprendimiento, no sin antes sufrir deserciones de colonos que optaron por buscar otros sitios más favorables.

Procede destacar en tal sentido, el comentario adverso que efectuara el colono Hughes respecto de un hecho acaecido el 15 de Setiembre de ese año, sobre el arribo desde Río Negro del Comandante **Murga**, imponiendo el izamiento de la bandera argentina. Ello asestó un golpe tremendo a las ideas que

originariamente abrazaran y reafirmó la soberanía del país sobre aquellos extraños sueños.

Después de algunos años de grandes fracasos y pocos éxitos por la dureza del entorno, ante los continuos reclamos y amenaza de éxodo el gobierno planteó a los colonos tres opciones: permanecer en el Chubut con ayuda limitada; colonizar El Pájaro Blanco en tierras santafesinas o el valle del río Negro. Reunidos en asamblea como era su costumbre, decidieron por mayoría la segunda posibilidad; solo tres optaron por quedarse y tres trasladarse al río Negro.

Abandonaron sus predios y llegaron a Puerto Madryn nuevamente, donde esperaron dos meses un barco que los trasladara a los nuevos destinos escogidos. En el lugar gracias a la repetición de la ayuda oficial y a la insistencia de sus líderes, la mayoría fue convencida de retornar nuevamente a la colonia y continuar con el esfuerzo denodado emprendido. Alguno desistieron por entender impracticable aquella independencia que querían aplicar a ultranza y necesario buscar sitios más propicios para el desarrollo familiar.

Jones, el líder, reafirma en la oportunidad que no brindará ayuda alguna a quienes decidan ir a Santa Fe. Esta escisión sin embargo cobra fuerzas. Ante gestiones efectuadas directamente por los interesados, el gobierno de esa Provincia dicta el 29 de Noviembre de 1867, el decreto destinando terrenos para el establecimiento de una colonia de familias inglesas, colonia esta que habrá de denominarse Galense (O Galencia como le llamaban afectivamente sus integrantes, al datar sus cartas), nombre con el que habrá de perpetuarse, aún cuando en los documentos oficiales y por razones propias de la lengua que, pese a tanta lucha continuaron usando siempre la mayoría de sus pobladores hasta adquirir la española como es natural, se la denominó “inglesa” en muchas referencias dadas en la documentación oficial y comentarios de época. Allí mismo donde se halle referencias a la “Colonia inglesa del Pájaro Blanco” se refieren a la misma, hasta la instalación aguas arriba de “Alexandra Colony” por Thompson and Bonar cinco años después, donde el término las englobaba sin diferenciarlas, Prácticamente, pese a la distancia que las separaba, constituyeron prácticamente una unidad socioeconómica

peculiar, conjuntamente con California; siendo su interrelación altamente dinámica.



Puerto de Santa Fe en la época de arribo de los galeses

Sus pobladores llegaron a compartir la titularidad de predios. Cambiaban de residencia de una a otra y en las líneas de explotación, intercambiaban insumos y elementos necesarios, onerosamente o no, conforme fuere el vínculo. Con el tiempo, Alejandra polarizó la misma, convirtiéndose en el polo atractor por razones de seguridad, mejor organización y disponibilidad de servicios materiales y espirituales que su sociedad urbana en franco crecimiento entonces, brindaba a las otras poblaciones netamente rurales. Sin llegar a competir posteriormente a comienzos de este siglo, con San Javier que dio vuelco en su estructura de típica población indígena tradicional hasta entonces, a urbanización progresista con asentamiento de inmigrantes y servicios públicos estatales y privados, que la fueron diferenciando proyectándola hacia la ciudad que es hoy, mientras aquella, si bien sin dejar de crecer, conserva aún su fisonomía de pueblo rural.

Estas colonias se hallan ubicadas en plena frontera del Chaco gualamba, corriéndola hacia el norte. En razón de lo expuesto, debemos detenernos en el conjunto para lograr una visión

panorámica de la realidad imperante entonces con fines orientativos.



Reloj “Cu Cú” de la familia Morgan

No debe olvidarse que para 1850 nos encontramos al norte de Santa Fe, prácticamente con la misma situación imperante a mediados del siglo XVIII, en la que es dado llamar “La Costa santafesina”, correspondiente a las tierras ubicadas sobre la margen derecha del río San Javier o Quiloazas de los mocovíes, término aún utilizado por algunos incongruentes nostálgicos, que buscan así recuperar una personalidad supuestamente perdida, sin antes haberla ganado en esa línea.

El primer antecedente que encontramos sobre la fundación de una colonia inglesa al norte de San Javier, fue un suelto hallado en “El Eco de Córdoba” del 5 de Setiembre de 1869, que con el título “Otra Colonia en San Javier” dice:

“El Gobierno de Santa Fe ha vendido a unacompañía inglesa unas leguas de campo en San Javier al norte, a condición de ser pobladas con 150 familias de 4 personas a lo menos.

*El caballero **Henry Marsh Holl**, representante y empresario ha partido ayer a Inglaterra a traer las familias, con el objeto de establecer la colonia. Felicitamos al pueblo de Santa Fe por este hecho cuya importantes resultados serán trascendentes para el porvenir. Santa Fe saldrá pronto de esa vida estacionaria y*

apática, y se convertirá en breve en el pueblo agrícola de la República, y más rico en productos. El porvenir de las provincias tiene que ser fecundo con estas riquezas que la inmigración y las colonias dan al comercio y a la industria.”

Más que Galencia, por tratarse de una venta, bien podría ser las tratativas iniciales con Thompson, Bonard & Co. No está aclarado, por ello y por su fecha, la incluimos aquí, ya que recién explícitamente sobre Alejandra, hallamos notas en 1871.



Galencia – 1868 (Sur arriba)

Geográficamente, Galencia tiene en la latitud 30° 20' Sur y longitud 60° 00' Oeste, su corazón. Fueron los adjudicatarios de las suerte de estancia otorgadas por el gobierno de la provincia, recién cuatro años después de su instalación en el lugar durante 1868, **John Morgan, Griffith Price, David Jones, Hugh J.**

Hughes, William Davies, Griffith Jones, John W. Reade Hugh Hughes, Thomas Hughes, Jonh W. Davies (Jefe de la colonia), John Roberts, Lewis Burrell, Eben Burrell, William Williams, David Davies, Richard Morgan, John Thomas Pugh, Morgan Morgans, Richard Griffith, Robert Mouldsdale, en lotes numerados del 1 al 20 en ese orden. Posteriormente se agregaron otros como **David Morgan y Richard Morgan,** arribados en 1872.



Ellos o los descendientes que no emigraron desalentados por las difíciles situaciones de violencia a que se veían sometidos por las continuas depredaciones, sentaron sus reales o en San Javier, o en Alejandra, cuando no, como el caso de **Pugh**, en Reconquista, asiento de otro núcleo galés.



David Morgan anciano leyendo la Biblia al sol (Para poder leer)

Después de promesas incumplidas por parte del gobierno provincial, el 24 de diciembre de 1874 el agrimensor Eduardo Lersch practica la mensura del terreno de la colonia, resultando un total de veinte lotes y le otorgan el número dieciséis a Richard Morgan el que será dedicado al cultivo de diversos cereales.

Había transcurrido más de siete años desde aquel 29 de noviembre de 1867, que el Gobierno provincial había decretado cuál era la tierra destinada para la instalación de los colonos galeses.

Para 1874 se instaló en la región la familia Benítez, de origen norteamericano. La prensa nacional da cuenta del hecho:

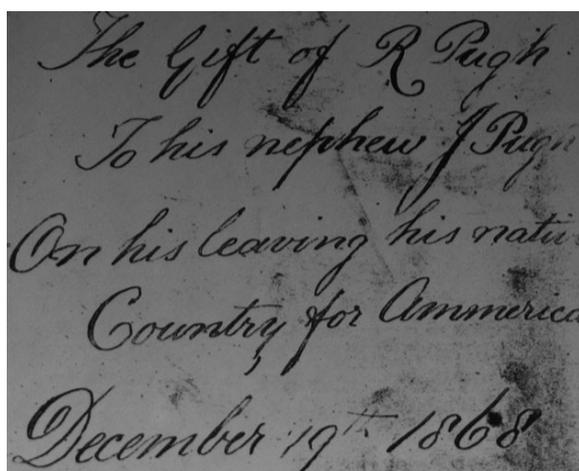
*“Don **Guillermo Benitez** antiguo y acreditado colono de California acaba de llegar con su familia compuesta de 12 personas con el objeto de establecerse definitivamente en el país. La fama que han alcanzado en el extranjero nuestras florecientes colonias agrícolas ha atraída este laborioso e inteligente colono capitalista. Posee un capital de 80.000 pesos fuertes que piensa invertir en la compra de algunos terrenos de cultivo. El Sr. **Wilken**, Jefe de la Repartición de Inmigración lo ha recomendado muy especialmentemente a las comisiones de Santa Fe y Rosario para que le asistan con sus consejos y le proporcionen*

los conocimientos y datos que pudiere requerir para su ventajosa instalación en aquella Pcia. Esta es una pichincha como se dice vulgarmente. Un colono con \$f 80.000 es una adquisición demasiado grande como para que merezca la pena de rodearla de todas las atenciones y Galanterías de que lo colma el Sr. **Wilken** trasmitiendo su recomendación a la Comisión de Santa Fe.” (“El Eco de Córdoba – Octubre de 1874).

Varios de los colonos galeses se trasladaron posteriormente a Reconquista, donde se formó un nucleamiento de ese origen con nuevos aportes de inmigrantes. Tal el caso de **Pugh**, entre otros.

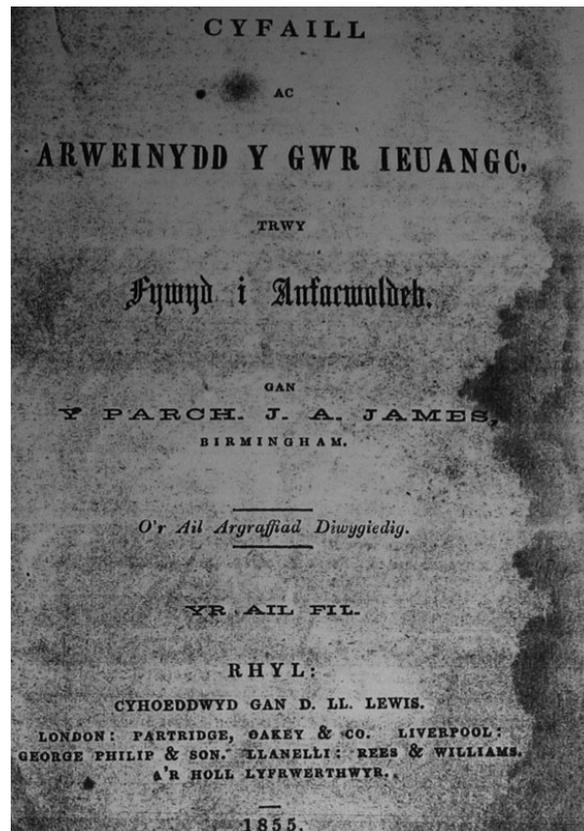


Reconquista 1890



The Gift of R Pugh
To his nephew J Pugh
On his leaving his native
Country for America
December 19th 1868

Dedicatoria a John Pug en un libro con motivo de su viaje a
Galencia



Panorámica del corazón de Galicia

Para 1938 registramos como propietarios de las tierras de Colonia Galense a los siguientes vecinos, del lugar y de San

Javier; por no estar definidos los límites, algunos de ellos pueden corresponder al límite Norte de Colonia California, lo que no invalida la referencia lugareña:

- **Genolet y Sterky**
- **Remigio Blanche**
- **Vicente Blanche**
- **Herederos De C. Bieri**
- **Lumley Hugues**
- **Juan Bieri**
- **Luciano Bugnón**
- **Lumier Hughes**
- **Lino Segundo Cabral**
- **Sofía Morgan**
- **Raymundo Cabral**
- **Rosa F.G. de Grenat**
- **Juana B. de Cabral**
- **Carlos Sterky**
- **Matilde G. de Genolet**
- **C. R. de Maciel**
- **Alejo Genolet**
- **Alejo Couvert**
- **Juan Bieri**

COLONIA ELOISA

La aventura colonizadora en la zona, había comenzado tiempo antes en la región. Helvecia, Colonia Francesa, fueron algunas de las empresas llevadas adelante para rescatar del monte prácticamente despoblado, salvo por unos pocos aborígenes nómades ajenos a la reducción de San Javier. Antes del arribo de los norteamericanos a Colonia California, el gobierno santafesino había otorgado tierras al noroeste de Galencia a la empresa colonizadora de **Wilken y Vernet (Carlos)**, con el apoyo económico del ex gerente del Banco de Londres y Río de la Plata, **J. C. Rubing**.

La prensa nacional en Setiembre de 1865, informaba a sus lectores respecto de ello que: *“Hemos hablado varias veces de esa importante empresa. La cooperación del Sr. **J.C.Rubing** antes gerente del Banco de Londres y Río de la Plata y que ha ido a Europa, ya debe tener el resultado del crédito del mercado monetario. Es una de las pocas empresas de esta naturaleza que lleva un carácter serio y sólido. No es meramente una especulación de tierras la concesión adquirida para traficar con ella. Es un “bone fides” contrato para poblar una parte del desierto del Chaco, hermosísimos y valiosos terrenos de verdad, pero no menos desiertos en lo que toca a sus provechos para los objetos de la civilización. La colonia que los señores **Wilken, Vernet** y **Rubing** van a establecer en esos terrenos valdrá a la provincia ni más ni menos que los títulos de propiedad de mil leguas cuadradas de ricos terrenos, ahora sin dueños, puede decirse. El señor **Rubing** antes de emprender su viaje a Europa, visitó la parte norte de Santa Fe y el señor **Vernet** acaba de explorar minuciosamente el mismo terreno de la concesión – según hemos oído, un paraíso – pastos riquísimos, tierras de superior calidad – muchos bosques de lindos árboles y abundancia de agua. Ciertamente estos son elementos de un paraíso terrestre. Hemos visto preciosas muestras de las maderas de esa región. Son muy variadas y algunas de ellas susceptibles de servir para los muebles de los más ricos. Deseamos un pronto y brillante éxito para la empresa, pues ese éxito será aún más importante para la provincia que para los empresarios”*. (El Eco de Córdoba-22-09-1865).

Se impone aclarar que el señor **Vernet** para la época, residía en la ciudad de Buenos Aires y continuaba allí en Agosto de 1866, conforme lo prueba la carta que enviara a la redacción de “El Standard” con fecha 06-08-1866, respecto del informe que sobre su viaje al Chaco publicara **Perkins** en el número 1344 de ese periódico.

Esta empresa supuestamente no habría prosperado. Sí lo hizo en principio la sociedad Warnes, Herbert y Cía que el 26 de Abril de 1869 denunció para sí las tierras ubicadas inmediatamente al norte de Galencia, en una superficie de dos

leguas sobre el río San Javier y diez de fondo hacia el oeste, conforme lo destaca el conocido y prestigioso investigador de la historia regional, doctor **Guido Tourn Pavillón**, quien en comunicación personal sacó al autor del equívoco de confundir un emprendimiento por otro.

Al año siguiente solicitaron la mensura del predio, la que quedó a cargo del agrimensor **César Fantoli**, comenzando el 5 de Febrero de 1870 con la presencia de los señores **Ovidio Warnes, José Hebert, Cayetano Orrego y John William Davies**, último lindero de Galencia; delimitándose así la que sería la poco feliz Colonia Eloísa. El propio agrimensor destacó en su informe que el terreno no era apto para los propósitos de explotación agrícola esgrimidos por los empresarios.

El Inspector de Colonias Guillermo Wilcken ponderó que *“la Colonia Eloísa es un árbol mal plantado por decirlo así; se secó sin alcanzar a prender”* (Tourn).

El 25 de Mayo de 1869 arribaron los primeros colonos al lugar y al año siguiente ya eran 180 las personal allí radicadas. Estaban constituídas en un comienzo por las familias de **José Hebert, Juan Luis Dumont, Simón Lebarvert, Catalina Framang; Enrique César; Luis Henriet, Augusto Deise, Francisco Fargnie y Ramón Stevano**.

En Enero de 1871 la empresa abandona el lugar y a sus pobladores. Para 1872 solo quedaban allí 14 personas encabezadas por **César Henriet y Juan Grobet**.

En 1874 son **César Henriet y Arsene Vernet** quienes reclaman para sí la propiedad de las tierras, ahora en su poder.

En 1874 el Inspector de Colonias señor **Coelho** informa que la colonia no existe ya como tal, pues se reducía a una sola familia constituída por **César Henriet** y su ahora socio **Arsene Vernet**. La denomina “Centinela del Desierto” pues hasta Alexandra Colony (Alejandra) no había una sola casa habitada.

En el interín, ese frustrado asentamiento sirvió de soporte a los traslados de **William Moore** y su gente en sus campañas en la zona y viajes con vituallas para Alejandra que le consignaban desde Inglaterra con ese destino, por ser Colonia California el último sitio confiable en la región.

Para finalizar esta breve crónica, casi como un apartado, se impone la necesidad de recordar el Fuerte Higuieritas, que emplazaron el Estado conjuntamente con los colonos de Galencia y California, en el límite sur de la primera, conforme la posición geográfica brindada por los archivos militares y plano obtenido en Gotha. Hablemos de ello con detalle, vale la pena, antes que los injustos vientos del olvido, se lleven sus últimos recuerdos, ya que al autor, autoridades en la materia le aseguraron que el fuerte solo estuvo “en los papeles”; otra expresión más del rechazo a ciertos aspectos de la historia por grupos interesados por razones étnicas o religiosas:

Fuerte Higuieritas



Algarrobo centenario en el lugar donde habría estado emplazado el fuerte Higuieritas (Un monumento a la fortaleza)

Fuera del sempiterno fuerte – a veces fortín – de la localidad de San Javier, cuyo emplazamiento estuvo frente al asiento de la iglesia, calle por medio, en la zona de influencia del viejo San Javier, se implantó alguna vez un fortín al que denominaron “Higuerillas”, ya citado. Fue uno de los tantos que trató de sostener la paz con el indio. Mucho después, en la década de los setenta del siglo XIX, los mapas y los informes oficiales hablaban de un fuerte emplazado al norte de San Javier, a una distancia aproximada a los quince o diecisiete kilómetros. Los historiadores que se ocuparon de cronicar la evolución del avance de la corriente humana hacia el norte, hablaron siempre de un proyecto gubernamental no concretado. Sin embargo, el fuerte “Higueritas”, perfectamente localizado en el mapa que acompaña la exhaustiva monografía que sobre el cono sur, elaborara el Dr. **Burmeister** y se publicara en Alemania por Petermann’s Geographischen Mitteilungen - Justus Perthes - Gotha – en 1875 -

con datos oficiales facilitados por el Jefe de la Oficina de Ingenieros de la Nación, Ing. **Pompeyo Moneta**, que viajó a Europa con todos los datos recogidos por los topógrafos militares, por encargo del gobierno que deseaba un mapa fiel de la nación - es dado como existente; las aseveraciones en contrario afirman que solo se trató de una obra planificada y nunca concretada, pese a su existencia real en los papeles.

Con fecha 13 - 01 - 1873 “El Progreso” de Córdoba – diario de Gil Navarro, consignaba: “**Nuevo mapa de la República**

*El Gobierno de la Nación ha concedido licencia con fecha de ayer al señor Jefe de la Oficina de Ingenieros Nacionales Don **Pompeyo Moneta** para ausentarse a Europa por el término de seis meses para restablecer su salud.*

Al mismo tiempo ha encargado desempeñar dos importantes comisiones que le ha confiado el gobierno.

La primera es mandar litografiar una cartografía completa de la República Argentina con todos los datos e informe que posee actualmente la Oficina de Ingenieros de la Nación.

*El Ministro del Interior ha dirigido al mismo tiempo nota a Francia, al señor **Mariano Balcarce** poniendo a su disposición todos los ejemplares que sean necesarios para los usos que crea conveniente.*

*La segunda comisión encomendada al Ingeniero **Moneta** es la de contratar en Europa dos ingenieros de primera clase, uno de segunda y un ingeniero arquitecto”.*

Respecto de lo expuesto, debemos consignar que en 1871, el Coronel **Obligado** recibió órdenes de reducir la tropa a su mando, de 1.250 hombres con que contaba, a solo 800. Esto le dio oportunidad para ejecutar el plan presentado al asumir el mando, que había sido originalmente rechazado por sus superiores: adelantar la línea de fronteras hacia el norte, reduciendo su extensión de 545 a 316 km; colocándola en una misma línea en las tres provincias afectadas: Santa Fe, Córdoba y Santiago del Estero.

El primer movimiento se ejecutó teniendo como pivote a Fortín Aguará y como apoyo derecho al Fortín Higuieritas. En el punto más avanzado hacia el norte, San Pedro Viejo, instaló la nueva Comandancia de Fronteras.



Casi en el centro el algarrobo centenario

En el sitio planificado por las autoridades y registrado catastralmente, se levantó un fuerte por propia iniciativa de los pobladores que veían peligrar su seguridad. Lo prueba elocuentemente la carta que **John, Richard y David Morgan** dirigen a sus familiares en Gales el 2 de Octubre de 1871, que brinda dos datos interesantes. El primero, oportunidad de levantamiento del fuerte que estuviera en San Javier: “*Nosotros estamos fuera de las fronteras del fuerte que estaba hasta hace poco en San Javier*”. Y el segundo, sobre la erección de dicho fuerte. “*Todos los de esta colonia y los de la americana se fueron a vivir a lo de Moore, ya que era más seguro para las mujeres y los niños estar juntos en un mismo lugar, así los hombres podían ir a explorar, pero no vieron ningún indio, y las cosas tomaron un*

aspecto mejor cuando todos volvimos a nuestros respectivos hogares otra vez. **Construimos un fuerte de ladrillos en nuestra Colonia** y nos turnamos para vigilar cuatro horas cada uno cada tres noches, pero nada pasó hasta fines de Mayo cuando los indios atacaron la Colonia Francesa que está más arriba llevándose de 80 a 100 cabezas de ganado, entonces los soldados y veinte de los colonos fueron tras ellos esa misma noche...”; hecho afianzado por lo ocurrido a los vecinos William y Henry Waspe. “...los hermanos William y Henry Waspe, cuando se encontraban cortando leña en el monte, la mañana del 6 de Abril de 1870 y fueron rodeados por los indios. Henry, que tenía mejor caballo salvó su vida y **se refugió en el fuerte**, a William – dice Richard Morgan – le habían clavado sus lanzas en 16 lugares...”¹

También en otra carta dirigida a sus parientes en el transcurso de 1872, los Morgan manifiestan: “Era casi fines de diciembre cuando se levantó **el fuerte** para proteger a los colonos de los indios. En año nuevo robaron los caballos **del fuerte** y uno de colonia americana (California)”.

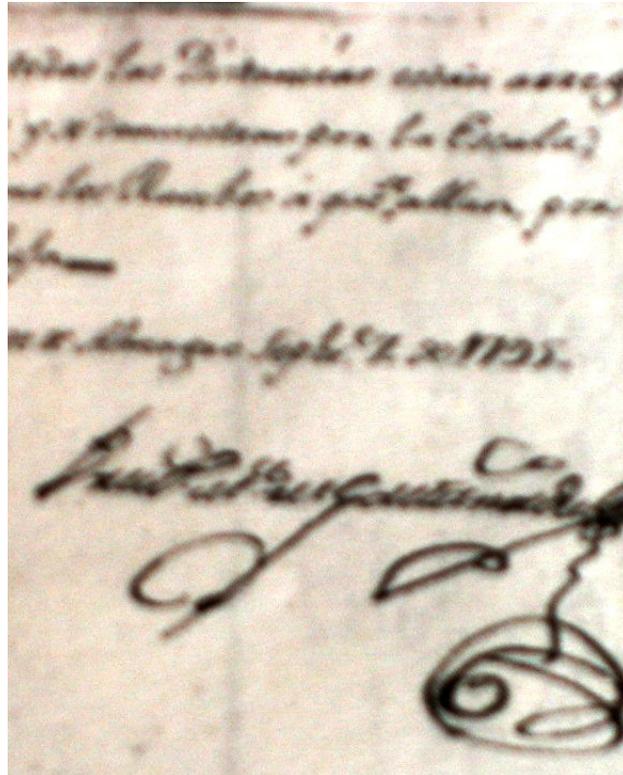


Vista del río desde el sitio de ubicación

Por otra parte, en el cuadro de situación brindado por el Jefe de Estadística del Ejército, **José N. Romero**, munido del V^oB^o del Gral. **Victorica** en las Memorias del Ministerio de Guerra y Marina, con fecha 30 de Marzo de 1872, se consigna al Fuerte Higuerita como situado a 9 leguas de la Comandancia General,

¹ Tourn Pavillon – Los Galeses de Santa Fe - 2006

ubicada en San Pedro el Grande(o el Viejo – unas 20 leguas más al norte de Cayastacito. 28 leguas de la capital – Actual Departamento San Justo, en el paraje hoy conocido como “El Ochenta”).



*Firma de Gastañaduy un “Hacedor de fuertes” en Santa Fe
– 1795*

***Echague y Andia** en 1790 ubica San Pedro en la margen derecha, cerca de la desembocadura del Espín Chico; mientras **Gastañaduy** lo ubica en la margen izquierda, o sea al norte del mismo arroyo, al que llama San Pedro.*

En 1871 también se prolongó una línea “desde San Pedro hasta Higueritas, al norte de San Javier”.

*Concluido el avance del sector izquierdo de la frontera de Santa Fe, como también de Córdoba y Santiago del Estero, **Obligado** resolvió adelantar la derecha de la línea santafesina, entre Fuerte Belgrano y San Javier. Al efecto corrió unas leguas más arriba de esta antigua reducción jesuítica, la extrema derecha, llevándola a un punto denominado “Higuerita”; desde allí, con rumbo noroeste se llegaba al lugar de la antigua reducción*

*jesuítica de San Pedro, donde **Obligado** estableció la comandancia general santafesina en San Pedro Grande, quedando a la retaguardia el fuerte Gral. Belgrano. Desde San Pedro Grande, la frontera tomaba rumbo al oeste y se continuaba en las guarniciones del río Salado a la altura del Fortín Aguará.*



*Mapa citado en el texto con ubicación Fuerte Higuieritas (Sobre letra “A”) y fuerte Palo Labrador. (Se habría realizado en base del relevamiento efectuado por el **Capitán Jordán Wisecki**).*

Interesante sería que los vecinos localizaran restos de la mencionada fortificación, en el lugar del límite sur de la actual estancia “Los Paraísos”, ya Galencia.



Vista aérea de la zona y esquina SO de la plaza de San Javier, lugar de asiento del fortín San Javier.

Viene a cuenta recordar que habiendo muerto el comandante del fortín de San Javier, durante 1865 hubo en el lugar conatos de rebelión indígena por disconformidad con el accionar de sus sucesores, al punto que las autoridades se vieron obligados a suplantar al comandante del cuerpo por el teniente **Candino**, quien alarmado solicitó al jefe del Departamento San José la liberación de varios indios en Cayastá para aliviar la tensión; a lo cual se agregó la provocada por la negativa de los indios reducidos en San Javier de pelear en la guerra del Paraguay, ya declarada. En estas circunstancias asume **Alzugaray** la comandancia del fortín, llegando a ser tanto su arraigo entre los pobladores, que el propio jefe de la Frontera Norte Interior, coronel **Matias Olmedo**, le pide consejos sobre como actuar en la emergencia. Trata de resolver la tensión esta comandancia, enviando “tiradores castellanos” en lugar de criollos para asegurar la paz en San Javier y su zona de influencia. Plan apoyado por el gobierno, que comisiona al capitán **Domingo Olaguibe** con un contingente a su cargo y dispone que el comisario del Departamento San José se subordine a las órdenes de **Antonino Alzugaray**.

Llegadas las tropas a San Javier, **Alzugaray** consigue que por orden del Jefe de Fronteras se retiren para evitar sospecha de ataque a los lugareños, conjurando una situación de tensión crítica en la reducción sanjavierina.

Ese héroe fronterizo – **Antonino Alzugaray** - A partir de 1866 cooperó activamente con las comisiones gubernamentales y grupos extranjeros que fueron a radicarse en la zona, ayudando en las gestiones y guía para la fundación de las colonias California, Francesa, Galencia, y Eloísa.

El 27 de Noviembre de 1867 se lo trasladó a Sunchales y fue reemplazado por el mayor **Patricio Hernández** en el cargo de Jefe de la Colonia Indígena de San Javier; regresa a Santa Fe, no sin antes recibir el 18 de Mayo de 1867 el premio que le confiriera el gobierno de Santa Fe por sus valiosos servicios prestados en la frontera, un predio en la propia San Javier, donde habría de levantar posteriormente su casa, para radicarse con su familia.

Desde San Javier desarrolla una intensa y fructífera tarea en favor de la colonización de la zona, apoyando las comisiones extranjeras que se trasladan al lugar para selección de los terrenos aptos para su asentamiento, con los riesgos que ello importaba, por la suspicacia innata del indígena.

Un hecho concreto pone en evidencia las características de su personalidad y de su vocación de servicios.

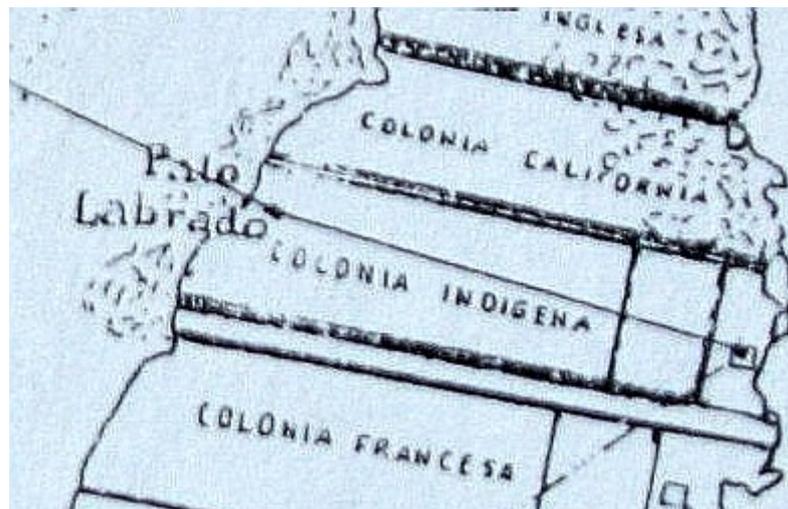
Los norteamericanos de Colonia California, alarmados por las depredaciones de los indios “mansos” (reducidos), piden la intervención del gobierno provincial, a fines de 1868. El 16 de Enero de 1869, el gobierno les solicita que, para contrarrestar “las malocas” (sic) debían proponer una persona “idónea para ejercer las funciones de comisario de esa colonia”, al que se le suministrarían las fuerzas necesarias para llevar a buen término su cometido.

El 28 de Agosto de 1869, cansados los vecinos se reúnen y eligen al Capitán **Antonino Alzugaray** para esa función, cursando la correspondiente comunicación. Ello dio lugar a su designación como tal el 9 de Setiembre de 1869, año en que arreciaron los conflictos entre colonos e indios. La hostilidad de éstos con aquellos se originaba principalmente en el alcohol, de venta libre en el poblado, situación aprovechada por los comerciantes para cambiar bebidas, balas y pólvora, por plumas, cueros de nutria, ciervos, tigres que conseguían de las tribus salvajes Chaco adentro. Situación con el correr de un par de años, que determinó el estudio de la posibilidad de volver a trasladar al núcleo de indios reducidos nuevamente a Santa Rosa de Calchines. Medida resistida por los mocovíes que alegaron permanecer en el lugar mientras la imagen de San Francisco Javier estuviese en ese punto.

Después de casi dos años de ejercicio de la función de comisario, en mérito a la capacidad y tino demostrado, el 22 de Abril de 1871 se lo nombra Juez de Paz de San Javier y sus colonias aledañas: California, Cullen, Eloísa, Francesa e Inglesa (Galencia).

El 22 de Setiembre de 1871 la Legislatura Provincial presta acuerdo para el ascenso de distinguidos jefes militares. Así, **Antonino Alzugaray** es ascendido al grado de Sargento Mayor de Infantería.

Falleció en San Javier el 14 de Julio de 1888. Su descendencia, transita aún orgullosa de tan magnífico héroe civil, los no tan polvorientos caminos del Pájaro Blanco. Ya casi no se lo recuerda en la zona.



Plano de la Colonia Indígena con los dos fuertes en sus extremos Este y Oeste: San Javier y Palo Labrado - 1868

No podemos olvidar el fuerte “Palo Labrado”, también próximo a San Javier al oeste, allá por 1868. Como así la cadena de la línea de fuertes correspondiente a la Frontera Norte Interior, que trajo seguridad a la región en el tan convulsionado período que va desde las primeras colonias (1866) hasta la instalación de la comandancia en Reconquista (1872).



Ubicación del Fuerte Higeritas: 30° 28' Sur; 59° 56' Oeste

Ref. Ruta Prov. 1- vieja- y A° Sanjavielito(trazo fino); el cauce ancho marcado es el río San Javier – derecha id.Google Earth



Línea de Fortines – 1873



El “Sanjavielito”, brazo del río San Javier, a la altura del fuerte Higuieritas

Recordemos además que en 1867, el ejército también establece al oeste de Colonia California, el fortín denominado Cayastá Viejo, que posteriormente toma el nombre de Cantón San Martín, sitio anterior al que, en razón de un traslado por anegabilidad de la zona, pasó a ser San Martín Norte.



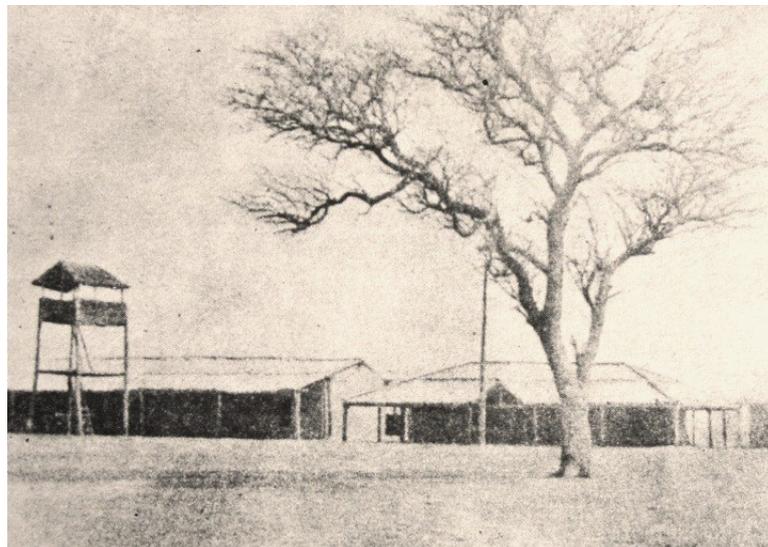
Zona del Fuerte Higuieritas (Google Earth)

Los trabajos de investigación “in situ” se efectuaron con la valiosa colaboración de Juan Carlos “Yimmy” Preiswerk, también

descendiente de esos colonos, a quien se agradece su orientadora ayuda.



Juan Carlos “Yimmy” Preiswerk durante la exploración del lugar



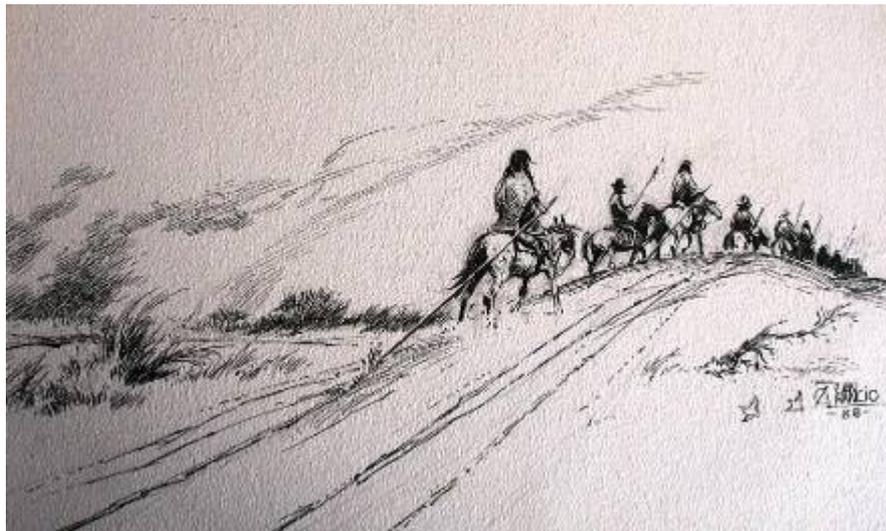
Fortín Tostado – Fines Siglo XIX – BPCCVigil

RELACIÓN DE LOS COLONOS CON LOS INDIOS



Las islas frente a San Javier

Desde los comienzos la relación entre ambos grupos humanos fue conflictiva, pese a que los asentamientos de ambos se hallaban relativamente distantes para la época, los conflictos se sucedieron sin solución de continuidad desde el comienzo.



“Rastrillada” – Dibujo de Juan Arancio

28 5 1868 REDUCCIÓN DE INDIOS

Al muy R.P. Rafael Pezzini, Prefecto de las Misiones

San Javier, Marzo 14 de 1868

Muy R. Padre:

El asunto de los montaraces del cacique Mariano y de los otros caciques que dependen de él, me ha salido bien y me apresuro a manifestárselo felicitando a V. P., por éste, que es un triunfo que Dios ha querido acordarnos. Según la misión que me había dado la B.V. me presenté yo a los expresados montaraces el día 10 de Marzo de 1868 y fui recibido muy bien. Les hablé de reducirse y ellos me hicieron conocer que estaban prontos, y desde ya se me entregaban, y en señal de eso me hicieron bautizar varios chicos, a lo que me presté muy gustoso. Así que la reducción de esos indios lo considero un hecho consumado. Luego ordené la B. V. lo que conviniere y juzgare prudente. Y sin más mándela B. V. A. S. A. S. y S.

Fray HERMETE COSTANZI

La misiva anterior, es una de las tantas que constituyeron más una manifestación de deseos que la expresión de la realidad; fue tomada de la prensa de la época y es desconocida en la actualidad.

Un informe de 1871 sobre la actividad del coronel **Obligado** en la región destaca que “*por los prisioneros se tuvo noticias de que un número como de cien indios se había dirigido con objeto de robar las colonias al norte de San Javier y el coronel se propuso escarmentarlos.*

Se dirigió al Sur y así que encontró rastros de los indios invasores continuó su marcha por él, campando donde mismo habían campado los indios (sic) y haciendo las mismas jornadas que ellos habían venido haciendo” ... “...nos encontramos de improviso con los indios que venían boleando y en lugar de hacer cerco de avestruces o venados, lo hicieron con nosotros; el

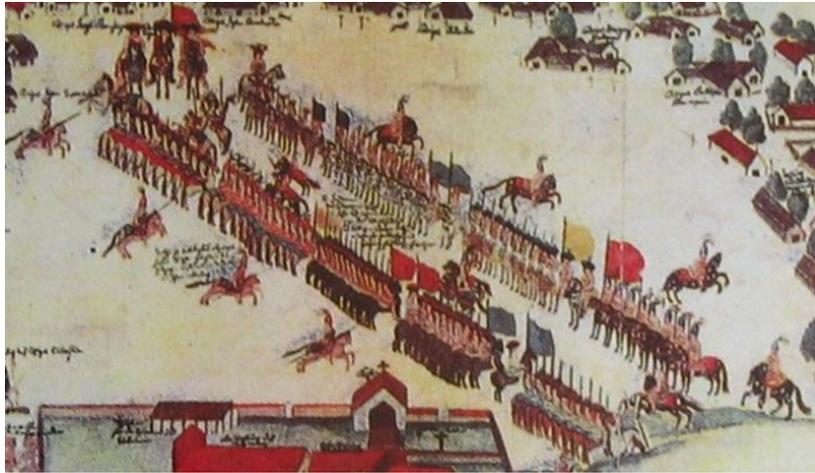
*Coronel **Obligado** los mandó cargar en el acto por todas lkas fuerzas, mandando la derecha el Comandante **Jobson** con 30 hombres, el Comandante **Racero** a la izquierda con 30 hombres y el Coronel **Obligado** centro con otros 40 hombres. Cargados y huir los chinos todo fue una misma cosa, les matamos diez chinos y escapó herido el cacique Pablo” ... “Este lugar será de eterna memoria a los indios ladrones, pues diez cadáveres colgados de los árboles más altos del Chaco atestiguan que no han de ejercer sus depredaciones impunemente” ... (De El Eco de Córdoba – Mayo de 1871. El autor cuenta con más de un centenar de sueltos periodísticos sobre los ataques y depredaciones que sufrían los habitantes de la región hasta comienzos del siglo XX. En mérito a la brevedad y por no constituir el objetivo del trabajo, omite reproducirlos y los coloca a disposición de los interesados en ese accionar delictivo; se los pueden requerir.*



Coronel Manuel Obligado

El recelo original hacia los indios montaraces, alzados o salvajes que en un comienzo dominó a los inmigrantes, fue modificado por la certeza de que tal peligro no era tal sin la intervención directa de aquellos denominados mansos, reducidos o civilizados que habitaban San Javier, Santa Rosa, Calchines, Cayastá, etc., a los que colonos calificaron de “*gente ociosa que no se ocupan del trabajo, sino del robo y el pillaje y frecuentemente entremetiéndose con los montaraces, cometiendo asesinatos*”

alevosos y llevando robados nuestros animales” conforme lo consignan en petitorio al presidente Sarmiento desde Colonia California, el 3 de Noviembre de 1871, suscripto por 33 de ellos.



Indios mocovíes en formación militar – Imagen de un iluminista conventual en la obra de de Florian Paucke – “Hacia Allá y Para Acá”.

En otro párrafo no menos elocuente expresan:

Igualmente exponemos a V.E. que existe una costumbre entre los indios mansos, apoyada por las autoridades locales, sumamente perjudicial a las colonias. Esta costumbre, exmo. señor es la de permitir a los indios de los puntos indicados, de salir en número de cien para arriba bien armados y montados, munidos de pasaportes que les autorizan a caza nominalmente en las islas del Paraná, pero realmente entre los campos de los colonos, como estos indios una vez a caballo y armados, encontrándose lejos de las autoridades, no respetan ni a las personas ni autoridades de los colonos, matando a los unos y llevando robados los otros, entregándolos a los montaraces en cambio de cueros de nutria y otras pieles. Las desgracias sucedidas últimamente en la colonia Alejandra, han tenido su origen en estas partidas y sucederá siempre que se permita a los indios salir así fuera de las jurisdicción de las autoridades”.

“¿Cómo es, exmo. señor, que a los indios se les permite llevar lanzas y armas ofensivas, cuando a los ciudadanos en general, de la República no se les permite? Es una anomalía inconstitucional, puesto que a los bárbaros se concede permiso para hacer lo que se niega a los civilizados.”

“Por fin, Exmo. señor, el sistema actual seguido entre los indios del Chaco llamados mansos no tiene otra tendencia que la de extinguir a los colonos y dejar abandonado por otro siglo más la civilización del desierto; por consiguiente hay que elegir entre dos cosas: la destrucción de las colonias del Chaco o el alejamiento o exterminio de los bárbaros.”...

En el extenso informe que sobre el particular brindara el coronel Obligado desde el Cuartel General Belgrano, sede de la comandancia de la Frontera Norte Interior, en Noviembre de 1871, entre otras cosas concordantes, expresa:

“Es cierto cuanto exponen los colonos respecto a los males que causan los indios reducidos de San Javier, Calchines y y Santa Rosa (Nótese que divide estas dos poblaciones o asentamientos) y que están bajo la autoridad del Gobierno de la Provincia en las condiciones de los demás ciudadanos.”

Más adelante en el mismo informe, significativamente destaca este prestigioso civilizador:

“Las autoridades locales en vez de tratar de moralizar estas tribus e inclinarlas a los trabajos agrícolas, a fin de civilizarlas, cooperan a mantenerlas en la vagancia y la vida errante, pues los jueces de paz son pulperos que negocian con los indios las pieles de nutria, ciervo, tigre, etc, en cambio de pólvora, balas y aguardiente, haciendo negocio un usurero, y esta autoridades son las que más se oponen a la traslación de estas tribus a donde puedan estar a la vigilancia de una verdadera autoridad.”

“Por repetidas veces he hecho presente al Gobierno de esta Provincia los males que sufren las colonias y el servicio de frontera por la situación de esas tribus y el proceder de las autoridades locales y últimamente he pasado la nota cuya copia adjunto con otros documentos, por los cuales se impondrá V.S. de

que los indios licenciados para cazar en las islas y soldados comisionados para la recolección de caballos patrias han equivocado el camino y han ido a más de veinte leguas de distancia de los puntos a que debían ir y saliendo fuera de la línea de frontera para comerciar con los indios montaraces, según han declarado, y acercándose a la colonia Alejandra con intención, sin duda, de dar malón, fueron aprehendidos por una partida de las fuerzas de frontera que allí estaba destacada.”

Resulta también altamente significativo para que tengamos una idea respecto de las condiciones humanas reales de los protagonistas de este conflicto que concluiría naturalmente en el malón de 1904, último malón entonces hasta 1919; los juicios de valor que tan calificado personaje emitiera en la oportunidad y que tienen una trascendencia notable al momento de actualizar nuestra visión sobre los hechos de entonces, condicionantes de la vida posterior de la población:

“Estos indios, señor Inspector, que son criollos que hablan el castellano, que han formado parte de distintos ejércitos, que tienen todos los vicios de la civilización y la sagacidad de nuestros gauchos, comprenden perfectamente que situados en otro punto tienen que someterse a vivir con arreglo a las leyes del país y que sus crímenes no quedarán impunes.”



Blas Garnica, Juan Asencio Maldonado y Nazario Añorí, tiempo después de su liberación. Fotografía de 1904. Estuvieron cautivos de los mocovíes desde su niñez.

“Los exponentes (los colonos) se equivocan donde dice que estas tribus reciben raciones y sueldos del Gobierno Nacional, cuando no solo no reciben nada, sino que no están para nada bajo la autoridad de los jefes nacionales. Estos indios viven en departamentos regidos por jueces de paz y están inscriptos en los registros cívicos, ni sería equitativo que el Gobierno Nacional mantuviese a hombres que están avezados en los trabajos de agricultura, estancia y obraje de madera y carbón, y que si se dedican a la vagancia es por las circunstancias especiales en que están colocados, porque no hay autoridades que los repriman y porque encuentran más fácil y más en relación a sus instintos el método de vida que siguen.”

En la nota al gobernador de la provincia que **Obligado** dice acompañar, en la que plantea al Dr. **Simón de Iriondo** con fecha 15 de Noviembre de 1871, la misma situación que expusiera a las autoridades nacionales, deben destacarse dos párrafos que profundizan los juicios de valor vertidos en la misma. A saber:

“No desconozco que hay individuos que se oponen a la traslación de esta tribu, y a quienes le conviene el estado actual de cosas. Los que hacen con estos indios un comercio usurero y del que ningún bien reporta a la provincia, se han de oponer con frívolos pretextos a que esta tribu se someta a la vigilancia de una verdadera autoridad”



*Imagen de **Pedro Garnica**, hermano de **Blas**, junto a él y su padre con sus familiares, después de 38 años de cautiverio – 1904*

“El padre misionero establecido allí ha de oponerse, también, muy particularmente a esta medida, tanto porque ha construido allí una iglesia, que ha de sentir abandonar y cuya posesión le proporciona una vida en cierto modo independiente, cuanto porque estos padres misioneros creen que han llenado su misión enseñando a rezar a los indios sin cuidarse si hacen mal al vecindario, y siendo complacientes con los indios hasta el extremo de consentir que retengan en su poder cautivos cristianos y todo su empeño se dirige a demostrar al público que mantienen reducción de indios.”

Hoy, no contabilizando estos documentos notables existentes en el Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe y todos aquellos hechos relatados por la prensa nacional de entonces o recibidos mediante la tradición oral por los familiares de los afectados, resultan cómodos y hasta casi elegantes, los planteos académicos, altamente sociologistas, que campean en los corrillos historicistas, tratando de explicar a su manera el contacto de los grupos indígenas con los colonos. Creo sinceramente, que solo con el fin sospechoso de llevar agua a distintos molinos, totalmente ajenos a un acontecer que afectó profundamente la vida de las colonias que nutrieron y engrandecieron el San Javier de hoy. El autor, convencido de que la realidad es independiente de todo juicio de valor, solo es; confía en ella y en la inteligencia de cada lector, para releer con justicia las páginas de nuestra historia no tan lejana.



*Indios mocovíes en toldería (Fotografía de **Francisca Cabral**)*

Vienen a nuestra memoria las palabras del investigador **Mafucci Moore** que sobre esta relación sintetiza: “Los contactos entre indios e hispano-criollos en el Gran Chaco abarcaron una amplia gama que fue desde la violencia al fructífero comercio y se extendieron a lo largo de casi dos siglos lo cual produjo, inevitablemente, transformaciones en las formas de articulación económica de las sociedades indígenas pues, a la par de las tradicionales actividades de caza y recolección, se generaron prácticas de nuevo cuño como los asaltos en busca de ganado a los fortines y asentamientos de frontera”.

Concretando, ese autor aporta algunos datos de interés respecto de esa situación, que mucho iluminan lo expresado:

*“Aunque en un principio no hubo problemas con los indios, los colonos eran conscientes que podía surgir el conflicto y no abrigaban dudas acerca de cómo responderían en caso de ser atacados. A tres meses de instalados uno de ellos, **Charles Allen Hildreth**, expresaba: los indios, de los cuales habíamos tenido tan malas referencias antes de nuestra expedición a El Rey, todavía no han hecho su aparición; pero nosotros estamos siempre listos y al alcance de la mano, cargados, o al hombro llevamos un buen número de rifles, escopetas, fusiles y*

revólveres;... a los salvajes les espera una calurosa recepción si vienen con viles intenciones.

*Las relaciones entre los colonos y los indios “reducidos” de San Javier parecían hasta entonces gozar de las mejores perspectivas. En octubre de 1866 **Thomas Moore** le comentaba a **Guillermo Perkins** “me olvidaba de decirle que cuando llegamos por primera vez al Fortín los Indios nos recibieron muy amablemente”.*

***Alexander McLean**, director de la Colonia California, formulaba similares comentarios dejando entrever que la “pax” obedecía a la potencial capacidad de respuesta de los colonos*

los indios montaraces no han tenido problemas con nosotros y de hecho, no hemos visto ninguno todavía. Los indios reducidos de San Javier no se han entrometido con nosotros tampoco; si ellos lo hicieran nosotros podríamos ocupar todo su poblado.

*En la correspondencia de los colonos, y en las notas y cartas de **Perkins** se advierte un marcado esfuerzo por atraer mayor número de inmigrantes, ya que en ello radicaba la esperanza de desalentar, o repeler con éxito, los eventuales ataques indígenas.*

A los pocos meses de instalados hubo pequeñas sustracciones furtivas de ganado vacuno y caballos en Colonia California pero sin que mediaran enfrentamientos directos, pero ante la repetición de los robos de animales los colonos no hesitaron en responder persiguiendo a los indios y tratando de recuperar el ganado robado”.

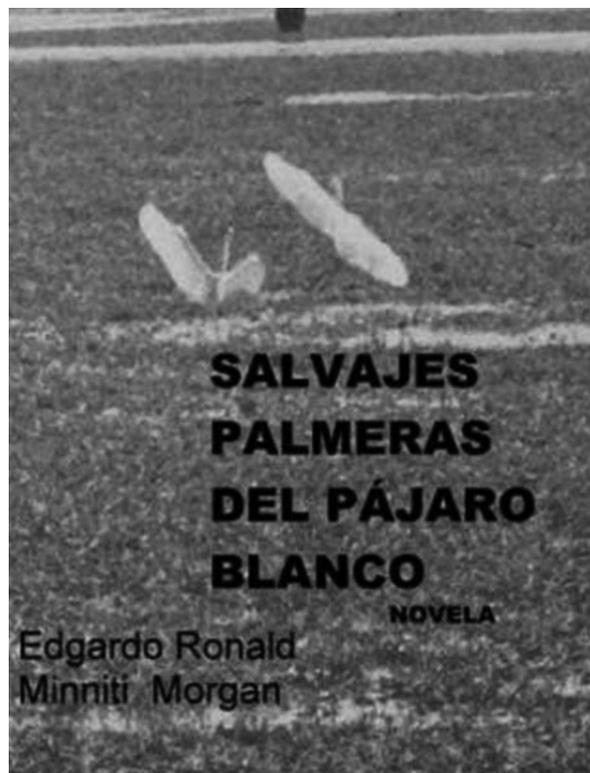
Esas situación se prolongó por mucho tiempo, hasta la efectiva acción del “guardapolvo blanco” escolar que, por medio de la educación fue integrando estos grupos humanos aparentemente contrapuestos. Tanto es así que en 1921, San Javier en su planta urbana tenía delimitada varias manzanas con la leyenda: “Sección Indígena”; y hasta un cementerio independiente denominado “Cementerio Indígena”, hacia el oeste del poblado, fuera de su planta urbana, donde se halla el llamado “eucaliptal de **Casañas**”; claro índice de esa situación conflictiva sempiterna.

**No digan nada
Lo sé desde un comienzo
Después de tanto luchar
Se han ido para el silencio**

2da. Parte

*La vida de Colonia
California en sus comienzos*

*(Fragmentos de la novela histórica “Salvajes
Palmeras del Pájaro Blanco”, que puede ser obtenida
completa en la Web).*



CAPITULO XXIX

LA LUNA ENLOZADA

El sol fue decapitado por el horizonte. Esa tarde de domingo entregaba una embriaguez particular en brazos del aire fresco que llegaba de la costa. Hacia allí se encaminó para poner distancia entre su casa, los suyos y la soledad que lo reclamaba imperiosamente. Despacio, para no herir el cristal del momento, llegó hasta la línea quebrada del terreno superior, se sentó en el borde barrancoso labrado por anteriores crecientes del río manso, que corría delante de él entre pajas bravas y sauces. Los ceibos todavía no habían comenzado a sangrar.

El aleteo de las palomas disputando su territorio en los árboles próximos, el destemplado grito del benteveo, el ulular áspero de las gallinetas, le desbordaron el alma. En sus fueros íntimos sentía que había llegado.

La bonanza de la tierra que no era blanda, sin embargo se mostraba particularmente mansa, lo obligaba a guardar respetuoso silencio. Sus ojos, en un reverente rezo laico a naturales divinidades olvidadas, recorrieron las alternativas que se le ofrecían. No vírgenes, sí al menos puras. Esa grávida naturaleza, tan dispar a la que estaba acostumbrado, lo impresionó de un modo particular ese día, tanto, que aquello casi no lo podían soportar sus sentidos abiertos a pleno.

Esa tierra también ahora era de él, de su familia, de sus amigos. Exigía la paz sin condiciones, directa, franca. Se propuso conservarla. Tratar de obligar a los suyos a que lo hiciesen; sin violencia, salvo casos extremos de seguridad personal; cuando los vedados accesos a los infiernos, se franqueaban por la imperiosa e íntima necesidad de permanecer vivos y seguir rindiendo culto a la misma. En tan poco tiempo habían llegado a amarla, como no lo imaginara jamás. Tanto, que su propuesta de hacerse con los títulos, mejorarla, enajenarla y partir hacia otros horizontes, quedó

hecha un ovillo, estrujada y dejada en cualquier recodo de la memoria perdida.

No era fácil. Sus reglas de juego resultaban a veces extrañas. Máxime cuando caían en la partida, aquellos semihombres de bronce tostado, que los obligaban a llevar armas permanentemente.

Eso no cambiaba los sentimientos, formaba parte del juego, del duro juego de vivir con reglas que había impuesto ella y debían aceptar o perecer.

- ¡Es peligroso, padre!

La voz de Jeff, su hijo, a sus espaldas lo sacó de tales pensamientos, obligándolo a regresar nuevamente a la tierra inmediata.

- Tienes razón. Pero no te preocupes. No por ensimismado había dejado de cuidarme. El que resigna la vigilancia pierde.

- ¡Ajá! - expresó el muchacho integrándose al paisaje.

- Todo esto es maravilloso, hijo. Nadie juega con dados cargados, aunque la partida es fuerte, ¿verdad? - comentó sonriendo. No olvides los comentarios sobre la zona que publicó el Standard con la firma de Carlos Vernet. Esto tiene gran futuro.

- Lamento que no hayamos tenido suerte ayer, papá. En un momento dado creí que sería más fácil entendernos con los salvajes, como lo hacen los mercancharifles de allí - dijo indicando al sur - Nuestra visita fue vana. O se hacía el desentendido el cacique, simulando no comprender, o echaba la culpa a los montaraces del norte, como si no supiésemos que se apoyan en ellos los salvajes ladrones.

- Es cierto, ¡no me lo digas!

- ¡Claro que lo es! A veces pienso que son estimulados a atacarnos. El rechazo es notorio, solo se desvanece aparentemente por razones de interés. Necesitan de nuestro ganado y del poco grano que empezamos a producir.

- ¡Cambiará con el tiempo, hijo! Lo he vivido antes.

- Espero que así sea. Me preocupa la seguridad. Nuestras defensas son las mejores posibles. Sin embargo no bastan, necesitamos armas más eficientes y otras herramientas más eficaces.

- Estoy pensando en ello desde hace tiempo. No temas, insisto...

- Todos estamos preocupados, pero no temerosos. En el fondo creo que son niños. Niños que juegan el cruel e interminable juego a que fueron acostumbrados. No piensan, actúan, a veces estimulados ¡Chist...! - interrumpió de golpe la charla con aquel chistido de alerta - Si miras con atención hacia el laurel de enfrente, verás a alguien agazapado, observándonos ¿Quién puede anticipar sus intenciones?

- Puede ser solo la curiosidad, hijo. Nuestra cabellera y color nos diferencia, les llama la atención. Además está todo aquello que sugieren los de allá, respecto de nuestra manera de vivir, de pensar, de creer. Somos los herejes para ellos. No pienso en alguien que prepara una acción depredadora, así tan abiertamente y menos en solitario.

- ¿Efectuó un disparo intimidatorio por sobre su cabeza, papá? - preguntó Jeff aprestando el rifle.

- ¡No!, no desperdicias municiones. Le darás trabajo extra a tus hermanas para fundirlas. Está atento nomás. Pueden llegar por otra parte y él ser una distracción, aunque no lo creo, insisto. El terreno cercano no es propicio para sorpresas. Lo hemos desbrozado adecuadamente. A propósito, mañana tendremos que terminar el corral grande del norte. Haré un viaje a Santa Fe, para conseguir una tropilla; nos está haciendo falta. De paso, quiero interiorizarme de la situación general de la zona y la política lugareña. Corren rumores de la instalación de nuevos grupos de colonos en la región. Tu pariente Mac Lean, algo me adelantó.

- ¡Eso nos vendría muy bien! - respondió el hijo con gran alegría. La actividad intensa no les había brindado tiempo para dedicar a los corrillos que se armaban contadas veces, con los otros jóvenes de la colonia, en esas improvisadas ruedas de mate que se generaban cada tanto, en los pocos momentos de descanso, a las que iban aficionando particularmente los domingos por la tarde, en las espaciadas reuniones del culto, a la luz de la palabra de cualquiera de ellos, el más animado en la oportunidad para predicar.

La nueva tropilla fue incorporada en los flamantes corrales alambrados. No les fue fácil desbarrar los postes de quebracho para el cerco. Encerraron en el viejo al ganado vacuno, que también arrió desde la estancia de los Aldao, dónde los adquirió a buen precio. Aunque era precario, no le preocupaba mayormente en principio. Salvo algún ternero, el indio prefería al caballo por su movilidad. No solo eran sus aliados naturales desde la conquista, sino que apreciaban el sabor dulzón tan particular de su carne asada, en especial la de yegua joven.

La existencia transcurría con su pendular recurrencia tensión -distensión, impuesta por todos aquellos hechos naturales que sobrevenían, anticipados o no, propios de los bucólicos accidentes que rodeaban sus sacrificadas vidas.

Lograban apenas equilibrar la balanza con los periódicos almuerzos y reuniones practicados con sus vecinos, en oportunidad de los ejercicios religiosos y los juegos dominicales, que llevaban alegría a sus sufridas personas.

Ese domingo no fue distinto. Los últimos en retirarse con ellos, a la larga ya, fueron los Snow. Vivían tres concesiones al norte de la propia. En el sitio, soleado todavía, reverberaba el eco de las risas jóvenes entre las sillas dispuestas en semicírculo para el juego. Remolonas, quedaron en la memoria las miradas insinuantes, la frase cómplice que dejaban caer, de tanto en tanto entre las niñas, sus pares masculinos y las risas complacientes de las damas. Volvían a la carga en la menor oportunidad brindada, bajo las miradas vigilantes, pero supuestamente inocentes, de las madres cómplices. La trama social se tejía supuestamente a escondidas con cálida amistad.

No fue distinto, excepto por el cansancio particular que dejó la euforia y la excitante actividad del día. Era como si las miradas y las risas tuvieran la capacidad de quitar fuerza a los músculos. Temprano, sin remoloneos, la familia estaba recogida en sus aposentos.

A eso de las tres Thomas escuchó algo que lo despertó. En la nebulosidad del sueño, le pareció el sonido de una rama al quebrarse. No podía, ni debía correr riesgos. De inmediato dio la voz de alarma calladamente. A medio vestir, con rapidez y convenientemente armados salieron al patio circundante.

Una luna que menguaba su cuarto, trepaba a medio camino del cenit.

- Se llevaron los caballos, ¡malditos hijos de puta!

- Hijo, ¡no maldigas!

- Pero papá, ¿por qué todo esto? - inquirió Jeff, con profundo dolor.

- Es el juego que sigue, un juego cruel, despiadado, al que tenemos que tratar de cambiar las reglas. ¿Viste que ni los perros ladraron? – recalcó.

-Y ahora sin caballos, ¿qué hacemos, señor? - preguntó Thomas.

-Por esta noche nada, seguir durmiendo. Es inútil, no volverán. Además, no se justifica que alguno de nosotros recorra la oscuridad. Media legua nos separa de los Mac Lean. Organizar una batida va a llevar demasiado tiempo. A estas horas, sus resultados seguramente, serán infructuosos. Convengamos que nos sorprendieron desprevenidos. Calma muchachos ¡Calma, por favor!

- Mañana a primera hora iré a lo de Mac Lean. Nos darán las monturas que necesitamos - ofreció Jeff.

-Bien, ¡a dormir! - ordenó mientras dirigía la vista a las mujeres que intrigadas y temerosas, asomaban por el pequeño hueco que hacía de ventana en la modesta pieza que las albergaba. La casa precaria. con techo de paja y paredes de barro, constituía la antesala de la gran casa de dos plantas que comenzaron a erigir a su lado.

Los corrales vacíos, muertos como si los hubiesen desangrado, mostraban sus pupilas blancas de Luna , sin sombra alguna.

En San Javier le tomaron la denuncia del robo. Fue nada más que un acto protocolar, nadie haría nada si la orden “no venía de arriba”. No lo hacían con los propios, mucho menos con esos extranjeros.

- ¿A quién importa, sino a nosotros solamente? - repetía William en voz alta a sí mismo, mientras marchaba retornando a su casa - ¿A quién, en este país sin leyes?

Tuvieron que reforzar los corrales. Los caballos valiosos, los adiestrados con esmero en largas cabalgatas llenas de accidentes, en las que adquirirían experiencia, tanto los equinos, como los jóvenes jinetes haciéndose hombres, endureciéndose en prolongadas jornadas casi sin descanso, fueron cobijados por las noches en un galpón especial, a cuyas vigas fijaron cadenas que enlazaban el cogote de las bestias. Las cerraron con candado.

La chacra también tenía su precio. Debían arar con el fusil cruzado en la mancera. El cuidado de los animales, ¡ni que hablar! Enlazarlos, conducirlos a las pasturas frescas, curarlos. El sistema era poco práctico, pero lo imponían las condiciones de trabajo establecidas. Habían acordado no recurrir a extraños por razones económicas, adoptando como norma ayudarse los colonos entre sí. Con ese esfuerzo común, cooperativo, lograban un rédito pleno y la colonia estaba siempre unida. Constituían un cuerpo sólido, eficiente y disciplinado. El afán y esfuerzo comunitario les arribaba beneficios amplios de todo orden, tanto en la producción como en la defensa; otorgando mayor margen para moverse en esa intrincada red económica, a la cual aún no se habían integrado totalmente.

De poco valió todo ello.

Una noche cualquiera, volvieron y arriaron el contenido de los potreros. Ingresaron al galpón. Ante la imposibilidad de desprender del yugo a los caballos, los degollaron. El charco de sangre formado en el piso, fue nutriendo más de un pensamiento sordo de venganza, cortado de cuajo por William.

- ¡Basta de murmurar! ¡Otra vez la culpa es solo nuestra! Nos agarraron con la guardia baja. No fuimos lo suficientemente previsores. El juego sigue. Habrá de hacerlo por mucho tiempo, pero irá cambiando, ¡ya lo verán! Se trata solo de no aflojarles ¡Debemos demostrarles y demostrarnos, que no pueden vencernos! Hemos de conseguir por lo menos un par de gansos, a ellos no podrán sorprender con su olor animal y sigilo. ¡Son los mejores guardianes e insobornables!

En silencio, montó el caballo que sus vecinos le facilitaron. Se encaminó cansinamente, a cumplir con el rito inútil de denunciar una nueva depredación en San Javier. Tenía la

convicción que con ello, aumentaba la alegría de muchos pobladores de la localidad próxima; verían cada vez más cercano el fin de la permanencia de herejes en el lugar. Nada más lejano de la realidad.

Ese año la cosecha resultó excelente. Pese a los hurtos, el ganado fue aumentando considerablemente. En corto lapso, habían llegado a poseer una hacienda de más de setecientas cabezas, sin contar los setenta y cinco yeguarizos y mulas. Los potreros fueron reforzados y cerrados con cadenas y cerrojos. La vigilancia se intensificó. Los gansos resultaron excelentes guardianes nocturnos. Al primer grito sordo, chasqueante, había un tirador dispuesto, protegido por la galería de la vivienda. La lámpara de petróleo con su gran pantalla blanca enlozada, reemplazaba la luna en las noches oscuras, alumbrando hacia los corrales, desde un nicho en la pared.

.....

CAPITULO XXXI OTRA CUENTA MÁS

Aquel domingo por la tarde volvían de lo de Josiah Reeves, en el límite de la nueva Colonia California, riendo y cantando eufóricamente, cuando la realidad cortó de cuajo la alegría, al doblar el recodo hacia la casa. Los corrales vacíos nuevamente, eran mudos testigos de otro saqueo.

- Thomas, corre a avisarles a los demás ¡Alerta a los rezagados! ¡Ve pronto, hijo!, que vengán preparados.

En un rato, los jinetes arribaron bien armados. Cinco salieron en pos de los malhechores.

La rastrillada era franca. El arreo dejaba una huella evidente en los pastos.

Se dirigían al suroeste, buscando el monte denso y terreno fácil para poner distancia. Las anteriores escaramuzas exitosas los habían cebado. Creían en la imposibilidad de ser perseguidos.

- Están aflojando la marcha, fijate como se acortan visiblemente los rastros - observó uno de los de Mac Lean a Will.

-Sí, no caben dudas - apuremos un poco, trataremos de alcanzarlos mientras quede luz diurna - le respondió.

Aceleraron la marcha. El pasto evitó la nube de polvo delatora. Aún así, hubieron de cuidarse al trasponer los claros, para no anticipar su presencia a la retaguardia de los arrieros.

Él, agachado se colocó entre el rastro y el norte. El juego de luz y sombra resaltaba el relieve de las huellas. Era un truco que vio practicar allá en su tierra, a un viejo rastreador indio. Siempre le había dado resultados en sus cacerías de hombres.

Los divisaron recortados contra el horizonte. La partida no iba a ser un regalo. Contaron alrededor de treinta nativos.

- Algunos son muy jóvenes o mujeres, lo que es difícil - aseveró William - vean la poca profundidad de las huellas de la izquierda. Los caballos llevan un peso demasiado liviano - agregó.

Cerraron el grupo. Sobre la marcha organizaron el ataque. Ellos cinco, con sus respectivos fusiles y revólveres contra una treintena de salvajes armados con lanzas. La suerte podría ser de cualquiera. No iba a ser fácil si se internaban en la isleta que se sugería densa en la distancia, en dirección de la marcha.

- ¡Apuremos! - instó William. Seguido por sus pares, aceleró el galope lo necesario para evitar el ingreso de los perseguidos al monte. Ya no importaba ser descubiertos.

La sorpresa fue total. Con la primera descarga, cayeron dos indios. El resto se distribuyó en semicírculo, dispuesto a enfrentar los perseguidores, mientras el arreo se desbandaba.

Agotada la carga de las armas largas, revólver en mano, continuaron la batida. Cayeron algunos más. En un momento dado, cuando Thomas se aprestaba a derribar uno que amenazaba a su padre por detrás, recibió un fiero lanzazo. Lo volteó de la grupa, enviándolo a mezclarse con el polvo que se elevaba formando una nube densa, por el batir nervioso de los cascos.

Seis mocovíes quedaron tendidos, ignoraban el número de heridos, pues huyeron abandonando la presa. Thomas, bajo un

algarrobo, recibió las primeras curas; después de la extracción de la pica, que produjo un sonido parecido al descorche de una botella y un borbotón de sangre que apuraron a taponar; le efectuaron un precario lavado de la herida, con agua de cantimplora y un vendaje no muy prolijo, con la tela transpirada de la camisa de su hermano.

Armaron una sencilla rastra al estilo sioux, con dos varas rectas cruzadas y los cintos que algunos prescindieron, tomando sus pantalones con la mano. Fue colocado sobre un cuero torpe pero firmemente dispuesto. Un par de ellos, tuvo que montar de a dos. Sus cabalgaduras fueron sacrificadas, como consecuencia de las heridas que también recibieran.

Emprendieron el regreso lentamente para no provocar sufrimientos al herido que marchaba adelante con el fin de evitarle el polvo de la hacienda que habían logrado rescatar, todos los vacunos prácticamente, y la mayoría de los caballos. La vuelta, dificultada, habría de llevarles bastante tiempo, más de tres leguas había conseguido recorrer la partida antes de ser interceptada.

Derrotados y en desbandada, nadie pensó en perseguirlos. El escarmiento fue ejemplar. Así lo entendieron, aún cuando en sus fueros íntimos, más de uno soportaba estoicamente la sed de mayor venganza que lo embargaba. Nadie sino ellos, podía comprender la magnitud de la furia por esas constantes depredaciones de que eran objeto. Las más por parte de habitantes de la propia zona, cuyas correrías eran ignoradas sospechosamente. Algunas otras, escasas pero fieras, por los salvajes venidos de Chaco adentro, que aprovechaban la toldería de San Javier como base de operaciones para organizar sus partidas.

Solos o en grupos de a dos, como pacíficos cazadores de garzas, cuyas plumas comerciaban con buen provecho, dadas las demandas en los coquetos salones, tanto del país como europeos, vigilaban a los colonos y establecían sus rutinas.

Más de una vez, cuando trasponían los límites aceptables por la prudencia, tenían que ser ahuyentados con algún disparo por encima de sus cabezas, o a un tronco cercano. A veces, les servía de equívoco índice de la mala puntería de estos

tiradores avezados. Otras, un cuerpo rodaba para no levantarse. Era el juego. Los ánimos se encontraban caldeados.

La cariñosa atención de su madre y hermanas, el emplasto de grasa con hierbas seleccionadas y la fortaleza de su joven organismo, fueron llevando de a poco, con el correr de los días, la cura al afiebrado y nervioso joven que vio cerca la guadaña, postrado e incómodo pese a tales solicitudes. No estaba acostumbrado al reposo prolongado. Mucho menos al manoseo de que era objeto para ahuyentar los riesgos de infección profunda. Así, entre frases duras y remilgos, fue reponiéndose. Después de un par de semanas, pudo dar unos torpes pasos apoyado en los hombros de esa mujer de temple. Ese día, la casa estuvo de fiesta. La excusa sirvió para dar buena cuenta del pato al horno con papas recién cosechadas, que preparó primorosamente la hermana mayor.

- ¡Riquísimo, Na! Le vas tomando la mano al horno nuevo. ¡Qué sabor!

- No es un problema de manos. El arte de la cocina es el de las proporciones justas - respondió la hermana ruborizada por el elogio.

Pasada la servilleta sobre los labios grasosos, el padre requirió atención. Se hizo silencio a su alrededor.

- Por favor, cambiemos de tema. Sí el pato está exquisito; sin embargo creo que es una buena oportunidad esta cena para tratar un asunto más importante que me preocupa, tanto como a ustedes - les dijo.

- ¿Otro más, papá? - inquirió Jeff con cierta sorna. Provocó la sonrisa de todos, pese a la inquietud por la seriedad del progenitor.

- Así no podemos seguir. Estamos estancados. Con el armamento que contamos, no podremos hacer frente a los salvajes por mucho tiempo más. Debemos munirnos de mejoras armas, además de otros implementos de labor que ayuden a obtener mejores resultados con menor esfuerzo. Nuestro futuro está en incrementar la producción.

- ¿Pero dónde habremos de conseguir tales cosas? Mucho hablamos con los vecinos. Este país es grande pero su desarrollo

muy precario. Adolece de carencias de toda clase, mayores que las nuestras - le contestó ante la mirada nerviosa de sus hermanas, que recorrían el rostro de los comprometidos en la masculina conversación.

- Aquí no conseguiremos nada. Ya averigüé en Santa Fe. No hay seguridad de obtener por encargo cosas adecuadas ni precios. La avidez de los comerciantes aprovecha estas circunstancias para vender armas o útiles inservibles, en forma costosa. Lo hicieron con algunos colonos del sur, conforme me anticipó Perkins. Me alertó al respecto.

- ¿Entonces? - preguntó la hija mayor inquieta, por considerar atrevida la pregunta, que no pudo sofrenar ante la incógnita que despertaba el planteo.

- La única posibilidad que veo es viajar a Estados Unidos. Comprar directamente allí lo necesario para mejorar nuestra situación. La casa está terminada. No solo hay que defenderla, sino mejorar nuestra estancia. Necesito la ayuda de ustedes para concretar esa ambición. Primero, para que nadie, fuera de los estrechamente allegados a nosotros, se entere del destino de mi partida. Segundo, con el fin de asegurar una constante y eficaz defensa del lugar, durante mi ausencia. Con su madre y la supervisión de ustedes dos - agregó dirigiéndose a Jeff y Thomas - habrán de practicar tiro en forma sistemática y racional, para no agotar la provisión de municiones. Tendrán que organizarse para estar alerta en los momentos críticos. Todos portarán por lo menos un revólver. Las restantes armas deberán estar siempre al alcance de la mano. Cuando salgan, las mujeres llevarán escopetas además del revólver. Son más efectivas para mantener a raya a un grupo.

- Así haremos pa. Verás que no pasará nada - dijo Jeff orgulloso de la responsabilidad que caía sobre sus hombros.

La realidad comenzó a tomar otra dimensión para ellos. Empezaron así nomás, casi sin pensarlo, a tener que afrontar las situaciones con decisión propia. No ya encarar el programa fijado por otro, sino a establecerlo. Las palabras comenzaron a ralearse un poco. Un viaje así, de él, imponía cosas y deseos.

.....

CAPITULO XXXVIII EL EXTRAÑO

El hombre venía del sur. Cabalgaba lento. Su figura flaca y desgarrada sobre el caballo, desentonaba con las presencias que eran de esperar de aquel lado. El extraño quijote encaminó hacia la casa que entreveía.

Alejandro Mac Lean había retornado hacía un momento para buscar una tuerca para reparar el arado que la había perdido en el surco, por un brusco cabeceo dado contra un raigón. Salió a la galería y dejó que se acercara.

- Buen día, señor - saludó el hombre en claro inglés para su sorpresa.

- Buen día - respondió. Cuando hubo desmontado lo invitó a pasar a la cocina.

Sonriente, el hombre extendió la mano y estrechó su diestra.

- Me llamo Hildreyds. Charles Hildreyds, ando de visita por estos pagos. Me enteré de la existencia de ustedes. Decidí largarme para tentar suerte - explicó.

- ¡Vaya decisión la que ha tomado! No tiene idea de lo difícil que se ha puesto aquí la situación, particularmente con los aborígenes.

- ¿Aborígenes dice?

- ¡Por cierto!

- No he visto a ninguno. ¿No están reducidos acaso en San Javier? Yo efectué un rodeo para evitar el asentamiento.

- Ha tenido suerte de llegar con todas sus cosas y montado.

Siguieron las presentaciones a la otra rama, la femenina del clan. Los hombres, los peones, se encontraban en la chacra. De tanto en tanto, cuando el viento era favorable, se escuchaban sus gritos alentando a los animales a repechar, en plena arada. La lluvia había sido poco generosa. Tenían que sembrar antes de que se les fuera la época.

Sentados en la galería, Mac Lean le explicó que no requería de sus servicios. El, con su hermano y dos peones, se

arreglaban perfectamente para llevar adelante su empresa, permitiendo así relativo bienestar. No cabía en su restringida economía, la posibilidad de incorporar otra persona. No al menos por el momento.

- La vida de la colonia no es fácil, ni es monótona - comentaba - Nadie puede afirmar ello, aún cuando algunos sonidos se repiten diariamente a las mismas horas y el trabajo se reparte en los mismos días, y las personas son pocas y no cambian. No señor, todo es simple aquí, ¡pero no aburrido!

- ¿Habrá otras posibilidades?

-Es probable que los Moore, o los Snow, o los Schneider, puedan tener algo para usted - comentó Alexander.

- ¿Los Moore? He oído del capitán Moore. Tal vez haya sido uno de los motores de mi viaje.

-Sí - le respondió Alex - el mismo; vive allá, en aquella casa que sobresale de los árboles - le decía indicando un manchón rojizo que se mostraba orgulloso su chimenea por encima de ese limitado horizonte, a unos dos mil metros; extraño al paisaje exuberante, reino de las catedrales vegetales. El hombre había herido de muerte el lugar, erigiendo aquella civilizada construcción de dos plantas.

Se despidieron avanzada la mañana, una vez que hubo dado cuenta de un frugal desayuno y satisfecho liminalmente sus apetencias de información sobre el paraje. California Colony - como insistía en llamarla, le había impresionado. Por el trabajo que denotaban esas primeras parcelas, las comodidades de su vivienda y la amabilidad de esa familia que le había ofrecido hospitalidad. Debía partir para tratar de resolver una cuestión básica que lo apremiaba: el futuro.

Se arrimó al hombre que con el fusil cruzado en la manquera, guiaba el arado desenrollando el surco que se perdía detrás, en el monte aplastado por el cielo azul.

- Buen día, señor, soy Charles Hyldreys.

- Mucho gusto señor, soy William Moore y éstos mis hijos, Will, Tom y Jeff - dijo señalando a los tres jinetes que, al arribo del extraño, se acercaron al galope disponiéndose en semicírculo detrás de su padre.

- Encantado - expresó llevándose la mano al ala del sombrero.

- ¡Jeff, hacete cargo! - ordenó invitando con un gesto al forastero a seguirlo en dirección de la casa. Recorrieron la distancia a pie, mientras los envolvía una animada conversación que iba acercándolos de a poco. Aún cuando era parco, sus pocas expresiones elocuentes y precisas, lo llenaron de satisfacción. Tuvo la certeza de que estaba frente a un hombre de verdad, circunstancia que pocas veces se le habían dado en la vida. Aquellos colonos eran de otro temple. Lo había avizorado en Mac Lean, lo confirmaba en ese recio ejemplar humano.

La luna trepaba con dificultad, nadando entre los árboles. Las luciérnagas le disputaban el espacio ganado y arriba, en el claro del patio, la faja de la vía láctea ajustaba la cintura de la noche.

Sentados en torno de la mesa, después de haber dado cuenta de la primera cena seria desde su partida en el sur, les repetía que venía de allá, de la zona de Rosario, donde trabajaba como ayudante en una estancia, hasta que las diferencias con el capataz, las moscas y ese viento, esa tierra, lo empujaron a venir para este lado . Tentó suerte en Roldán, Carcarañá, Cañada de Gómez, era igual. No solo trabajo, sino el trato y la poca retribución. Era mucha la mano de obra disponible. Italianos, polacos, alemanes, venían solo con sus brazos. Se los veía en cuadrillas al costado de los caminos, detrás de las cosechas. Maltratados por los señores de la tierra, esos estancieros prepotentes, hechos a fuerza de carne asada y galleta. Odiaban tanto al indio, como a esos peones extranjeros, a quienes no perdían oportunidad para humillar. Relató con detalles lo sucedido en Cañada de Gómez, donde un italiano que fue llevado por delante por el repartidor de carnes, que a la vez era agente de policía en la comisaría del lugar. Se apeó y de un planazo lo revivió al pobre tano, conduciéndolo a la rastra hasta una celda, donde lo encadenó. De poco sirvieron sus protestas, el Juez de Paz era el carnicero. Completó el hecho con otros detalles, comentando: - Eso casi llevó a un incidente internacional de proporciones. Había dos cañoneras italianas en el puerto de

Rosario. Se aprestaron a defender la integridad de sus connacionales. Sin embargo, no sirvieron los esfuerzos de la comunidad afectada para la destitución del Juez que era un tal Cirilo Peralta, ni las marchas con banderas frente al Juzgado; no se destrona fácilmente a un caudillo local en época de tanta violencia política como ésta. ¡No imaginan ustedes lo que es aquello! Aquí viven tranquilos, al costado del mundo - remató Charles.

- Muy interesante todo, en verdad - manifestó William - pero debemos ir a dormir. Nos espera un duro día mañana. Así que lo invito a que se instale, los muchachos le harán lugar. Aquí la paga no es mucha. Doce reales bolivianos por día, si es con comida, o dos pesos bolivianos sin ella, Debe ganárselos. No podemos permitirnos otra cosa. Instálese sin problemas mientras lo piensa. La decisión es suya. Le dio la mano y le volvió la espalda dirigiéndose a su aposento. El quedó bajo la mirada de las muchachas, que no terminaban de auscultarlo. Eran tan pocas las oportunidades de estar con alguien ajeno. A la cajita de terciopelo sólo le estaba permitido ponerle un anillo, si ello se daba, cosa que no siempre era posible.

Trabajó duro y solo tuvo un tenso reposo cuando hubo de acompañar al Capitán a San Javier, para reclamar al cacique dos mulas que le había robado la noche anterior. Cruzaron frente al destacamento saludando al Comandante Alzugaray, que le fue presentado; siguieron después andando por la misma calle que desembocaba en la iglesia. Hacia el sur, en el límite de la tolдерía, a unos doscientos metros, el pobre templo de adobes hablaba a las claras del poco éxito que tenían el cura y el militar, en su reiterado y vano intento por llevar la civilización a esos salvajes. Cómodos, se dejaban estar a la sombra de los pocos sauces y ceibos que crecían raquíticos, entre el tunal y las misérrimas chozas de paja y barro, receptoras ávidas de la prebenda oficial. La mejor, era la del cacique. Se hallaba a la derecha. Hacia ella se encaminaron sin preocupación aparente, casi con indiferencia. Como a los perros, era importante demostrar lo que se quería, no lo que sentían.

- Tenga el revólver a la vista de ellos con la mano en la empuñadura; no baje la mirada. Más, mire por encima de ellos, cuando estén en grupo. No al primero, a todos por encima, mire a los últimos, desorientará a los primeros si los desconoce. Se irán abriendo para darle paso hacia quien observa - instruyó William.

Así fueron pasando hasta llegar frente a la puerta del rancho.

- ¡La! - dijo William al cacique que se perfilaba en el vano de la misma, haciéndose sombra en los ojos con la mano.

- ¡Camí! - le contestó en su mocoví gutural, cerrando el saludo de bienvenida.

Desmontó con el fusil en la mano y lo apoyó en la pared interior del habitáculo que olía a perros.

- No permita que se acerquen al arma. Si es necesario, péguete un tiro en las piernas al que trate de hacerlo. Dejo el arma así en señal de paz. Pero no permita que se apoderen de la misma, bajo ninguna circunstancia. Ellos saben que el poder está en ella. Le temen y la quieren también, ¡a cualquier costa! - recalcó en inglés.

Asintió débilmente, quedando dos pasos detrás, en tensa vigilancia.

- Los suyos me han robado dos mulas y las quiero - expresó al jefe de la tribu.

- No - respondió el cacique enojado aparentemente - no siendo de acá. ¡Tal vez algunos retobaos del norte! - insistió

- Eran de aquí - afirmó William - les seguí el rastro ni bien clareó. El cacique empezó a moverse imperceptiblemente hacia la pared donde se apoyaba el Henry.

Charles, como quien no quiere la cosa, apoyó su mano en la empuñadura del revólver y colocó el índice sobre el gatillo. No fueron necesarias las palabras. El cacique los miró y furioso les dijo, señalando la puerta:

- ¡Aloquí!..., aloquí..!

Algunos salvajes se fueron acercando lentamente, como al descuido.

William tomó el arma y haciendo caso omiso del rechazo insistió:

- Quiero para mañana las mulas en mi casa o vendré con los otros por ellas y quienes me las robaron. Me cargaré a cualquiera que se me cruce o trate de impedirlo, así sea el propio Juan el Raí.

- ¡Aloquí! - dijo el cacique por tercera vez en mocoví. El "¡fuera !" ése ya sonaba a sus espaldas; al trote tranquilo se dirigieron nuevamente al destacamento. Quería enterar a Alzugaray de lo acontecido, para evitar las quejas ladinas de ese salvaje con grado militar que no desperdiciaba oportunidad para sacar ventaja de las autoridades. Requerían de sus servicios en todas las contiendas electorales, a cambio de yerba, azúcar y algunas potrancas para asar.

Cuando Charles se levantó al día siguiente, repuesto del susto, las mulas pacían tranquilamente en el pasto perlado de rocío que besaba la arena próxima al río, hacia donde se dirigió para lavar su sonriente asombro.

Dolly y Jimmy rebuznaron cuando se acercó, alejándose rápidamente al trote. Aún no se habían acostumbrado a su presencia.

.....

CAPITULO XLIV BAJO EL CUERO DE OVEJA

El jinete arribó sudoroso a la cerca que delimitaba la casa.

- ¡Señor Moore!, ¡señor Moore!, gritaba fuerte.

Precipitadamente salió Jeff a su encuentro.

- ¿Qué pasa don Gutiérrez? ¡Dígame de una vez qué ocurre!

- ¡Los indios, se están alzando! Han sitiado el fortín. Reclaman la libertad de los asesinos de los compradores de

hacienda ¡Vengo a pedir la ayuda de ustedes! - respondió el fatigado emisario.

Jeff, prestamente alistó el caballo después de escuchar el pormenorizado relato de los hechos y la rogatoria del Comandante Alzugaray. Partió raudo en busca de su padre que estaba en los confines del monte cercano. Andaba detrás de una ternera extraviada.

Luego de relatarle lo acontecido, ambos partieron en distintas direcciones para reunir la ayuda necesaria de los restantes colonos de las proximidades.

Otro jinete, uno de los menores de Mounts, con el hijo de Miedan, fue enviado a recabar el concurso de los galeses, por si las moscas... Los padres de ambos, James y Antonio, cabalgaron hacia la alta casa roja para reunirse con sus pares en procura de San Javier. Iban precedidos por Gutiérrez que ansioso, auscultaba la distancia tratando de ver más allá de lo que le daban los ojos. Imaginaba los hechos que tantas veces pasaron por su cabeza, producto del cotidiano contacto con aquellos brutos, comedores de yacaré. Le dolía en su alma la postura complaciente de los grupos de poder. Toleraban ese estado de cosas que servía a sus mezquinos intereses. En su mediano entendimiento, de hombre de llanura abierta, de espíritu práctico y libre, tenía la convicción de que algo se estaba gestando. Que los indios estaban más nerviosos que de costumbre. Sus depredaciones habían aumentado y, en vez de mandarlos a Martín García, retornaban al poco tiempo en un gracioso paseo de rebote a Santa Fe, después de un cómico proceso, donde superabundaba la falta de pruebas, según aquella lujuriosa verborragia catedrática, aunque fueren convictos y confesos. Bueno, a veces, los palos iban de yapa... Esta vez la copa fue colmada en la persona del sobrino del cacique.

Cabalgaban duro hacia la pared de quebracho que demarcaba los lindes del feudo oficial. Los portones del fortín se abrieron para permitir el ingreso de la columna armada, al galope, con él y Moore a la cabeza.

Los rifles brillaban intermitentemente. Sofrenaron el paso en el centro del patio, levantando una columna de polvo que

los borró por un momento, hasta ser barrida por el viento que soplabla de la costa.

- ¡Gracias, capitán! - dijo Alzugaray, adelantándose para dar la mano a los integrantes del grupo.

Pasado un rato, se escucharon unos gritos desafiantes. Pensaron en algún paico borracho. Pero pronto por la intensidad y claridad de la voz, se percataron que no era así.

- “Mur, gringo lagron” - escuchaban claramente – “teniendo miedo a indio Pancho. Escondiendo cobarde con la polecía” - y seguían otros epítetos intraducibles, mezcla de mocoví y español, con dura entonación salvaje, pero no por ello menos efectivos. Al principio se miraron unos a otros sonrientes, luego, algo extrañados por su persistencia y constante invocación a Moore.

Los retos a duelo llegaban claro a través de la cerca. Al final William tomó su fusil, hizo abrir la entrada y salió a perseguir el bocón que, volviendo grupas, efectuó un ademán obsceno y se dio a la fuga por el descampado.

Consumados unos trancos, un par de jinetes parecían haberse desprendidos del fuerte detrás del capitán. Este miró por sobre su hombre y vio las dos figuras con sus sacos grises y sus gorras de fajina. Continuó el galope.

Thomas, que observaba la escena, comprendió enseguida la jugada. Eran dos indios disfrazados de milico que le iban a la zaga. Entre los tres, le habían tendido una emboscada aprovechando la crisis. Tal vez, o mejor casi seguro, con la complicidad del cacique que, desde fuera del perímetro de su hueste, observaba complacido la escena.

- ¡Son indios! ¡Son indios, papá! - gritaba Thomas tratando de alertar a su padre. No se atrevían a disparar por temor de herir al jinete que iba al medio de la polvorienta comitiva.

En un momento dado, ya casi al borde de la desesperación, gritó de nuevo con todas las fuerzas de sus pulmones. Algo entrevió el jinete, sofrenó un poco la cabalgadura y, al mirar por encima del hombro nuevamente, vio brillar los ojos ladinos de un par de mocovíes que aprestaban sus lanzas detrás. Sin parar, giró en la grupa y los derribó de sendos disparos. Un reguero de sangre se marcó en el polvo gris del terreno. Moore, ya pleno de la jugada que le habían hecho, se

encaminó hacia el grupo que rodeaba al jefe de la tribu, se detuvo a unos veinte metros, lo miró y le dio la espalda con desprecio, regresando al tranco cansino, como burlándose.

Durante la mañana siguiente, regresaron a sus labores normales, satisfechos de haber dado una mano a Alzugaray.

- ¡Notable hombre! - exclamó William a su sombra, pensando que, sin medios y a fuerza de coraje, trataba de mantener la paz y el orden en el lugar.

Un día más transcurrió en la densa, aunque no escrita agenda de esos valientes del Pájaro Blanco. El sol los encontró labrando a pleno la tierra que iban poseyendo con sudor. Y a los días, sucedían las correrías y a éstas, otros días. La presión aumentaba, como si la voluntad guerrera de sus oponentes fuere creciendo con cada victoria de los castigados colonos que, mucho o poco, veían disminuir el fruto de su labor. Alguna vida, alguna hacienda iba quedando detrás jalonando la senda.

No faltaron quienes desistían. Acobardados, vendían o arrendaban sus tierras y partían hacia Alejandra, o regresaban a Europa, agobiados por el fracaso.

Thomas se hallaba recién repuesto de una rodada que dio, cuando en una de las tantas refriegas recibió en la cabeza un golpe de boleadora que tiró su humanidad al suelo. Pudo salvarse gracias al certero disparo efectuado por su padre, cuando lo iban a despenar con la chuza. Era el acompañante principal de él en esas imprevistas y agitadas correrías. Will los había dejado. Se desempeñaba como segundo capataz de Thompson, Bonar and Co. en Alejandra.

Fue David Morgan quien hubo de convencerlo de aquel empleo, en sus cada vez más frecuentes visitas a los Mac Lean. La cadena sonriente se fue haciendo de plata, para convertirse en oro con el tiempo, por esa extraña propiedad filosfal de los sentimientos.

Cuantas veces, en sus baños en el río durante la siesta o a la mañana muy temprano, el galés entregaba su mensaje silencioso a los camalotes, para que lo llevaran aguas abajo hasta el recodo donde ella lavaba sus pies.

El secreto a voces se hizo compromiso firme. Regularmente, una vez cada quince días, el ansioso jinete galés arribaba a Colonia California desde Alejandra, trabajando la plata de sus sueños. Ese eslabón de la humana cadena que prendida a los años, traía cálidos hálitos desde el fondo de los tiempos.

También partió Thomas, contratado para trabajar en el almacén que se hubo organizado. Fueron desprendiéndose los frutos del añoso árbol, para continuar por sí, cada cual la senda escogida, tocada en suerte o impuesta, que la vida, con esa particular maestría, concretaba a su manera en aquel amplio recinto natural, en el límite donde la civilización en su terco avance ponía a prueba la capacidad para llevar adelante su mandato. Para aguantar tanto placer y dolor. La oscura figura del reciente fuerte emplazado en el límite de Colonia Galesa en la nueva línea de frontera interior, bautizado "Higueritas", se recortaba contra un horizonte bandurrial.

.....

CAPITULO LI BORDEANDO

El día se ha hecho. Los últimos bártulos son asegurados para continuar la marcha. De nuevo el andar recomienza, esta vez de frente al sol otra vez solo, que los obliga a bajar la cabeza para proteger sus ojos con el ala del sombrero. El rastro comienza a ser claro. Por entre la marca de los vasos, se lee nítida la huella de pies humanos descalzos, caminando rápido.

Lo que les pareció bruma en un comienzo, los envolvió atacándoles la cara con sus alas y las patas serradas. El cielo se puso marrón El chirrido del vuelo aumentó aún más el asco y la rabia que les producía la langosta que volaba hacia sus posesiones. Extrañaban la época, pero allí estaba, adelantándose. Nada podían hacer. En otra oportunidad, hubieran prendido fuego al campo para desviar la manga. Ahora no podían denunciar su presencia ¡Se la tenían que aguantar estoicamente! El indio estaba

cerca. Así que agacharon más la cabeza y continuaron la marcha, mirando fugazmente a su alrededor, cada tanto.

La manga pasó en una hora. No tenían seguridad de su extensión. Debía ser el extremo de una mayor. La preocupación era otra. Pronto quedó detrás, en el pasado, como otra contingencia menor para contar al regreso. Fue el día de la langosta. El de otro ataque.

Blazy que marchaba a la derecha del grupo, gritó indicando la distancia.

- ¡Miren, miren allá, indios!

- ¡Vamos, al galope! - ordenó Moore espoleando su caballo. Todos le siguieron, tratando de alcanzar las pequeñas figuritas de bronce que corrían hacia el monte.

La redada no fue buena. Sólo dos mujeres, un hombre que había tropezado en un raigón, y siete niños que los observaban temerosos. La mujer no era de arrear. Con una mazo de quebracho aplastado en su extremo, usado para desenterrar raíces y extraer el cogollo de los caranday, hizo frente a Moore, tratando de asestarle un golpe en la cabeza, mientras lanzaba un rosario de expresiones duras en lengua mocoví. Resbalaban incomprendidas por la pechera sudada. Apenas, entremezcladas, podían separarse alguna que otra expresión en un español deformado y , varias veces el : - ¡gringo! - repetido con desprecio, en medio de esa barahúnda gutural.

- ¡No le tiren! - gritó tomándola de la muñeca y haciéndole arrojar el garrote.

Un par de brazos presurosos, concurrieron en su ayuda. Hubo que voltearla para amansar su furia.

- ¡Brava la india! - , exclamó Sager riendo por el revolcón del jefe, que cayó con la misma, rodando.

El indio, neutro, había cerrado filas con sus hijos. Contemplaba sin decir nada la escena. Ella se levantó y se le acercó con mirada furiosa. La expresión de enojo imponía respeto.

- No indio malo. Indio bueno, señó. - manifestó haciendo caso omiso a la dura mirada de la mujer que escupió el piso a sus pies.

- ¿Cómo te llamás? - preguntó Perico, que se convirtió en su interlocutor por dominar mejor el español.

- Naikin. Indio ser Naikin, compagre de Mateo Viyalba, del Rey. Indio no malo seño - insistió dirigiéndose a él pero mirando a Moore.

Mientras ello ocurría, doce hombres salieron a camppear la descubierta para tratar de encontrar otros. Fue inútil la excursión. A las cuatro de la tarde regresaron con las manos vacías.

- Vamos - ordenó Moore. No conviene que nos agarre la noche en estos parajes. Hay salvajes cerca. Corremos el riesgo que nos dejen de a pie. Estamos fritos si nos roban los caballos por la noche.

-Tienes razón - dijo Sager para matizar la marcha que había ya emprendido la columna con los prisioneros montados de a tres en cada caballo - ¡son sigilosos estos malditos! Hay quien dice que de noche cabalgan en las raíces de los yuyos, ¡para arrimarse a depredar!

Una sonrisa recorrió el grupo por la salida.

Caía la tarde cuando se acercaron al monte de palmeras en el que decidieron hacer campamento. Había pastos tiernos pero no agua.

Perico, luego de hablar con Moore, convocó al indio de nuevo, que se acercó mirándolos medio de soslayo. Les llamó la atención unos objetos metálicos en su cintura, que se les habían escapado al principio.

- ¿Qué tenés ahí Naikin? - preguntó Perico indicándoselos.

- Nada. Chuzas nomás - fue la respuesta. Eran una lima y un trozo de acero afilados, terribles en el extremo de una tacuara. Lo miran pensativos. Moore le hace señas de continuar, después de quitárselas.

- El capitán Moore quiere que nos guíes hasta la toldería.

El hombre levantó la cabeza, asombrado.

- ¿Capitan Mur? - dijo. En ese momento se arrimó a la tropilla un caballo con la clásica montura india, un cuero solo. Comenzó a pastar tranquilamente con el resto de los animales.

- Cabayo mío - dijo el paico sonriendo, con los ojos brillantes ante la posibilidad de hacerse de una cabalgadura.

- ¿De dónde lo sacaste? - preguntó Perico. El indio lo miró y vaciló.

- Bueno, no mío, de unoj de lojotroj. Ahora mío - respondió ladino.

- ¿Y dónde lo consiguió tu amigo? - le preguntó esta vez, poniendo un gesto adusto y un acento duro, para forzarlo a desenredar la mentira que entreveía.

- No sé. Escapando de la toldería de Juan Gregorio. Ta pa yá - agregó señalando al oeste.

- ¡Juan Gregorio! - exclamó Moore con fiereza. - El cacique de los indios de San Javier que apresamos después del robo de caballos ¡Lo llevaban a Martín García y le abrieron las puertas en el camino!

- ¡Linda piedra para la honda! - exclamó Ayulo que conocía las correrías del sangriento salvaje, que hasta se permitió burlar la ley por el respeto que imponía su ascendencia sobre los mocovíes, a la que los políticos temían por todos aquellos escabrosos manejos, surgidos de oscuras alianzas que recorrían la región, ¡torciendo los vientos políticos contrarios a punta de lanza! Los había utilizado el Brigadier y lo seguían haciendo sus sucesores. Juan Gregorio fue el instigador de los asaltos a Colonia California, Eloísa y de los crímenes de la Galense, Alejandra y Eloísa. Pero, como otras tantas veces, la "falta de pruebas suficientes", había hecho de las suyas en la parodia judicial donde la balanza comparaba otro tipo de fuerzas. Otra espina de la rama de el Raí

- ¡Carajo!; ¡tan cerca e impedidos de ir a brindarle nuestros saludos! ¡Si no fuera por el mal estado de los caballos y la falta de agua! - exclamó Moore que seguía atentamente el diálogo entre Perico y el indígena - Ya le haremos pagar sus cuentas. Debe devolvernos los dos holandesitos que aún conserva ¡Lo verá! - gritó con el puño cerrado levantado en dirección al lugar que indicara el tape; no con odio, ni tan siquiera rencor. Sólo con un natural sentido de la justicia burlada, de la vida burlada, del dolor y las penas desatadas.

Después de un día de marcha, acamparon en la ribera de una lagunita que parecía permanente, donde a cada momento los caballos volvían para gozar el placentero fresco del

agua. Eran lo único que se movía en la inmensidad del paraje. El azul infinito y el verde amplio, se abrían en abanico desbordando los sentidos. El murmullo de la brisa en los pastos y los puntos de alguna distante bandada, que parecía dibujada estática sobre ese azul pleno, radiante, sin manchas ni nubes, colmaban el espíritu. Con esos puntos suspensivos, la imaginación volaba lejos, hacia los lejanos hogares.

Los diecinueve cautivos se agruparon al pie de una palma. Apenas si dialogaban entre sí. Los niños correteaban nerviosos ante la mirada vigilante de los guardias puestos a cuidarlos para evitar sorpresas. Así, no eran peligrosos. Pero libres, ¡no de fiar!

Con la otra mañana, reiniciaron la marcha, esta vez hacia el sureste. Anduvieron todo el día.

Fort, Schneider y Nicolatti, se cruzan cada tanto en los minutos que dura el paseo alrededor del campamento, en las tres horas de guardia que les tocó en suerte a eso de la medianoche, cuando relevaron a Blazy, Valory y Salezan.

- La noche es magnífica, ¿verdad? - dijo el primero a Alex, que fuera a su encuentro estirando las piernas.

- Bárbara, pero fijate, allá abajo al oeste, vi varias veces destellos de relámpagos. El viento ha cesado ¡Me parece que se prepara una tormenta pampa!

- Es probable - respondió - Noté esta tarde gran actividad en los hormigueros levantando barreras en sus bocas.

- Mirá - le indicó.

Sobre el monte de enfrente, pasando el claro, el cielo se rasgó violentamente. Al instante el sordo restallar del trueno llegó blando a sus oídos.

- Se viene nomás.

Cuando la mañana ató su presencia, ya la tormenta era cierta en el sudoeste. Su pañuelo gris acerado, recorrido por culebras brillantes, ceñía su cuello.

Savomin, con Inocencio, se internaron un poco para buscar leña. Era necesaria por si volvían los cielos a descargarse. No querían estar desprevenidos, se hallaban en zona baja y llana; aunque lo avanzado de la primavera no hacía temer el frío, sino las mojaduras prolongadas.

El machete descargaba su filoso beso en las ramas de un algarrobo caído. Al levantarlo para un nuevo golpe, el ruido atenuado de unas hojas secas aplastadas lo sorprendió. Sin mirar para atrás, lo arrojó y tomó el fusil dándose vuelta listo a disparar. A no más de quince pasos de él, Savomín vio un salvaje con la lanza presta a ser descargada en su espalda. Se arrojó al suelo de media vuelta y girando, descerrajó un tiro torpe. Erró. Al menos, como un felino, el indio se perdió en silencio. No encontró rastros de sangre, solo quebradas las ramas terminales de algunos arbustos, en dirección de la precipitada huida. Fue vana la batida. El rastrillaje no arrojó resultados. Ni a nivel del suelo, ni sobre los árboles, hallaron a nadie. Aquellas hojas secas le habían salvado la vida.

La partida se vio así demorada. El camino recorrido aquella mañana bastante menor que en los días precedentes, se hizo en vigilante silencio.

Con la noche, el nuevo campamento, aunque malo por falta de pastos, se instaló ante la posibilidad de otras condiciones peores adelante; imposibles de anticipar con la oscuridad que se instaló de golpe, cuajada de relámpagos y estampidos sordos. No se veía la punta de la nariz de cerrada que estaba. Se confiaba en que con todo ese furor celeste, el temor atávico indígena los mantuviese en sus apostaderos, dejándolos tranquilos.

La voz de Mac Lean alertó claramente a todos cuando impuso silencio.

El golpe regular de los cascos de un caballo se escuchó claramente entre los truenos, como así el relincho que diera el animal al olfatear a los del grupo, que de inmediato respondieron. Venía del sur este y continuó su galope, sin detener la marcha, pese a que el jinete debió percatarse de la presencia humana por el reclamo repetido que le brindarían los animales.

- Por la velocidad, es un correo. Pero, ¿a dónde? - inquirió Mac Lean.

- ¡Al infierno! - acotó Moore - Debe ser un bombero del Inglés. Nadie se interna en esa dirección, ¡sino tiene asegurada la existencia con el propio diablo! - agregó.

- No solo eso. Sabía que nos hallamos aquí y quienes somos. De otro modo, hubiera variado el ritmo de marcha, por mera

curiosidad, o se hubiese acercado, ante el saludo de relinchos. - agregó Alexander Mac Lean. Las armas se relajaron nuevamente. El misterio continuó.

Así, con esa sola alternativa, la marcha prosiguió al clarear. Tuvieron que matar un par de animales agotados, como tributo a las naturales deidades telúricas, ávidas de sangre, que habían venido reclamando sacrificios desde el comienzo. La partida se desarrollaba a fuerza de voluntad, bajo una fina llovizna fresca.

Como el aire, las cosas cambiaron con el día vigésimo de marcha entre montes y esteros. El arribo de un carro con víveres de refuerzo, cambió abruptamente el tono de la jornada.

Por los informes recogidos de los recién llegados y de los prisioneros utilizados para obtener las referencias que permitieran diferenciar los parajes, determinaron que la columna se hallaba a la altura de la comandancia del Rey.

Moore levantó la mano en señal de alto. Los jinetes se cerraron.

- El Rey debe quedar para allá - dijo señalando al oeste. No muy lejos. Les ruego no levantar la perdiz. No quiero que se percaten de nuestra presencia. Parece que nuestra campaña no ha caído muy bien a las fuerzas de línea. No tienen ni tenemos la culpa de su incapacidad para responder a las demandas ¡Están huérfanos de todo! ¡Menos de gente, por cierto! - recalcó otra vez. Obligado y Jobson están en la otra margen - en Entre Ríos - y son la única garantía nuestra. Así que no vale la pena explicar nada a sus subordinados.

- ¡Já!, cada vez tienen más, con las campañas políticas y las revoluciones, hora a hora es mayor el número de opositores movilizadas, ¡para que no participen en esas lides! ¡Después de lo de Oroño! ¡Querer despojarlo de sus fueros! - agregó Sager, evidentemente furioso por esos manejos tan comunes.

Dejaron a un costado aquella comandancia. El leve cambio de rumbo los alejaba de San Gerónimo del Rey.

-Leonhart, vaya con cuatro hombres hacia La Vanguardia y por favor, infórmele a Vattray de nuestro cambio de rumbo y sus causas. Agradézcale su atención. Asegúrele y asegúrese que lo

comprenda, que estamos felices por su aporte ¡Ah!, destaque que le devolvemos a Andrieux sano y salvo, todo enterito, ¡con su conocimiento completo! - dijo Moore mientras abrazaba al valeroso francés que, a lo largo de los días, no terminó de disculparse por el comportamiento de los indígenas que trajo. También el criollo Frutos se despidió de todos con un fuerte apretón de manos, anticipando estar dispuesto a participar nuevamente de cualquier incursión que se organizara.

- ¡La vida en el obraje no tiene ni el atractivo ni la gracia de una partida como ésta! - aseguró aquel valiente. - Debo cobrarme el rapto de una hija hace dos años - aseveró tristemente.

Las manos levantadas fueron por largo rato la despedida sentida que esos hombres brindaban a sus pares, mientras se perdían en el polvo del galope.

Los prisioneros, en el carro, cuchicheaban admirados mientras se entrechocaban por las características del vehículo en que viajaban. Era la primera vez que dejaban de hacerlo sobre sus propios pies, o a lomo de caballo.

La risa hacía aparecer festiva aquella caravana que con magros resultados, volvía a sus lares.

- Me hubiera gustado visitar la Vanguardia - acotó Kauffmann. - Tengo noticias de su progreso. Se dedica a la explotación forestal. Cuenta con algunas máquinas a vapor recién instaladas y varias sierras circulares y verticales.

Inocencio lo miraba asombrado. Le parecía mentira que a esa altura de la frontera, pudiese mantenerse alguien a fuerza de coraje y trabajo organizado.

- ¿Será posible? - interrogó.

- Sí. Bajo la férrea dirección de Vattray. Le contestó Kauffmann, mientras repasaba mentalmente la descripción de Andrieux, en sus reiteradas conversaciones del tema, en los días pasados. En las que no dejó de recalcar las muchas veces que debieron romper el cerco tendido por los indios, con ayuda del legendario Coronel Obligado.

El día abrió su abanico azul, amplio, de horizonte a horizonte. Les sonreía en las flores que empezaban a mostrarse en aquella temprana primavera que, si bien fresca aún, casi fría, les brindaba por fin la caricia de sus días soleados.

Dejaron atrás la casa de Vernet y buscaron la de Thomas Moore para dejarlo junto con los prisioneros. Sus galpones eran seguros.

- Tu casa ofrece menos peligro para las personas. Es adecuada. Podrán en ella permanecer un par de días estos salvajes. Creo que no ofrecerán resistencia. Han demostrado en el trayecto un placer inesperado. Viajaron "en primera" - decía Will a su sobrino que cabalgaba a la par. - Ayúdale a tu padre. Ustedes y los peones se las arreglarán.

- ¡Vaya regalo, tío! - exclamó el hombre joven orgulloso por la misión.

- No queda otro remedio. Viste como son las mujeres. Por aguerridas que fueren, no saben tratar con salvajes y, mucho menos, cuando se trata de un grupo mayoritario femenino y sus crías. Las otras casas tienen demasiadas polleras.

- ¿Estas cansado, tío? - inquirió el otro.

- No es cansancio Med. Agobia la frustración. Haber tenido cerca al causante de nuestros males y a su banda y no haber podido darles su merecido. Pero ya verá. En pocos días, antes que el entusiasmo se enfríe, les volveremos a caer. Esta vez sobre seguro y con la sorpresa...

- ¿Viste tío el daño que hicieron a las colonias en nuestra ausencia?

- Fue menor. Sólo sustos y unos pocos animales robados en Mal Abrigo, Alejandra y Galencia. Eso de última y por que se enteraron de nuestra ausencia. Pero lo pagarán pronto. La misión no está totalmente cumplida. Y la terminaremos, Med ¡Volverán con nosotros los pequeños!

La comitiva detuvo su marcha frente a la elegante casa de dos plantas que se erguía orgullosa, con sus ladrillos rojos de molde y su techo de tejas a dos aguas, casi sobre el río, con una magnífica vista a la curva que el mismo daba antes de perderse detrás del monte situado a unos dos mil metros al sur este. Un poco a la derecha, la casa de Mac Lean se dejaba ver también rojiza, contrastando con el lujuriente verde florecido del paisaje.

El único que desmontó fue Grobet. Los demás esperaron pacientemente a la sombra del gigantesco jacarandá que bordeaba la huella doble que venía de Alejandra.

- ¡Adelante Juan! - le dijo William, que se apartó de la puerta para recibirlos. - Los esperaba ¿No se apean?

- No Will. Pretendemos seguir viaje de inmediato. Se va a hacer tarde y queremos estar en Helvecia a una hora prudente por razones de seguridad. ¡No sabemos qué sorpresa pueden depararnos estos en el monte! - le respondió mirando el carro repleto de caras que observaban curiosas la construcción y aquellas mujeres rubias, que empezaron a salir despacio por la puerta principal. También con la curiosidad pintada en el rostro.

Dio un beso a Winnie, a sus hijas y comenzó a cabalgar a la par de Grobet que ya había iniciado la marcha.

- Llevarás la voz cantante, Juan. Ya que estás a cargo del diario de la expedición. Tendrá que servir de informe a las autoridades del gobierno. ¡Estarás a cargo también de las cosas menores hasta cerrar las cuentas! Estoy cansado de todo.

- ¿Hasta cerrarlas?

- ¡Bueno, es una forma de decir! No lo tomes literalmente. Ya lo lograremos en su momento. Lo verás. ¡Lo haremos! - respondió Will, riendo.

El carro marchaba precedido por tres jinetes vigilantes para evitar sorpresas y antecedido por dos, también alertas.

Will y Grobet, cabalgaban ora con uno, ora con otros, para tratar de mantener el ánimo en la poco grata tarea de entregar el saldo y rendir cuentas.

- Las cosas están poniéndose difíciles. Ha llegado a mis oídos, que el gobierno está siendo presionado para que nos retire su apoyo - comentó Grobet.

- ¡No puede ser! ¡Les hemos dado más de lo que esperaron nunca! - le respondió Will.

-¿Y..? Nos hemos convertido en una espina. Empiezan a no tolerar nuestro éxito, aún con cosechas malas por la sequía y la langosta. Helvecia está pujante. Ni que hablar de California, Galense y Alejandra. Hasta la misma Eloísa marcha a pleno pese a su poca gente. La Francesa se está organizando y comienza a

producir también ¡Eso molesta!, principalmente por que somos extranjeros, con otras lenguas y otros credos.

- Ellos no son nativos tampoco. Han tenido que pelear fuerte. No olvides que, si no fuera por nosotros, tendrían la frontera hostil a pocas leguas de la ciudad.

- No les importa, salvo a unos pocos hacendados que tienen sus campos por aquí y les conviene que mantengamos lejos al indio, mientras estemos en el límite. A los otros les calientan los agricultores, el alambrado, el juego político implacable en que encuentran sumergidos, que se les va de las manos.

- ¿Será?

- La sed del poder los enceguece, haciéndoles perder la perspectiva de la situación y el sentido de sus consecuencias.

- ¡No es fácil la cosa! - agregó Grobet.

- ¡Claro que no! - afirmó Will. Pero no se puede vivir así. Por eso voy a Santa Fe. Quiero hablar con los responsables de tanto desatino. No ven lo evidente. Desconocen el jardín por tratar de mantener los cardos.

- Están acosados por las luchas intestinas.

- ¡Insisto! No se puede vivir en un país desgarrado por el odio. Y aquí lo hay, ¡y mucho!

- ¿No exageras?

- Se maman viejas rencillas familiares desde la teta materna. Se las acuna en las ruedas de mate y se las aviva con los romances despechados y negocios frustrados. Es el ocio del poder, la siesta descansada, todo ese tiempo hueco a la sombra de los naranjos, de los paraísos, de las magnolias, lo que lo alienta.

- ¿No será que la sangre arde y mata en un juego vano de caballeros fuera del tiempo? - preguntó Grobet a su vehemente interlocutor.

- Las ideas solo visten ese odio. Lo disfrazan de madurez, lo blanquean de razón. Lo dejan bruñido para el consumo común, mientras lo oscuro se abre en las entrañas, campeando en esos espíritus, ¡poseídos por quién sabe qué atávico legado indomable de señorío ofendido!

- Creo que tienes razón. He estado leyendo algunos ejemplares aislados de La Capital, que han llegado a mis manos. En los cuales me sumergí, más para familiarizarme con el idioma

que para seguir los vericuetos de esos intrincados dimes y diretes de Santa Fe y Rosario, o de Rosario y Santa Fe, en este caso. Te puedo asegurar que es cierto. Resuman veneno entre líneas si es sobre la oposición y ambrosía, cuando del grupo de ellos se trata.

- No hay dudas. Son de temer los parlamentos convocantes. No por lo que traen en sí, sino por lo que esconden, o tuercen, o callan.

- No te extrañe. La verdad violada corre en susurros por estos lares y, a veces, no muchos están alertas o se hacen los distraídos.

Avanzada la tarde, comenzaron a transitar por los campos de Helvecia. La actividad era notable. En varias oportunidades hubieron de detener la marcha para saludar a algún conocido, o brindar una rápida explicación sobre la razón de ese cortejo extraño, marchando al sur, empujado por el norte que no cejaba, como atado al carro.

Se les arrimó un sulky, cuyo conductor se quitó el sombrero y saludó a Grobet:

- ¿Cómo le va don Juan?

- ¡Pero caramba!, si es don Manuel Luvi - respondió éste sorprendido. ¿Qué hace por aquí, lejos de su escuela?

- Estoy haciendo proselitismo; proselitismo pedagógico, ¡por supuesto! - le respondió el nombrado sonriendo.

- Le presento al capitán Moore, aunque creo que lo conoce, ¿verdad?

- Sí. Alguna vez nos hemos visto en algún cruce.

- Es un placer saludarlo, señor - dijo aquél extendiéndole la mano. El saludo fue prontamente retribuido con un fuerte apretón por parte del maestro.

- ¿Qué tal la escuela?

- ¡Oh..! ¡La escuela es una bolsa de gatitos que gruñen en alemán, italiano, inglés y español! Para colmo de males, mixta. Así que, de seguir esto, ¡tendremos rubios de ojos negros y negros de ojos azules! - exclamó el maestro contento por la oportunidad que se le brindaba, de explayarse con alguien de afuera de la colonia - ¿Siguen viaje a caballo? Por qué no toman el barco que sale en un rato cargado de granos, para Santa Fe? Es el Teresa.

- No con esta carga - respondió Moore - No podemos agregar una preocupación más a la gente. Para colmo, nadan como peces los salvajes. Se han criado en el monte, a la ribera de bañados y lagunas. No olvide que cazan patos tirándole de las patas, sumergiéndolos ¡Mire si nadan! No, ¡con ellos no!

- Es cierto, no se me había ocurrido. Bueno, ¡hasta la vista! Saludos a su gente - dijo dando marcha a su vehículo que se perdió por entre las chacras, mientras ellos también avanzaron.

Se encaminaron a lo de Kauffmann. La casa grande ahora habitada por su madre. Sabían que los esperaban y habría de acogerlos por esa noche.

La mano levantada de los colonos que se erguían en el sembrado o detenían su arado y saludaban en distintas lenguas, era cálidamente respondida con un agitar de sombreros y una sonrisa amplia, afectuosa, llena de fe y esperanzas.

Bordearon Cayastá, el primitivo lugar de fundación de Santa Fe. El viaje se les hizo pesado en la monotonía de las tierras bajas que los separaba de Santa Rosa de Calchines. Nada a la vista. Solo los montes del otro lado del zanjón, hacia el valle del Paraná. A veces, por los caprichos meandrosos del viejo río, del San Javier, la marcha los va aplastando contra el terreno blando de su margen derecha; tierra arenosa, sin árboles en los alrededores. Las repetidas inundaciones que cobijan su baja altura, no permiten el ciclo de ejemplares destacados, salvo alguno que otro en las pocas lomadas que se sugieren hacia el oeste. O unos contados ceibos jóvenes que verdean intensamente.

A las dos reinician la marcha y siguen tercamente la Cruz del Sur que juega adelante escondida por el Sol.

Las primeras arboledas de la zona rural de Santa Rosa de Calchines se insinúan lejos, desdibujadas por la resolana. El fresco y el descanso quieren forzar la marcha. Deben realizar un esfuerzo para no salir al galope en su búsqueda. Los animales, después de la cabalgata, no lo soportarían. Toman su tiempo, entregan un trote lento. Para colmo, deben eludir las cuevas de los angullaces, esos ratones quejosos que hacen escuchar su grito particular en la arena. Como si la entraña de la tierra gimiera

ásperamente por ser hollada. El "tucutú" grave, los acompaña por un tiempo.

El rito solar les marca las marchas y descansos. Con la caída de esa tarde, enfilan a las tierras del comandante Romero, donde también tendrán acogida. La última, antes de arribar a Santa Fe y cerrar un ciclo que ya lleva demasiado tiempo.

- A esos llévenlos al galpón - ordenó el dueño de casa, agregando - Los muchachos cuidarán de que estén seguros y no les falte lo necesario.

Los no comprometidos con la maniobra fueron invitados a ingresar a la galería en sombras, donde los esperaban con vasos de limonada fresca y alguna ginebra traviesa. Hasta ese lugar, llegaba el acre olor de la madera quemándose. De las ramas de un algarrobo, colgaban dos medios corderos, que habrían de brindárseles como cena.

- Así que no les ha ido muy bien que digamos - dijo Romero.

- En verdad, no, comandante. - respondió Grobet, celoso de su provisional cacicazgo - ¡Las cosas se han dado de nalgas!

De esa manera comenzó de nuevo otra relación de lo acontecido; que ya comenzaba a cristalizar en la memoria de cada uno, como acusación permanente por las faltas y excesos, por lo actuado y lo dejado de hacer. Pero eran corrientes interiores y las palabras, no dejaban que aflorasen los sentimientos encontrados que los embargaban.

Otro día, otra marcha. Ya los naranjales de San José del Rincón van quedando a un costado.

La nube de polvo del grupo de milicianos que los alcanzó se disipó de a poco. Al ver de quienes se trataba, la curiosidad hizo que los acompañasen un buen trecho. Esa noche, en las ruedas del lugar, se comentaría el paso de ellos, los valientes expedicionarios al Gran Chaco.

No debían ser mucho menos de las siete, cuando arribaron a Santa Fe, bordeando la laguna. Tomaron por un costado, tratando de evitar la calle al centro, bastante transitada. Los jóvenes y los niños, que aún podían permitirse un último

juego, se iban turnando para hacerles de séquito, mientras corrían en torno del carro con su humana carga cobriza.

- ¡Mirá abuela! - gritó uno asombrado. - ¡Indios, abuela! Son indios del norte ¡Mirá!

Arribaron a la casa de Patricio Cullen, donde pusieron a buen recaudo para su entrega a las autoridades al día siguiente.

Los aborígenes están atemorizados por tanta gente. Mareados, se dejan conducir mansamente por sus captores, a dos piezas del fondo de la mansión, donde son encerrados. Serán posteriormente distribuidos entre familias de Santa Fe y Rosario "para una civilizada reeducación". Engrosarán así el nutrido grupo de servicio doméstico barato con que cuentan las mismas que amparará muchas maternidades mestizas.

El fresco, traído por una suave brisa del río plena de aromas y murmullos insectales, envolvió la ansiosa reunión armada a su alrededor.

- Bueno mi amigo - le dijo Patricio Cullen a Grobet - Afuera está mi gente para acompañarlos hasta la Jefatura, donde serán recibidos. Yo no voy. No tengo posibilidades de hacerlo. Lamentablemente me esperan en la estancia y debo partir enseguida ¡Negocios son negocios! Me hubiera gustado hacerlo pero, ¿¿qué se le va a hacer?!

- No importa don Patricio. Es una lástima pero no importa - Gracias por su ayuda. Contamos con usted para que nos apoye en nuestras gestiones. En el Pájaro Blanco la cosa es difícil y las cosechas no siempre son buenas ¡Se nos ha venido la langosta!

- No se preocupen ¡Cuenten conmigo! - insistió. El apretón de manos marcó la separación y aquel hombre tan particular, emprendió la marcha por la calle polvorienta.

-Monseñor- decía el gobernador al prelado que lo apuraba, promoviendo decisiones drásticas contra los herejes que se estaban posesionando del país - es imposible. No podemos retornar a la Iglesia su potestad de inmiscuirse en las cuestiones civiles. Ocasionaríamos un daño terrible a la sociedad en general que se ha organizado así y a la propia Iglesia en particular. Usted

mismo me decía que han proliferado los templos de otros cultos en todo el territorio. Ellos tendrían también ese derecho. Vienen, se instalan y adquirirían esa potestad. Todos clamábamos por que las cosas fueren así ¡Es el precio del progreso!

- No, ¡de ninguna manera! ¡Es la suerte del anticristo! - respondió - ¿No me diga que se ha vuelto Oroñista ahora?

- Por favor, Eminencia, no ofenda - insistió Bayo tratando de calmar la figura de rostro congestionado. La pasión lo dominaba. Lo infructuoso de su nueva gestión en procura del retorno al estado de cosas anterior, lo sacaba de quicio. La ley del matrimonio civil era un puñal clavado hondo, producía heridas imposibles de restañar. Pero era la ley y no durante su gobierno ¡Que le pidiera cuentas a Oroño por eso y a Sarmiento por las maestras extranjeras!

- ¡La potestad es divina!

- En el cielo, señor ¡En el cielo! Aquí en la tierra, tendremos que seguir viéndonos con todos esos. En favor no solo de ellos, sino de ustedes, de nosotros, para una paz duradera, tendremos que contemporizar. - insistió el estadista.

- ¿Con el diablo? ¡Nunca! - expresó evidentemente molesto.

- No, por favor, ¡comprenda! Son otros hombres igualmente débiles al fin. Otras costumbres. Han colmado de tranquilidad estas tierras. Trajeron progreso. Amasarán riquezas que también compartiremos. Ya lo verá ¡Nuestras arcas se robustecen!

- ¡Treinta monedas! Usted me da penas ¡Siento un dolor profundo por su alma! No lo permitiré ¡Mañana mismo enviaré otro despacho al Primado poniéndolo nuevamente en antecedentes de esta situación intolerable! ¡Nos van a gobernar los protestantes! ¡Insólito!

-Vea. Tranquilícese. Imagine qué sería de nosotros si se multiplicaran los conflictos como en San Carlos. Piénselo. Hubo que dividir los hijos, para dar satisfacción a dos madres ¡No puede ser! ¡Los salvajes terminarán reinando!

El prelado lo miró furioso. Un rictus particular se dibujó en sus labios, fue reprimido de inmediato. Demasiada experiencia tenía en política de altura, para dar a conocer sus reales sentimientos.

- Gracias, señor Gobernador - dijo sarcásticamente parándose y dándole la mano. Salió del recinto sin mirarlo. Cruzó sin saludar por entre los dos extranjeros rubios que aguardaban en la antesala.

El propio gobernador se asomó y, suspirando, los enfrentó.

- Pasen por favor. Pasen.

- Es un placer señor - dijo Grobet.

- De igual modo - agregó Moore, dando la mano al mandatario. La figura corpulenta, señorial, del mismo era digna y siempre sorprendía a las personas que lo entrevistaban. Sus ojos firmes y su frente ancha, inspiraban una natural confianza. Había que mantenerla a raya para evitar pasarse, dado su bien ganado prestigio de habilidad para manejarse en los negocios de la política, no siempre favorables a sus interlocutores.

- Veamos, cuenten. Cuenten, por favor - decía sonriéndoles e invitándolos a ubicarse en sendos sillones que enfrentaban el escritorio lleno de papeles, ornado con un inmenso tintero de cristal con el escudo de la provincia. Pese a lo que aseguraban los opositores, la sagacidad y la seguridad de ese viejo zorro político, imponían respeto, mal les pesara a los amigos de Rosario que no paraban en medios para tratar de desplazarlo. En particular Oroño. De él surgieron las ingentes gestiones para obtener su desafuero. La lucha sorda continuaba sin pausa y aquí, o en aquella ciudad del sur, de tanto en tanto algún simpatizante de una u otra línea, aparecía cruzado en la acera. No durmiendo la mona, precisamente. Fueron planteados los problemas y renovadas las promesas y buenas intenciones. Pero los colonos salieron del despacho, con la misma carga de incertidumbre con que ingresaron. Eran conscientes de que la situación por distintas razones, ya nacionales, ya lugareñas, era difícil para todos. Fuera del apoyo y alguna ley especial que prometió impulsar, el gobernador se ciñó a las condiciones de siempre. No pudieron avanzar un paso. De nada valieron los argumentos del éxito de la campaña al Chaco, la riqueza y el tributo al fisco.

- El estado es un herido serio. Sangra por todos lados. No le infligiré una lastimadura más ¡Aunque fuere pequeña! La presencia de Santa Fe se hace sentir en todas las provincias, para bien o para mal. Ello no por mera conversación. No nos

olvidamos de ustedes. Acabo de defender su causa ante el tribunal divino - dijo sonriendo, mientras los acompañaba hasta el despacho del secretario. - No imaginan el esfuerzo que hacemos por ustedes. Ya vendrán tiempos mejores. San Javier y el Pájaro Blanco habrán de cambiar. Si resultan las gestiones que efectuamos para radicar un nuevo y nutrido contingente en la zona, lo hará. Esta vez de italianos.

- ¿Italianos? - inquirió Grobet.

- Sí. Católicos - respondió el gobernador sonriendo maliciosamente -¡Debemos equilibrar la balanza! Si no lo hacemos, se nos va a venir el Vaticano encima.

Todos sonrieron y se despidieron de igual modo.

- Viejo ladino - decía Grobet a Moore mientras bordeaban la plaza por la vereda del Cabildo, hacia la calle Comercio. En el Registro los esperaban unas gestiones de tierras fiscales. En particular por una isla que interesaba incluir en el patrimonio de California para seguridad de la colonia. Era alta, cubierta de montes y seguro refugio hasta entonces del salvaje. A ella volaban los pensamientos, mientras la Santa Fe en primavera, tenía un algo especial que la distinguía de todas las ciudades virreynales que perduraban en espíritu, pese a los cambios de época y de regímenes.

Alguna dama donosa, el tránsito cansino de los jinetes para no ser multados por la velocidad que levantaba polvo y molestaba a los vecinos, rompía esa bella y luminosa majestad de postal, que la caracterizaba. El olor dulzón a leche, azúcar y vainilla cocidas en cobre, que salía de una panadería, les llenó las fosas nasales, haciéndoles desear un buen café con alfajores. Apuraron el paso...

.....

CAPITULO LIII DE PALACIO

- Pero señor gobernador, no puede darle a los cullistas una herramienta poderosa, como la que se propone otorgar usted haciendo lugar al pedido que le formularan los norteamericanos, para establecer una colonia militar en el Pájaro Blanco, entre el Saladillo Dulce y el Amargo ¡Piénselo!

- No Pizarro. No es así. Le falta mucho aprender a Usted - decía Bayo a su Ministro - Las cosas no son lo que parecen ser, y menos en política. Eso no tiene importancia. Lo gravitante aquí es lo que realmente puedan hacer, hacia donde nos lleva su acción ¡Usémoslos!

- Pero señor. Usted bien sabe que ellos están metidos con patas y todo con los liberales. Basta que Oroño les diga que se tiren al río...

- Espere. Espere, ¡no se apure! Tendrán nada más que una ley. Un trozo de papel que no agregará nada de poder en sus manos. Sí, un eslabón fuerte a la cadena que los ata al gobierno constituido, a éste. No debe olvidar que han respondido a nuestra requisitoria; prácticamente sin mayores erogaciones para el tesoro, ya hemos concretado tres incursiones al corazón de la tierra de nadie, al Gran Chaco maldito. Ellos asumieron los riesgos. Jugaron su pellejo. No tomaron venganza por sí. Entregaron los prisioneros al gobierno. Ya se distribuyeron entre familias de Santa Fe y Rosario, para facilitar su inserción en la vida civilizada. De los interrogatorios surgió que no fueron maltratados durante su cautiverio. Se portaron mejor que lo esperado de una tropa irregular, sin la disciplina de las milicias ¡No quiero ni pensar que hubiese sido de esas indias jóvenes y bellas, en manos de los regulares! - acotó sonriendo.

- Pero...

- ¡Nada de peros!, caramba. Traiga ese mensaje a la Cámara, que se lo firmo de una vez - ordenó categóricamente, sin lugar a otra respuesta. Le fueron alcanzados los papeles. Tomó la pluma, asentó la rúbrica y los devolvió para que hiciese lo propio el contrariado ministro.

- Firme Pizarro ¡Cualquiera diría que nos va la cabeza! - exclamó riendo.

Cuando lo hubo hecho, tomó nuevamente los papeles en su mano y guardó silencio. Miraba por la ventana la mañana que transcurría aparentemente tranquila, derramándose sobre los naranjos de la plaza de enfrente.

- Dígale a Foster que no haga nada sobre esto sin que la ley esté dictada. Aunque ello ocurrirá pronto, veré que así sea. Y por supuesto, sin previamente comunicarme cualquier cosas antes de concretarla. En particular la cesión de las tres leguas de tierras fiscales para esa supuesta colonia ¡Colonia militar les voy a dar yo a esos!

Los chasquis entre los despachos iban y venían trayendo y llevando papeles. Aquellas eran las agujas con que diligentemente se tejía la trama del acontecer burocrático y echaban a volar las sucias palomas de los chismes, que nutrían las ruedas de mate y las mesas de café. Uno de los temas obligados fue el celo del gobernador por crear una colonia militar en el norte. Y hasta no faltó quien pretendiendo hilar fino, aseverara que bien podría tratarse del paso del mismo a las fuerzas de los liberales. Temprano, uno de ellos particularmente agitado por el apresuramiento, ingresó a la Secretaría gubernamental. Enfrentado al Oficial Mayor le entregó un mensaje lleno de sellos y firmas.

- Señor Pérez - dijo entrecortadamente por la agitación, haciendo evidente que su corazón no respondía en forma. Aquí traigo la ley que le preocupaba al señor Gobernador. La Sala de Representantes de la Provincia acaba de sancionarla. Sírvese la copia oficial.

-Gracias. La haré llegar de inmediato - le respondió el secretario mientras lo acompañaba hasta la puerta. En ese instante ingresó a la oficina un señor vestido de gris, que muy serio inquirió por el mandatario, acomodándose el moño.

- Buenos días señor Ministro. El señor Gobernador está reunido con el doctor Pizarro ¿Quiere ingresar?

- No, ¡por favor! No mezclemos las aguas ¡Avísele nomás que aguardo! - respondió sentándose en uno de los amplios sillones que bordeaban la pared. No quería interferir el accionar de su colega, en quien confiaba por ser amigo personal.

- ¡Pase de la Torre, pase! - dijo el propio Bayo asomándose por la puerta entreabierta de su despacho - ¡No se quede ahí hombre!. - Le reclamó, agregando una vez que hubo ingresado: - ¿Vio mi estimado? ¡La cosa empieza a marchar! Les hemos dado nada más que intenciones, y ya comienzan a efectuar los ajustes en el balance de fuerzas. Como si esta hoja - decía agitando los papeles al aire - tuviese la virtud de materializarse en fuerzas organizadas y combatientes ¡Tontos, reverendamente tontos! - exclamó riendo gozoso. ¡Qué jugada! ¡Como deben sentirse los partidarios de Oroño!

La situación no era fácil. El timón estaba comprometido por corrientes de las más encontradas y fuertes. Pero no vaciló. Quería debilitar a sus propios adversarios, apoyando abiertamente a quienes tenían un cierto grado de peligrosidad y ascendiente en el pueblo, para desorientar y aprovecharse de los distraídos. Se restregó las manos. El diario La Capital había estado especialmente virulento. Llamaba a la rebelión desembozadamente. Cerró el periódico y se dirigió a quien en ese momento compartía el café con él:

- Vio González. ¡Se están mordiendo la cola! Ante la imposibilidad de dar el cuartelazo, ya que la Milicia es nuestra, promueven la rebelión abierta. ¡Pobres diablos, la que les espera si se largan!

- Tiene razón señor - fue la respuesta provocada más por la necesidad de atemperar el miedo, que por la convicción. No podía desconocer el potencial de los adversarios políticos.

- ¡Y pobres de los que los sigan! - Insistió el Gobernador, ordenando: - Haga llamar al coronel Hernández, a Carrasco y a Rodríguez. Nos reuniremos mañana en mi despacho, con Leopoldo Nelson. Vea también si puede hacer venir a Pascual Rosas y a los Comandantes Ramírez. No importa en lo que anden. Que vengan mañana. ¡No!, mejor pasado, así tengo el tiempo suficiente para reunir los otros elementos y pensar con tranquilidad la estrategia futura.

- Sí señor Gobernador, ¡ya mismo me ocupo!.-

-Bien, ¡vaya nomás!

El hombre salió dejando la taza a medio terminar. Bayo se paseó por el centro de la estancia con pasos nerviosos. Su otro Ministro, que había seguido la escena en silencio, continuó observando ese deambular satisfecho.

- Vio Pizarro. Hicimos bien en concentrar en San José del Rincón la Guardia Nacional de Helvecia y Santa Rosa. No las íbamos a dejar al alcance de las manos de los liberales. Ellos son fuertes en esos distritos. Tienen ascendencia con los colonos ¡Pobre gente! Mientras tanto, dejémoslos ir, ya que no podemos frenarlos todavía ¡Se van a poner solos la sog a al cuello!

Fueron interrumpidos por el oficial mayor que les anunció la presencia de los negociadores del Banco de Londres.

- Díga les que aguarden o hágalos atender por la gente de Hacienda. Ahora estoy muy ocupado. Ellos tienen precisas instrucciones sobre como actuar en la emergencia, sabrán recibirlos ¡Malditos tramposos! - exclamó indignado, no pudiendo contener su ira al recordar las veces que se dio contra la pared tratando poner en caja el manejo discrecional que de las finanzas hacía ese banco, con su emisión en moneda boliviana. Al punto que, casi desencadenó un conflicto militar de proporciones. - ¡No, no los atenderé, que diablos! Se han volcado de lleno al lado liberal, financiándoles sus escaramuzas. Nos volvieron la espalda en créditos, obligándonos a crear nuestro propio banco. No se van a salir con la suya. Santa Fe cuenta ahora con banco propio ¡En eso tiene razón Iriondo!

- Como usted disponga, señor gobernador- respondió el diligente empleado.

- ¡Un momentito..! A propósito, que esté presente la gente del Banco Provincial en las reuniones que se realicen. Les haré morder el freno. ¡Aprenderán la lección de una vez! Pizarro, por favor vea que así se haga. Que asistan personas duchas en refriegas palaciegas. No entregaremos el fuerte, ¡y menos a ellos! - recomendó visiblemente alterado. No pocos dolores de cabeza le había dado la cuestión económica y el cambio de moneda en marcha.

Por si fuera poco, a los múltiples problemas, se agregaba hoy en el despacho el informe perentorio de Antonino

Alzugaray, planteando la crítica situación en la Comandancia de San Javier, para la que pedía gente, fondos, armas y la pronta instalación de los italianos en la localidad. Le preocupaba el avance vertiginoso de las colonias de los alrededores, mientras que la población de la antigua reducción, moría de muerte natural, arrastrando consigo a la toldería que la asfixiaba. El pobre comercio de cueros de yacaré y plumas de garza, no podía constituir factor de progreso para el mísero villorrio polvoriento, base cierta de prosperidad para dos o tres bolicheros inescrupulosos, que se aprovechaban del indígena, malpagándole el esfuerzo que hacían los pocos que querían vivir de su trabajo.

Las cuestiones de la frontera le preocupaban. Sabía que constituían un factor desestabilizante que era necesario conjurar, si deseaba seguir el programa de poblamiento en que se había embarcado la provincia buscando neutralizar la acción negativa de los indios montaraces y los gauchos alzados, que compartían el territorio con ellos ¡Esos matreros también contaban y mucho! La milicia no daba a basto. El manejo político la comprometía por entero, más allá de las fuerzas propias y sus fines naturales.

- Dígame - preguntó a su ayudante - ¿fué Alzugaray el que pidió el nombramiento del español Manuel Argüelles como Teniente Juez en San Javier?

- Sí señor - le respondió. Ahora requiere el cambio de residencia de ese funcionario. Pasar el Juzgado desde la Colonia Francesa, donde se desempeña, a San Javier, dado que las colonias del norte son más ricas, pobladas e importantes.

- ¿Qué opina usted?

- Comparto ese criterio, señor Gobernador. La atención de sus obligaciones a distancia, atenta contra el normal movimiento de la gente del lugar. Evita el progreso de ese pueblo de indios. Habría que atenderlo. Estaría la oficina en un punto equidistante.

- ¡Está bien! Haga lo necesario y tráigamelo a firmar. Hombre extraño este Alzugaray. Lo conocí cuando lo hice apersonar en oportunidad de un viaje a esta ciudad.

- Creo que fue a comienzos de año, señor.

- ¡Tiene razón! Ahora lo recuerdo. Me sorprendió su actitud. Venía de desembarcar del "Quinto de la Helvecia", cuando al

enterarse de mi requisitoria, con su hijo y su equipaje ligero, ¡se vino directamente para mi despacho!

- Así es. Nos reímos en su momento de su servicial diligencia.

- ¡No era para eso! Me conmovió el esfuerzo que hacía para darle una educación al muchacho. Lo desarraigó de la toldería para injertarlo en el Colegio Inmaculada. Confieso que me sorprendió su persona, ¡y eso que estoy acostumbrado a ver gente de toda laya! Sin embargo, debo confesarle que me produjo un sentimiento especial su integridad. Vea de hacer algo por él, lo que se pueda. Piense que hasta le paga el sueldo a sus cuatro pobres milicos, cuando nuestro exprimido tesoro se demora en hacerse ver por allá ¡Vaya hombre! ¡Necesitamos de muchos Alzugaray para sacar esto del pantano!

- ¡Sí, señor!

- De paso, trate también que venga en el transcurso de la semana próxima. Quiero entrevistarlo para interiorizarme de la situación con los colonos. Ahora que lo pienso, es el único en quien puedo confiar allí. A los otros los conozco bien, como para confiar totalmente en ellos.

- Bien señor. Enviaré por él en el próximo barco a Helvecia, con el correo habitual.

- Eso es todo. Gracias, ocúpese nomás. - dijo el gobernador. Volvió a la ventana para entretenerse por unos minutos con las hojas que eran sacudidas por una falda floreada que se desplazaba hacia calle San Jerónimo, agitada rítmicamente por una dama bella, majestuosa. Desvió la mirada. Temía que ella sintiera su vista en la nuca.

- ¡No tener veinte años menos!, se dijo suspirando resignado.

La mañana cómplice, descorrió una nube para colocar un aura luminosa en el contorno sugestivo de la cintura que se alejaba. Otro suspiro silencioso abrochó el rato en su mente.

En Colonia California, las reuniones se sucedían.

-Alex, ayer estuvo Kauffmann en casa de paso para el sur. Almorzamos juntos y nos anticipó que es inevitable la revuelta. Que el partido de Oroño está siendo traicionado con un fraude muy bien urdido, que se viene tejiendo desde hace tiempo

con la intervención directa de la milicia. Evidentemente, así don Ignacio Crespo, el candidato del partido liberal, no tiene posibilidad alguna.

- ¡Me lo imagino! Cosas propias de toda esta sucia política que los lleva y los trae !Además el candidato de los autonomistas, Simón de Iriondo, está muy arraigado en Santa Fe.

-Sí, en Santa Fe, pero no en el resto de la provincia. Sin embargo van a ganar ¡Han organizado bien la cosa!

- Y bueno, ¡que se las arreglen!; ya te dije que debemos mantenernos al margen de estas rencillas de entrecasa; ¡nada tienen que ver con nosotros!

-No, no es así. Esa gente a la que debemos todo, ha pedido nuestra ayuda para romper con la confabulación electoral. Particularmente, no puedo negársela. Les debo mucho.

- Espera un poco. Creo que el planteo es equivocado. A la política que nos benefició la habían fijado antes y nosotros llegamos en el momento justo para llenar un hueco. No nos esperaban. Iban a convocarnos porque nos necesitaban. Jamás contaron con nosotros. Iban a buscar norteamericanos y justo caímos, ¡como venidos del cielo!. No te olvides que lo pedía la legislatura por presión de la gente y la prensa se hizo pleno eco de ello en largos editoriales.

- Sería una gran deslealtad de nuestra parte no responder al pedido de apoyo que nos hicieron.

- De ninguna manera. Creo que la razón tuya es la simple sed de aventura, que ha llegado a enraizarse en nosotros después de tanto; constituye el motor de ese criterio.

- ¡Por favor! , sabes bien que no podemos negarnos a un pedido de ellos.

- ¿Y nuestras familias? No olvides que somos extranjeros, estamos en tierra extraña pese a todo. Así nos consideran.

- ¡Cuando no nos necesitan! Además, ya somos de aquí. He hablado con los otros y muchos apoyan mi iniciativa. ¡Marcharemos en su ayuda!

- Allá ustedes. Pero creo que cometen un error. Juegan demasiado fuerte a una mano en una partida ajena. Son otros los que barajan, dan las cartas ¡y éstas están marcadas!

El aire se había ido enrareciendo entre ambos y, si bien como siempre que habían discutido con Alexander, no pasaría nada, Will, que lo conocía, prefirió retirarse y dejar que las cosas hablaran por sí. Sabía de antemano que sería apoyado. El espíritu de aquél le impediría apartarse de los cánones de la normalidad. Entendió que él también sentía un gran respeto y admiración por Oroño. Pero no se movería en el sentido propuesto. Se despidió y emprendió el regreso cabizbajo.

Lamentaba que Mac Lean, el Director de la Colonia, no los acompañara.

Conforme lo comprometido, la columna con un grupo de los voluntarios de California, Galense, Alejandra y Romang, marchó el 18 de Marzo hacia San Javier, presidida por Patricio Cullen. Eran las cinco y media de la mañana cuando desmontaron frente al Juzgado, Comisaría y lugar de residencia de Antonino Alzugaray. Golpearon fuertemente la puerta.

- ¡Vamos, vamos Alzugaray..!, gritó uno de los voluntarios mientras asestaba golpes que conmovían la tranquilidad secular del poblado.

El convocado se asomó con preocupación por el escándalo.

- ¿Qué pasa, qué pasa ahora? ¡Ah..!, son ustedes ¿Qué diablos quieren tan temprano? exclamó sorprendido al ver toda esa gente. Aunque en el fondo preveía el origen de la situación, trataba de ganar tiempo, haciéndose el desconcertado. Vio que nada podía lograr solamente acompañado por el Teniente Juez y cuatro milicos que asomaban por detrás, inquisitivos.

- ¡En nombre de la revolución popular tomamos la plaza y exigimos su rendición! - expresó Patricio Cullen de manera contundente.

El hombre hizo un cómico gesto de impotencia y, con cierto desenfado, ingresó a la propiedad seguido por sus captores, para entregarles el armamento con que contaba para la defensa de la extensa zona a su cargo.

- ¡Oh miren..! - exclamó Sager más que asombrado - Cuatro carabinas, cinco lanzas y cuatro sables ¡Que parque magnífico! ¡Tenemos asegurado el éxito! - manifestó socarronamente.

La carcajada general se hizo una sola recorriendo la fila de los revoltosos. A una seña de Cullen, Ramón García se adelantó.

- En nombre de esta revolución y por disposición de sus jefes, me constituyo en Comandante de las fuerzas de San Javier. Los demás asintieron sonrientes. La tragicómica situación por las circunstancias particulares del lugar, la cantidad de personas comprometidas y las consecuencias de esa acción, convertían al hecho, más en una opereta que en una acción guerrera real.

Hizo subir al comandante Alzugaray a la volanta que los acompañaba y emprendieron galope por el costado de la plaza donde el yuyal reinaba, para dirigirse hacia el oeste. A unos cuatrocientos metros del poblado detuvieron la marcha, acampando a la espera de que se les reuniera el resto de la gente de esas Colonias, comprometido en la partida.

Mientras vivaqueaban, los corrillos cruzaban el grupo con las más diversas versiones de lo acontecido o por ocurrir en otros lugares. Solo con la palabra autorizada de Cullen, se hacía silencio, cesaban las discusiones y todos prestaban atención.

-En estos momentos, la comisaría de Manzanares debe estar en manos de Luciano Leiva. Se nos reunirá pasando Helvecia, del otro lado del Saladillo. Viene con una nutrida columna. Desde allí, marcharemos sobre Santa Fe - decía el caudillo dando ánimos a sus compañeros de aventura.

Se fueron agregando personas al contingente. Algunos criollos y un nutrido grupo de indios capitalizados por sus ayudantes. Los colonos los miraban con un recelo no disimulado. Habían aprendido a no confiar en ellos.

- No se preocupe - le decía García a Moore - Son útiles. Los necesitamos por su número. No son muy efectivos cuando no pelean entregándose por entero, pero están reclutados por dinero y promesas. Servirán de miembros de número, para distracción. No sabemos cómo van a responder los oficiales. Tenemos que estar prevenidos. A ellos los lanzaremos por los costados y abrirán cualquier columna. Serán los primeros. Ya verá qué efectivos son para esa tarea de distracción, ¡como que son buenos jinetes lanza en mano!

-No estoy seguro - respondió Moore, adelantando la marcha para ponerse a la par de la volanta que se encaminaba con el grupo hacia la administración de la Colonia Cullen.

Pasado el mediodía arribaron al lugar y se distribuyeron alrededor de los asadores que los aguardaban humeantes, a la sombra de los árboles generosos; abrían su sombrilla fresca.

Desatadas las botas, algunas cananas y dejados de lados los sombreros, se dieron a la tarea de reponer o desechar aguas, mientras los más nerviosos, caminaban en círculos.

El convidado de piedra de ese grupo casi dominguero por su comportamiento tan poco profesional, don Antonino Alzugaray, rumiaba sus pensamientos cuando se le acercó Moore, que también preocupado miraba cada tanto a su alrededor.

- ¿Qué opina Usted, don Antonino - le preguntó.

- ¡Que están locos, irremediablemente locos! - le respondió con profunda convicción. Se van a enfrentar con tropas regulares. Me llama la atención que usted se haya metido en esto, don Moore.

- No pude evitarlo. No es mi negocio, pero eludir el compromiso hubiera sido poco perdonable para mí. Esa gente nos ayudó y pide nuestra colaboración para arreglar sus diferencias.

- ¡Me lo imagino! Es propio de estos lugares actuar de ese modo ¡La extorsión forma parte indivisible de la política criolla! Los dos bandos actúan así. Lo supe de boca del propio gobernador la semana pasada.

Lo miró extrañado. Era la primera vez que aquel hombre se sinceraba con él de esa manera. Le había parecido incapaz de tal vehemencia.

- ¿Está asombrado?

- No, pero...

- Vea mi amigo. Usted es de afuera y no conoce lo que es esto. Salvo muy pocas, no tenemos otras armas que la perfidia, el engaño, las alianzas sospechosas, la traición. No imagina cuanta gente de esta zona fue llevada con artimañas a Santa Fe, ¡con promesas de bienestar! - exclamó riendo, para continuar: - y de allí, movilizada, ¡fue a dejar sus huesos en la lucha con el Paraguay! Se vaciaron las tolдерías.

- No piense que no me he dado cuenta de ello. El manejo es de lo más torcido ¡Pero no creo que llegue a tanto!

- ¡Ya lo verá, mi amigo! ¡Ya lo verá! Lamento que ustedes se hayan metido en esto. No se lo merecían. Esos otros, del fondo del tarro, son los mismos de siempre, partícipes de piedra que solo pretenden vivir conforme sus costumbres, sus prácticas y su leal saber y entender, como en todos los tiempos. A veces, sirviendo a unos o a otros por la fuerza, por convicción, por necesidad, o por mero aburrimento, como lo hubieron hecho anónimamente desde el fondo de la historia. Es el barro que dio de comer a tales y cuales. El soporte real de la casa, ¡pero ustedes en esto!

- ¡¿Qué se le va a hacer?! Cada uno es responsable de su suerte. Lo cierto es que aquí estamos y téngalo por seguro, no aflojaremos.

- Lo sé, ni lo diga. Los conozco y lo lamento! Los de aquí sabemos bien de qué son capaces los políticos. Cambian las leyes conforme sus intereses, y la justicia, esa justicia tan declamada, es una ficción al servicio del poder. Me refiero a la mayor, de la que dependen ellos y los jueces. Parientes y amigos. A veces alguien de prestigio. Casualidad nomás... Eso sí, ¡la hacen a su medida en nombre nuestro! Moore lo miró un momento e iba a volverse para cambiar de interlocutor, cuando éste nuevamente le habló:

- Mírelos, ahí están éstos con aguerrida lanza en mano, se hacen los distraídos. Pero algunos de los que ve, fueron capturados por mí por ser desertores del Ejército. Son asesinos natos. En su huida para la toltería, se cargaron un grupo de obrajeros en Calchines. No confíe en ellos, Moore. Hágame caso, ¡son traicioneros!

- Está bien , le agradezco su prevención.; pero no se preocupe. Los conozco.

El olor a carne asada convocó hasta a los más remisos. Solo el canto de los pájaros se escuchaba en el grupo masticador, estimulado por el vino refrescante.

Pasado el rigor de la siesta. Cullen dio la orden de marchar. La extraña figura de Alzugaray desarmado, cabalgaba flanqueada por dos guardias; acompañaba ausente a la columna con la frente erguida.

Al atardecer arribaron a Helvecia, donde las fuerzas se vieron grandemente engrosadas con el aporte de muchos colonos de la zona; criollos y también un fuerte contingente de indios. En la emergencia, los suizo alemanes dejaron de lado sus entredichos con los italianos y marchaban juntos.

Alzugaray ya no estaba solo. Se incorporaron el Juez de Paz, el Secretario y seis policías del lugar, a la rueda de cautivos que se disponían pernoctar.

Con la madrugada a cuestas, partieron en dirección a Cayastá donde, al arribar, se carnearon cuatro reses para el obligado culto a los asadores y se dio descanso a los caballos..

Caída la tarde, tomaron la estancia del comandante Francisco Romero y Esquivel y dispusieron un alto, sin alcanzar Santa Rosa hasta la mañana siguiente. Allí liberaron a los presos, excepto Alzugaray. García se negaba a ello por el particular enojo que le causó no haber podido obtener el tobiano y la montura del nombrado.

- Cullen - dijo Moore acercándosele. - No tiene sentido mantenerlo con nosotros. Distraemos hombres en su custodia y no significa ningún peligro su libertad. Ya nadie ignora nuestra marcha ¡A nadie ha de alertar! El interpelado lo miró un momento y sonriendo dijo:

- ¡Tiene razón! ¡Comandante García, libere a Alzugaray también!

Así , como había venido , en silencio se alejó esa figura fronteriza, curvada en la grupa como si soportara el castigo por la rebelión. La de ahí, entremezclada con la otra que se entrecruzaba en su espíritu agobiado. Un profundo dolor de montes y caminos polvorientos recorridos hizo nido en sus articulaciones, aplastando su persona hasta hacerla pequeña en la distancia.

El galope largo del grupo de jinetes en dirección a Santa Fe, denunciaba la existencia de algo inusual bajo ese sol que todavía castigaba bastante. El Gobernador había cabalgado toda la mañana y a las trece estaba instalado en su despacho, sudoroso, cansado, con la irritación propia de los sucesos, que se fueron acelerando. No por inesperados, sino porque simplemente

molestaba todo aquello que cambiara ese ritmo propio del acontecer tranquilo provinciano. En el ajedrez político, solo estaba en juego el mate de la partida. Pero era una cuestión de honor y sabía, aunque le doliera, que no les aflojaría un ápice, ni a sus parientes equivocados con quienes discutía con cordialidad.

El mecanismo preparado hacía tiempo trabajaba bien, estaba convenientemente aceitado. La cadena de pulperías de "amigos" de Iriondo, alertó a tiempo del movimiento iniciado por los rebeldes.

De la Torre fue el primero en concurrir a la sede del gobierno. A poco un chasqui partió raudo hacia las comandancias de cuya lealtad no se dudaba, con instrucciones precisas. La noche del 18 de Marzo, fue una noche cargada de rumores perfumados, que recorrían las desiertas calles de Santa Fe, como fantasmas convocantes del nerviosismo y la curiosidad.

Las reuniones en los diversos centros de cotilleo obligado, fueron preparando el ambiente hasta llevarlo a ese momento en el que los calmosos habitantes esperaban sólo el estampido de los disparos, el rechinar de los aceros encontrados o los gritos de dolor de los heridos. Y las pasiones afloraban. Por el hijo, el hermano, el novio o el amigo, comprometidos en esa lid generada por los dioses guerreros sempiternos, exigiendo que la danza ritual continuara en ese contradictorio escenario de ladrillos gastados y robos de besos a escondidas en los zaguanes.

- ¡No pasarán, téngalo por seguro! - repetía Servando Bayo a De la Torre, en el instante mismo en que ingresaba Pizarro. - Me habían prevenido, por eso las tropas están preparadas convenientemente.

- Los rumores hablan de un importante contingente de revoltosos.

- Es posible - decía Bayo - Pero aún así no tendrán suerte. Ya había dado antes de partir para San Carlos, instrucciones al Departamento de Policía, a los Comisarios de Sección, a algunos Jefes de la Guardia Nacional y a los Jefes de Guardiacárceles, para que estén alertas y no se dejen sorprender desde adentro. Aquí, Santa Fe está controlada. Hubo francos convenientes a cierta oficialidad. Creo que los otros no habrán de fallarme. Si lo hacen, saben que la pasarán peor que los levantados en armas ¡La

traición es algo que no puedo tolerar a ningún precio! - exclamó, agregando: - Esta noche dormiré tranquilo. Ya salieron directivas para las restantes comandancias de campaña; de la zona comprometida ¡Aventureros!.- exclamó golpeando en el escritorio.

El correo no esperó que el caballo se detuviera. Corrió hacia el grupo de oficiales, distinguido por ser de su conocimiento, no por su vestimenta que era heterogénea. Se cuadró delante del Comandante Francisco Romero, a quien apodaban "Manzaneros".

- ¡Mensaje para el señor Comandante. ¡Permiso señor para su entrega! - exclamó cansado y con las nalgas doloridas, pero contento por ser el portador de cosas importantes. El ceño y el sello de sus emisores lo habían denotado y le imprimieron particular ritmo a su galope.

- ¡Déle nomás! ¡Venga eso! - exclamó el nombrado adelantándose. Tomó el papel, rompió el sello y leyó la orden de movilizarse ante la insurrección nacida en Colonia Cullen y nutrida por las restantes poblaciones de la costa santafesina.

- ¡Malaya! ¡García, aliste la tropa, salimos en una hora.

- ¡¿Pero comandante, esta noche...?!

- Nada, adelante o lo relevo! Los minutos son preciosos en esta emergencia ¡Les daremos una sorpresa a esos infelices!

- ¡Comprendido señor! - expresó el subordinado corriendo a cumplir con la orden. De inmediato un nervioso trajín empujó hasta a los mas remisos.

- ¡Gutiérrez! - convocó Manzanares.

- ¡Presente señor!

- ¡Prepárese! Habrá que empapelar la caminata con vales. No esperaremos la provista que debe arribar esta noche. Que nos siga. Partimos de inmediato en campaña. Así que junte a los de la tropa que conocen la zona, para que ayuden a que no nos escondan los vecinos lo que necesitamos. A los remisos, ¡movilícelos! Ya pagarán las cuentas especiales los platos rotos. Eso, ¡si son los nuestros!

El nombrado se cuadró, dio media vuelta y se encaminó hacia el grupo de la derecha, que estaba ramoneando.

El dispar destacamento empezó a cabalgar, los oficiales con gorras, el resto con sombreros diversos y chupayas de paja, quienes las tenían. El fragante airecillo nocturno despeinaba aún más las revueltas melenas que cubría sus cabezas. Los pies, calzados o sin nada, taloneaban los caballos para hacerles rendir un trote más a esos sufridos patrios.

El veinte al mediodía, arribaron a la costa del arroyo Saladillo y la exploraron un par de kilómetros aguas arriba y abajo del paso de los Cachos. Estaba crecido y los caballos en malas condiciones para vadearlo sin riesgos. Encima, no conocían la situación precisa de los revoltosos adelante. Manzanares ordenó replegarse hasta el monte y apostar guardias montadas cada doscientos metros, relevables cada dos horas, para que vigilaran las tierras de enfrente, ocultas entre los árboles ¡El agua trabajaría a su favor! Sabía que de no forzar ellos la marcha por ahí, al sur los bañados del Mocoletá les impediría a los rebeldes todo encuentro con Pancho Romero y Esquivel, que comandaba el Regimiento 7 de Abril, camino a Calchines a la sazón, por esa suerte de embudo natural que conformaba el albardón costero; la topografía los arrojaría directamente a sus brazos.

Apenas unos mates y galleta permitió a la tropa. Nada de humo de asado. Unas brasas "frías" para calentar las morochas que la cebada requería y nada más. No se podían dar el lujo de anticipar su posición.

- ¡Si esto sigue así, llegaremos a Buenos Aires! - decía Kauffmann a Sager, mientras seguía con la vista, atentamente, las indicaciones de Francisco Iturraspe sobre la mejor manera de acercarse al Saladillo, sin caer en los bajos o los pajonales que dificultaban la marcha.

La cinta de plata del arroyo se les mostró hinchada en el horizonte quebrado por aromos y chañaritos. Estaba muy crecido el arroyo. Desembocaron en el bolsón que formaba uno de los meandros, virando su trayecto de Oeste a Este en ese punto.

Se acercaron a la ribera. Esperan cruzarlo algo más arriba, en el paso "de los Cachos" propiamente, para encontrar a las fuerzas gubernamentales y sorprenderlas mediante una maniobra de pinzas antes de Cayastacito, lugar donde suponían se hallaban, por los informes de los llegados recientemente.

Un relincho distante, a la izquierda, los hizo desmontar y prepararse para buscar refugio desde donde hacer frente a cualquier situación que se planteara. Así los irregulares fueron distribuyéndose a lo largo de la curva amplia de aquella vena fría que recorría buena parte de la Provincia con trazo irregular, como corte de cuchillo hecho por mano inexperta.

- Escuchame Sager - decía Moore al hombre situado a su izquierda - no se oye ni se ven pájaros. Aquel monte de enfrente, en vez de los habitantes naturales, temo que esconda otra cosa. Hay demasiado silencio.

- Es cierto. Nada, ningún pájaro por esa parte, no es natural aquí, en estas soledades. ¡Oh! - exclamó de pronto - Allá, al fondo, la bandada de bandurrias que viene para este lado, desvió su marcha súbitamente y se elevó! Algo hay. ¡Cuidado! - exclamó.

- ¡A cubierto! - gritó Moore al grupo a su cargo, que de inmediato se dispersó por el lugar buscando cobijo. Fue de inmediato imitado por la tropa restante. Las cabezas de los hombres cuerpo en tierra, se levantaban inquisitivas por la sorpresa.

- Hay alguien allí enfrente, entre los dos aromos bajos, al costado del laurel negro.

- No veo nada - le respondió Sager.

- Ahora lo verás! - aseveró Moore afinando la puntería. El dedo presionó la cola del gatillo y el agujero del infierno lanzó su grito. Una figura humana uniformada rodó por la pendiente suave, bañada por las hasta ahora tranquilas aguas. Una descarga cerrada proveniente de todas las bocas del monte que se abría como una pared; les respondió en decenas de ecos no menos elocuentes que el estampido inicial.

Algunos rodaron heridos o muertos, pagando la imprevisión inicial. No se enfrentaban ya con las chuzas indígenas, sino con la fusilería organizada, aunque no por ello

sentían temor. Por el contrario. Los acicateaba más el peligro.

El tiroteo se generalizó. La certera puntería de aquellos que a diario probaban su destreza mientras araban, para llevar el sustento alternativo, demostró su eficacia.

Cabeza que se asomaba, vaciaba su contenido vital. A la hora, los diligentes milicos se habían dado cuenta que tales colonos no eran pasto fácil. Así que, casi sin asomarse, o sin hacer mucha puntería, disparaban. La afinaban algunos, los que habían conseguido el franco refugio de un tronco caído, o el montículo de un tacurú. Los ayes de los que se escondieron en las matas de paja brava o colas de zorro, marcó el error de elegir el refugio equivocado. Los de enfrente, disparaban directamente al bulto, sabiendo que ese colador vegetal, no detendría los proyectiles.

El fuego intenso se generalizó. Kauffmann mandó un grupo a tomar las canoas que se encontraban a la derecha del paso, aguas abajo, pertenecientes al poblador cuya humilde vivienda se mostraba quieta.

- ¡Fuego de apoyo! - gritó Moore ante la maniobra. Y las descargas se sucedían implacables mientras los embarcados precariamente, trataban de alcanzar la otra costa. Sobrecargada, una se dio vuelta con el empujón inicial. Sus ocupantes, mojados y a los saltos, trataron de ganar las líneas nuevamente. Algunos no lo lograron. En la mitad de la corriente, el que llevaba la pala de la otra, cayó por un certero disparo en la frente. La canoa sin control, comenzó a derivar aguas abajo.

- ¡Fuego, fuego a discreción! - gritaba Moore tratando de provocar una cortina que cubriera a los improvisados navegantes. Fue en vano. De a uno se desprendieron como uvas maduras hasta que no quedaron sino dos heridos, con sus cabezas colgando por la borda. Las aguas se iban tiñendo de rojo. La canoa bailaba su macabra danza en círculos.

El silencio se hizo por un momento. Fue el homenaje dado a esos valientes que, bajo fuego, quisieron tomar la fortaleza vegetal. No duró mucho. Los disparos se sucedieron otra vez sin solución de continuidad.

Iturre, herido en su intento de llegar hasta la embarcación con otro de sus pares, fue atendido en la retaguardia y llevado al rancho del cazador lugareño.

- Sargento, ubique al Comandante Romero y Esquivel, que debe estar marchando para aquí y déle nuestra posición. Dígale que apure la marcha. Nosotros nos aguantaremos mientras el parque dure. Después, no sé que pasará. Desconozco la capacidad de fuego total de esos diablos. Aunque no debe ser mucha más que la nuestra. Por los datos, la columna no llevaba vituallas extras, sólo lo que cada portaba para sí. Eso me alienta. Explíqueselo bien. La lucha cuerpo a cuerpo es aleatoria con esa gente, más si nos lanzan los indios - ordenaba Manzanares al correo preparado, que partió raudo con el cese de las palabras de su jefe.

La noche cubrió el lugar con su manto de duelo. El cielo de la tarde, sucio con la sangre derramada, se diluía a medida que la paz nocturna imponía una tregua. El grupo rebelde afianzó su posición en esta margen, mientras, del otro lado, las escasas fuerzas y con no más de diez o quince disparos por hombre, esperaban el arribo del magro contingente de Cayastacito, convocado también con urgencia por Manzanares, que veía poco fácil la partida y necesitaba un respiro.

- ¿Qué hora tiene Ramírez? - preguntó Pancho Ramírez y Esquivel a su segundo que franqueaba la derecha.

- ¡La una mi comandante! - dijo leyendo el cuadrante de su inmenso reloj de acero sujeto con una cadena que cruzaba el abultado abdomen.

- ¡Ya la una! ¡Que bárbaro, como corre el tiempo! Se nos va Ramírez, ¡se nos va!. Piense que ya estamos a veintiuno. Otro otoño auestas, y van muchos ¡Quien pudiera llegar a ver el novecientos! - exclamó suspirando mientras escudriñaba el oscuro perfil del monte bajo que estaba a pocos metros adelante, pasando el arroyo Leyes.

- Mande que un grupo lo cruce y explore el terreno. No quiero sorpresas y menos de noche. Con esta gente supersticiosa y la sorpresa. No, no les daré esa oportunidad!

La cinta del Leyes era un trozo de luna estirado sobre el negro terreno por el que cabalgaban a marcha forzada. Las descubiertas le habían informado del encuentro en la ribera del Saladillo. Corría a prestar ayuda a su amigo y tocayo

Manzanares.

Les caería por la retaguardia. Con la señal de que nada se interponía adelante, levantó el brazo y lo bajó extendido. La tropa comenzó a cinchar contra la corriente con el agua en las verijas de los animales. Algún grito no contenido, fue prontamente acallado. Y así, en silencio, fueron saliendo hombres y animales del agua que corría su suerte mansa, serena, hacia la plata de la laguna que se abría a la noche gigantesca, un par de kilómetros aguas abajo. Las estrellas reflejadas aguas arriba del cruce, prolongaban el cielo hasta las patas de los caballos que las rompían implacables, pisoteándolas en cumplimiento de la orden impuesta.

- Señor, señor - decía el jinete agitado, con la respiración entrecortada por el esfuerzo que realizara - adelante hay gente desplegada, esperándonos - Con detalles brindó el informe de lo que había visto hacia el noroeste de donde se hallaban en ese momento.

- ¡Alto! - ordenó con voz estentórea y la tropa frenó la marcha - ¡Ordene desmontar y desplegarse en posición defensiva!

- ¡Comprendido mi comandante!

La orden fue cumplida. La máquina militar del regimiento 7 de Abril comenzaba a funcionar a la perfección. Se sentía orgulloso de su mando. Si bien era un grupo heterogéneo en cuanto a la composición de la tropa, había perfeccionado a fuerza de instrucción y simulacros su capacidad ofensiva, atemperando las pasiones y divisiones internas con el empuje de su liderazgo y defensa de sus subordinados, toda vez que lo requirieran por algún problema. Se había ganado la lealtad de esa gente humilde, dura, producto de otra gente más sufrida y dura aún. Ellos comían dos veces la mayoría de los días .

- Que Fermín "el tano" y el tape Rosales salgan ya para los Cachos. Deben vadear el Saladillo antes de ese lugar y ponerse en contacto con el Comandante "Manzanares" Quiero que entreguen este mensaje. Es necesario coordinar el ataque. Así, con presión por dos flancos, debilitaremos su capacidad operativa y facilitaremos nuestra victoria. ¡Ya, vamos! Los jinetes partieron

raudos hacia el peligro.

Mientras aguardaban noticias, demandó que otro grupo de exploradores estudiara las fuerzas que se le oponían y su distribución precisa.

Las horas de la espera pasaron lentas. Con el arribo del primero de los emisarios, se enteró de que en Los Cachos ya no quedaban fuerzas leales. Se habían replegado o algo peor.

Una furia sorda fue embargándolo. Nervioso, el animal que lo soportaba, oliendo el peligro, dio una vuelta en redondo, caracoleando. El ceño fruncido era el único indicio del entremezclarse en su mente las varias tácticas posibles para concretar la estrategia que se había propuesto emplear, madurada a lo largo de esa prolongada noche.

- ¡Ramírez! - convocó nuevamente a su asistente - ¡Que vengan el mayor Machado, el comandante Leiva, Reyes y los otros oficiales cabeceras de grupo!

- ¡A la orden, mi comandante! - replicó aquél, firme sobre la grupa, girando para cumplirla.

- Vean - decía mientras con un palo trazaba las posiciones en el suelo arenoso - estamos aquí. Ellos han desplegado sus fuerzas pensando que nos moveremos por los bajos del Mocoretá, para acortar camino. Evidentemente se proponen atacarnos por el flanco derecho ¡No les daremos el gusto!

- ¿Son muchos? - interrogó Leiva tratando de obtener la información que necesitaba para armar un cuadro correcto de la situación.

- El grueso de sus fuerzas, al menos en número. Conforme me fue informado, los ingleses están todavía en el Saladillo, cuidándoles las espaldas, de Manzaneros.

- ¡Ah, mejor! - exclamó aliviado el aludido oficial.

- La caballería se dividirá en dos flanqueando a la infantería que avanzará al centro como punta de lanza, para comprometerlos desde el vamos. A mi señal atacarán por los costados. Los encerraremos sin posibilidad de escape. No se confíen. Es una fuerza nutrida. Su fuerte es el refuerzo del casi centenar de extranjeros que los apoya, bien armados.

Se discutieron detalles menores respecto de las

ubicaciones a adoptar y tuvo él que imponerlas, para evitar que el celo por ser los primeros, desordenara el tablero que había armado en su cabeza con nombres y todo. En ella ya empezaban a cargar contra el enemigo.

- ¡A la carga valientes del 7 de Abril! - ordenó con esa alegría feroz del profesional de la muerte, que se ve por fin convocado para lo que su vocación le mandó ser. Y la infantería, ansiosa, con el nerviosismo de la incertidumbre y el empuje del poco valor individual que se iba sumando, prestándose hasta desbordar con la marcha la capacidad de contención de cada uno, fue marchando pisoteando el miedo inicial. Quedó mezclado en la retaguardia con la densa nube de polvo que levantaban.

- ¡A paso de trote! ¡Cargar! - ordenó cuando tuvo a la vista las posiciones rebeldes. Y el clarín, ese animal de garganta de bronce, tocó a combate, haciendo hervir la sangre de la columna que avanzaba ahora más allá de sus fuerzas naturales.

- Ya vienen! - gritó Bernardo a Francisco Iturraspe que lo acompañaba en su emplazamiento. - ¡Atención, vienen! - dijo indicando la dirección del frente de las tropas oficiales que se acercaban en plena carga.

Los primeros disparos causaron un efecto desbastador en la infantería. Los heridos rodaban ya en los atacantes, pese a que la distancia restaba contundencia y precisión a los tiros.

Hundieron más los codos en la tierra y se prepararon para repeler la infantería, cuando el sonido de los cascos de la caballería que cargaba por ambos flancos, introdujo la cuña del pánico en los bordes.

Patricio Cullen con su gente intentó cargar, pero fue abatido su caballo con un certero disparo. Rodó y fue ayudado a montar en la grupa de uno de los animales que conducía un peón de su estancia que, rápidamente se apeó y le cedió la cabalgadura corriendo a refugiarse entre unos espartillos.

Sus fuerzas se replegaban en desorden. El hizo lo propio e intentó poner distancia cuando, dado el galope disminuido por la mala monta, fue nuevamente alcanzado por un proyectil. Esta vez él rodó herido. Efectuó un disparo de fusil que no dio en el blanco. Un lanzazo certero se hundió en su cuerpo.

Las últimas boqueadas fueron apuradas por otra lanza que se clavó también en su cuerpo. Ya no escuchó el fuerte alarido dado por el salvaje soldado que separó su cabeza a cercén, colocándola chorreando sangre en la pica de su lanza. Fue enarbolada como macabro trofeo de triunfo. Esperaba que sus jefes aplaudieran su pasión y lo premiaran.

La derrota fue completa. Los rebeldes se dispersaron en desbandada. Algunos en su huida, dieron aviso a los norteamericanos y su gente que se aproximaban para apoyarlos.

“No”- repetía la cabeza de Romero y Esquivel mientras se movía de un lado al otro. Consternado por el espectáculo. ¡Hasta donde podía llegar la inculta fiereza del hombre, embargado por aquella primitiva pasión animal de muerte! No ya el enemigo derribado, vencido. Sino el regodeo en la muerte del mismo. El placer de la violencia en sus despojos.

Dio órdenes estrictas para frenar a la soldadesca que comenzaba a quebrar sus límites, para convertirse en horda.

Puso dos oficiales de confianza al mando del grupo que cuidaba los prisioneros heridos, entre los que estaban las preciosas personas de Pancho y Bernardo Iturraspe, Juan López, "El chipá" que le decían para distinguirlo de los demás López, entre otros.

- ¡Leiva ! Hágase cargo de la caballería y prosiga con la tarea de limpieza. Nos veremos en Helvecia, hacia donde me dirigiré por río con Reyes. No perdonen a nadie y reponga caballos. Ramírez lo secundará. Cualquier cosa, ¡son órdenes mías!

- ¡Comprendido, mi comandante! Tenga la seguridad de que así se hará. No quedará ningún rebelde libre en el camino-

- ¡Bien carajo, pero ojo! No quiero violencia innecesaria. Constituimos un cuerpo disciplinado. No manchemos la victoria con bajezas. En especial la caballería no puede permitirse ciertas debilidades ¡Téngalo presente !

- ¡No se preocupe mi comandante! Sé lo que ha pasado y no me enorgullece. Lo lamento profundamente. Comparto con usted el sentimiento por lo ocurrido al vecino que muerto, ya no era un enemigo.

- ¡Vaya! ¡No es momento para discursos, la campaña

continúa!

Las fuerzas de caballería venían pisándoles los talones y, después de lo acontecido, en particular con Patricio Cullen, no quedaban ganas de caer en manos de tan crueles adversarios; así que a galope tendido arribaron a la casa de uno de los franceses. Casi sin atender los gentiles reclamos de esas buenas personas, que pronto comprendieron la situación, cambiaron la mitad de los caballos y siguieron viaje en procura de las restantes monturas que permitieran el refresco necesario, para poder internarse en el monte y desaparecer por un tiempo prudencial.

Pidieron a los colonos amigos que hiciesen saber a sus familias que se hallaban bien y en viaje al norte. No dieron un destino cierto para no comprometerlos. Evitaron denunciar por cualquier eventualidad su paradero que, aunque deducible, no era fácil de precisar en esa dilatada comarca salvaje.

Una gran nostalgia los embargó cuando rodearon California por el oeste. A su vista se ofreció en la distancia, en el límite de Colonia Galense, el molino harinero en plena tarea. Si hasta casi les parecía sentir el ruido continuo y sordo de las muelas de piedra triturando el grano de la esperanza. La imaginación les jugaba una mala pasada. Muchos ojos se humedecieron. El futuro pareció cerrarse de nuevo.

- No importa, ¡seguiremos adelante! - gritó Moore a quienes parecían rezagarse. No furioso, ni amargado, sólo triste. Con la pena profunda por el esfuerzo vano de tantos valientes. El ahuecó el brazo y observó los agujeros en el costado izquierdo de su camisa, donde una bala paso rozando las costillas a la altura de su axila. Sager notó el movimiento.

- ¡Te erraron por poco! - le dijo.

- Fue un buen tirador con mala suerte! - le respondió Will.

- ¡O un adversario con mucha suerte, creo en tu caso!- le contestó sonriendo, mientras cabalgaban a la par ya en los límites de Colonia Eloísa.

- Apuremos el paso, aunque sea lo último que hagan estas pobres bestias nobles. La remonta en lo de Vernet nos permitirá

refrescar la marcha y poner más distancia. Alejandra estará más cerca y habremos ganado el tiempo requerido para reponer fuerzas y conseguir lo necesario para continuar andando.

- ¿Hacia dónde?- preguntó Sager, con cierta ironía.

- Hacia el mismo infierno, si es necesario ¡Les daremos batalla en su propio terreno, si no queda remedio! - contestó Moore .

La resignación por lo ocurrido había comenzado a echar sus raíces. Lo acontecido a la aventura fue tomando sus dimensiones propias con el corto tiempo transcurrido,; perdiendo el aura encantado que la envolviera, producto del puro entusiasmo y estímulo común. Y allí estaban, un grupo de hombres derrotados en una violenta aunque oscura batalla, al menos para ellos, que fueron voluntarios convidados, sin otro compromiso que con la acción misma, brillante, dorada, atrayente y caprichosa como mujer bonita.

Grobet facilitó el recambio Fue también el último en montar, entre el llanto de las mujeres de la casa que sacudían sus pañuelos en la galería cuando volvieron a partir presurosos hacia el norte.

Cabalgaban abiertos en abanico, para evitar el polvo que levantaban; así que a los gritos se entendían con los de sus costados. Las idas y venidas de las charlas inconexas, demoraban más de lo habitual. Sin embargo no callaban. Se les hacía necesario hablar para llenar ese vacío dejado por la derrota. Lo hacían tanto, que parecían un grupo de gallinas en desbandada.

Will se percató de esa circunstancia y la sonrisa dibujada en sus labios se convirtió en carcajada.

- ¡Si nuestras mujeres nos escucharan! - le gritó a Kauffmann, a su derecha en ese momento - ¡Les tiramos lejos el cetro! ¡Vaya bandada de cotorras en que nos convertimos!.-

Esa aseveración fue imponiendo silencio y quien más, quien menos, comenzó también a sonreír ante la observación formulada.

- ¿Buscamos Mal Abrigo, verdad? - preguntó Sager que ansiaba visitar sus lares antes de perderse en el Gran Chaco, donde se sabían a salvo como los materos, con la ventaja del

apoyo logístico a lo largo y a lo ancho de las tierras del Pájaro Blanco, de familiares, novias y, ¿por qué no? amantes, que habrían de brindarse por entero para asegurarles la ayuda necesaria.

- Sí, será el último punto que tocaremos. Desviaremos al oeste e iremos al encuentro de los nacionales. El coronel Manuel Obligado habrá de brindarnos protección transitoriamente. Cuenta con instrucciones del Ministro Alsina, que prometió su apoyo irrestricto a la campaña contra Bayo. Allí, en su comandancia, las milicias provinciales nada podrán hacer, excepto morder el polvo de la impotencia, mientras reponemos fuerza - contestó Leiva que cabalgaba a su lado y manejaba el aspecto político de la retirada, por sus vinculaciones con los factores de poder dominantes en la intrincada trama de acciones y reacciones palaciegas, con que se regodeaban los señorones capitalinos comprometidos con ellos desde Buenos Aires.

A la sazón en El Rey, las tropas federales prolongaban el receso del mediodía, para reponerse de la fatiga y de la somnolencia que le había provocado el succulento asado que les fuera servido para salvar el hiato de la frugal ración de campaña que los hubo acompañado durante la semana última.

El adormilado centinela que auscultaba el sur cada tanto, de a largos ratos cansinos, dio la alarma. Un jinete se acercaba a revienta caballo, levantando una prolongada pluma de polvo que se perdía en la resolana, quebrando sus contornos. La figura cenicienta se iba agrandando con los minutos. La bandera en lo alto de la tacuara que le servía de mástil, sobresaliendo del árbol en que la hubieron emplazado, guiaba su galopar. Ya no necesitaba conducir la cabalgadura. El relincho de algún caballo del grupo, orientó a la bestia sudorosa que corría debajo. Un resoplido agónico fue apenas su respuesta. Solo le quedaban fuerzas para repetir mecánicamente ese trote rápido, llevado al límite de su capacidad.

El jinete sofrenó el animal a la sombra del árbol embanderado, desmontó precipitadamente y, cuadrándose, con la respiración agitada exclamó:

- ¡Correo para el señor Comandante Obligado!
- Acérquese soldado - dijo el militar mientras tendía la mano para recibir el despacho.

- Sírvase señor - expresó respetuosamente el joven mensajero entregando en manos propias el objeto de su misión.

- ¡Arce ! - convocó perentoriamente el fogueado militar, después de leer.

- ¡A la orden! - le respondió uno de sus oficiales de mayor rango.

- Vea por usted mismo - le dijo alcanzándole el papel bastante arrugado, que consignaba precisas instrucciones para que los refugiados que fueren llegando para ponerse bajo su protección, sean detenidos y entregados al gobierno provincial.

- Con esto se modifican sustancialmente las instrucciones verbales que recibiera personalmente del Ministro y fueran objeto de nuestra charla días pasados - recalcó, agregando: - Dé órdenes de marcha; regresamos a la Comandancia. No quisiera estar en el pellejo de estos pobres desgraciados. Habrán de pagar los platos rotos ¡y con creces! Esta política de caudillejos y facciones acabará con la Nación en corto plazo, si no se refrenan las pasiones egoístas. En fin, debemos cumplir con nuestro deber; su majestad la obediencia lo exige. Por las dudas, envíe a alguien que se adelante mientras se prepara la tropa, para hacer conocer las nuevas. Veremos de morigerar los efectos de esta disposición tan extraña a la que campeaba en el Ministerio de Guerra y confunde las propias recibidas de la más alta autoridad. Démosles una oportunidad a aquellos que de buena fe se nos arriman para que desaparezcan... - concluyó sonriendo maliciosamente.

Entrecerró los párpados y miró lejos, hacia el poniente, al final de esa pampa próxima que se abría inmensa, bañada de luz y de tantas otras promesas de seguridad que, a fuerza de coraje y empeño, trataba de hacer realidad con poco éxito. Esa llanura estaba mucho, mucho más allá de la capacidad de comprensión de quienes ocupaban los vastos despachos en la capital y tomaban las decisiones, sin ver fuera del límite de sus estancias...

Los pastos genuflexos barrían de a ratos el suelo, con cada golpe del norte que no cesaba de arrojar sus vientos.

.....

EL REGRESO

El tiempo fue restañando algunas heridas, aunque no todas. Dentro de William quedaban las urticantes laceraciones de los errores pasados que no por racionalizados habían desaparecido. La muerte de Hurt por sus manos, no terminaba de cerrar. Era una culpa de la que nadie hablaba.

Las finas y persistentes gotas de lluvia de la sudestada golpeaban los pequeños vidrios del dormitorio en forma insistente, hablándole elocuentemente de la dureza del invierno. El frío pujaba por permanecer en el recinto, después de su instalación durante la larga noche de Julio. Winnie, hacía un momento había bajado a la cocina y se escuchaba el ruido que producía su afanoso trajín en procura del temprano desayuno para los suyos. La contempló con su imaginación desde todos los tiempos. Comprendió que era de ella aún más el dolor por todas las cosas ocurridas; por aquellos errores acumulados y esa pequeña pero constante venganza que se tomaba la tierra, como costo por el derecho de poseerla, y las muertes sobrevenidas y el siempre presente eco irredimible de esa impotencia pequeña, larvada, para poder sobrellevar esa dura e irrevocable manera de ser humano en el Pájaro Blanco.

Tal vez fuere la mañana gris, pero de seguro no. Eran las certezas de la vida transcurrida; ese balance implacable que uno no podía esconderse a sí mismo, como no podía evitar ese rostro ahora reflejado en el espejo mientras afeitaba las irregularidades en el contorno de su barba y recortaba la misma para tratar de dar a su cara, aquella imagen que había ido elaborando con los años y que ahora, casi como un extraño, observaba críticamente cómo con ellos se había ido deteriorando.

El mechón rubio que llegaba entonces a castigarle los ojos, había retrocedido a la mitad de la cabeza, dejando una amplia frente que ninguna forma de peinado podía disimular. Desvió un poco el rostro para mirarse de costado y comprendió claramente, que de aquel joven entusiasta, quedaron sólo los ojos

y, detrás de ellos, ese espíritu aún implacable e inquieto, que nada ni nadie podría dominar.

Ella había subido silenciosamente. Cuando levantó los ojos, la vio a su lado. Aunque en verdad, siempre había estado a su lado, aún en medio del duro Chaco, cuando las incursiones al monte gualamba. Con ella miró por la ventana hacia el río que iba para el sur y esas nubes bajas que pujaban por frenarlo.

- ¿No la querés, verdad? - le preguntó refiriéndose a toda ella, con su magnificencia y sus miserias.

- No, es ella la que no me quiere. Le ofrecimos el tributo de una vida, un hijo, que yace en sus entrañas y el futuro incierto de otros ocho, que habrán de nutrirla en su momento; y nos rechaza. Es indomable. Estoy convencida de que no ha nacido la fuerza capaz de redimir esta tierra. La lápida en la tumba de nuestro querido retoño dice "killed by the indios", pero no es así. Fue ella, ella sola, ¡esta tierra dura maldita!

- ¡Vamos querida! Hemos demostrado nuestra fortaleza y nuestra capacidad. No podrá vencernos.

- No Willy querido, no es eso. No son sus habitantes, es la propia tierra, insisto. Salvaje, vital, agresiva. Así pasen los años, nadie la poseerá. Podremos transitarla, instalarnos, pelear, sin embargo vencerá al fin de los tiempos. Está debajo, no dormida sino vigilante, con todo su arsenal vital dispuesto a reivindicar sus derechos telúricos. Y nada ni nadie, podrá con ella. Lo veras, Will, lo veras.

Miró nuevamente por la ventana y sonrió. Allá, extensa, se encontraba refrescando su faz aparentemente mansa como cualquier mujer joven; pero cierto, con ese fuego temible que al menor descuido, arrasaría con todo. Tal vez Winnie tuviere razón. No eran los errores, ni las culpas, sino esa tierra, más fuerte que el quebracho que de ella se nutría. Sintió nuevamente la opresión en el pecho y palideció algo. El dolor volvía despacio, con cada apretón de tuerca a los goznes de su espíritu.

- ¿Qué te pasa, Will? - le preguntó ella muy preocupada al ver su expresión..

- Nada serio. Apenas una molestia en el pecho. Consultaré al Dr. Romang cuando pase por aquí. Ya le hice saber mis deseos de verlo; así que de seguro hará un descanso en el próximo viaje.

- Perfecto, pero no te descuides, ¡por favor! - le rogó ella.

- No te preocupes. En cuanto a lo que estuvimos anoche hablando con Wilhjem, respecto de vender esto, dejámelo pensar. No es fácil la decisión, aún cuando la oferta aparece como ventajosa. Sus letras de crédito son confiables.

- Sí querido, el apuro es mío. Ella no me quiere, no...

Los días transcurrieron y el viento fue dando cada vez más fuerte su cálido abrazo a esa amplia comarca que, de puro gozo, sangraba en los ceibos y en los lapachos, entre la algarabía de las aves que se disputaban los territorios vegetales. La nueva partida estaba echada, los dados jugados los llevaron aquella mañana al despreocupado puerto de Santa Fe, donde con una alegre tristeza, o triste alegría, retomaban la trashumante vocación.

Algunos lazos femeninos rotos, los hijos que quedaban en tierra mientras el vaporcito se desprendía de la baja ribera y entraba en la corriente y los amigos, bien amigos, hechos durante tantos años, dolían profundamente, borrando esa desdibujada ciudad interior que iba retrocediendo con cada vuelta de pala, ajena por completo a esas pasiones cruzadas que los embargaba, nublándoles los ojos.

La figura de Gordeau se fue haciendo pequeña en el precario muelle y quedó allí, cristalizada en sus memorias, como principio y fin de su aventura en las tierras del Pájaro Blanco; inmóvil, permanente; un daguerrotipo particular.

- ¿Que le pasa don Gordeau? - preguntó el maestro José Villegas que se había dado una vueltita por el lugar, con el fin de tomarse un recreo y tentar las novedades de los arribos y las partidas.

- Nada, don Pepe, sólo una gran tristeza. Se ha ido otro de ellos, uno de los mejores y todavía no hemos aprendido la lección.

- Moore, ¿verdad?. Me enteré ayer. Es una lástima. Somos tontos los criollos. No sólo los dejamos ir, sino que pronto, ya verá, nos olvidaremos de ellos, los verdaderos padres de la tierra.

- Así es mi amigo. La regaron con su sangre, su sudor, su orina de agua fresca, no de alcohol trasnochado u ocioso. Por sus

brazos germinó, se multiplicaron los panes, se llenó de risas y cierto, ¡también de lágrimas!

- Es lamentable.

- Sí don Pepe, lo es. Son los padres y las madres de esta generosa tierra, todavía ávida del arado, tanto como de la lluvia. Y ellos no la hollaron, la hicieron suya. Les fue concedida y se la ganaron con sus vidas y la de sus hijos. Ya verá. A sus lenguas diversas se las llevará el viento y su recuerdo se irá borrando rápidamente...

- ¿Será para tanto, don Gordeau?

- Lo verá, mi amigo. Sólo anhelo que permanezca su aliento florecido y su espíritu quede entero en la región, para que lo recojan otros y lo hagan suyo...

El silencio dio otra vuelta de página a la pequeña historia de aquel verde mosaico del fin del mundo...

**Miró al ciervo orgulloso
Su hermosura fascinaba**

**Levantó la mira
Apretó el gatillo**

**El orgullo presado
Brindó rica carne salvaje**

**El vino y el amor
Se colocaron en la mira**

Colonia California

Epílogo:

Una vez abiertos aquellos ríos arteriales, como expresara en otros trabajos, el autor pone de manifiesto que habla asumiendo la responsabilidad de ser descendiente de los que originaron esta Latinoamérica nuestra; de matronas, artesanos, criollos y colonos; no de la Incamérica invocada frecuentemente, Mayamérica o Aztecamérica ya desaparecidas; de las que hace mucho más de dos siglos solo quedan realmente piedras, palabras y una nostalgia pernicioso en los umbrales de la Era del Espacio. Nadie puede desconocer que en la actualidad, los que perdieron – por razones diversas y discutidas - todas las batallas a lo largo del tiempo de nuestra historia, pretenden ganar la guerra, reescribiéndola, habilitando para ello oscuras servidumbres de paso intelectuales que buscan confundir a las nuevas generaciones.

Pobres de los pueblos que tienen el pasado como destino.

Los descendientes de esos valientes norteamericanos que fundaron Colonia California siguen por el mundo realizando la verdadera y diversa historia, en los umbrales de la Era del Espacio.

Nadie puede negarlo:

Dante con Juan Pablo II y el Dr. George Coyne, ex Director del Observatorio del Vaticano (Spécola Vaticana):



Su hermano Horacio con Benedicto XVI y el Dr. José Funes, Director del Observatorio del Vaticano (Spécola Vaticana):



Dante con las mismas personalidades:



Dante en el acto de incorporación a la Academia Nacional de Ciencias (2012):





Javier, astrónomo:



Con los jóvenes astrónomos del siglo XXI en la Estación Astrofísica de Bosque Alegre:



Ana Laura, investigadora invitada de la Universidad de Wisconsin:



Andrea, investigadora invitada de la Universidad de Wisconsin:



Marco, Sofía, Bruno y Guillermo:



Sofía con el Dr. José Funes en el Observatorio del Vaticano:



(The History Chanel)

Sofía en la finca de Galileo:



Hay muchos descendientes más por el mundo recorriendo esta escala abierta hacia la Galaxia; son legión. Nada podrá detener el torrente, abiertos esos ríos genéticos.

Vaya el homenaje de todos nosotros a esos olvidados valientes, a quienes tanto debemos.

BIBLIOGRAFIA GENERAL:

ARCHIVO DE LA PCIA DE SANTA FE - Registro Oficial - Tomos V a X - Tipografía de la Revolución - Santa Fe 1889.

*ARCHIVO GRAL. DE LA PCIA - BOLETÍN - Epoca Constitucional - Indios e Inmigrantes (¿?)**

BIBLIOTECA POPULAR CONSTANCIO C. VIGIL - Santa Fe: el paisaje y los hombres - Editorial Biblioteca - Rosario - 1971.

BURMEISTER; Guillermo - Artículo extenso en Ergaenzungsheft n° 39 zu Petermann's Geographischen Mitteilungen - Justus Perthes - Gotha - 1875.

CECCHINI DE DALLO; A. M. - Evolución Político-Institucional 1862-1912 -Apuntes Curso sobre Evolución Histórica de la Provincia de Santa Fe - Santa Fe - 1980.

CERVERA; Manuel M. - Historia de la Ciudad y Provincia Santa Fe - 2 Tomos - La Unión - Santa Fe - 1907.

CERVERA; Manuel M - Poblaciones y Curatos- Castellví - Santa Fe 1939

CROUZET; Maurice - Historia Gral. de las Civilizaciones - Tomo VI - Destino -Barcelona-1969.

*DE MARCO; Miguel A. - La revolución santafesina del 17 de Marzo de 1877 (¿?)**

*DUARTE; María A .- A la conquista del Chaco austral - (¿?)**

*Id. Id. - Algunos asentamientos y proyectos de Colonización Inglesa en la Argentina (1865 - 1870)- Revista Junta Provincial de Estudios Históricos.(¿?)**

ESTELA, Roberto - Comunicación personal sobre John C. Thompson - 2010.

GRASSINO; Susana B. - Análisis Integral de la Provincia de Santa Fe - Cámara de Senadores de la Provincia - Santa Fe - 1986.

INSPECCIÓN DE COLONIAS - Memorias - Buenos Aires 1883.

KAUFMAN; Ricardo - La Muerte del Conde - Santa Fe - 1982.

LOPEZ ROSAS; J.R .- Santa Fe, la perenne memoria - Municipalidad de .Santa Fe- 1993.

Id. Id. - Santa Fe, aquel rostro - Municipalidad de Santa Fe - 1998

MAFFUCCI MOORE, Javier Leandro - Justicia, reclamos y representación en el nordeste santafecino (1870-1890) - Congreso Argentino de Inmigración – IV Congreso de Historia de los Pueblos de la Provincia de Santa Fe – Asociación Amigos del Archivo Gral. de la Pcia. de Sta. Fe – Esperanza - 2005.

MAFFUCCI MOORE, Javier Leandro - Indios, Inmigrantes y Criollos en el Nordeste Santafesino (1860-1890). Un caso de violencia en una sociedad de frontera – Andes – Salta - 2007

MEDERA, Carlos – Centenario de la Escuela 6006 – El Litoral - Edición del Miércoles 10 de octubre de 2007.

MINNITI MORGAN, Edgardo Ronald - UNA “REVOLUCION AGRARIA”- Relación documentada de la inmigración santafesina y un caso de incendios, saqueo y corrupción en Colonia Sunchales – Monografía – Asociación Amigos del Archivo General de la Provincia – Esperanza – Santa Fe – 2005.

MINNITI MORGAN; Edgardo Ronald - Dicen que fue el último - Sudamerica Santa Fe – 1996 – Ediciones Virtuales Eta Carinae – Córdoba – 2009.

MINNITI MORGAN; Edgardo Ronald - “Colonia California en el Pájaro Blanco” Monografía - Asoc. Amigos del Archivo Gral. de la Pcia. de Santa Fe - Santa Fe - 1998. Obra incluida en el Hollis Full Catalog de la Universidad de Harvard.

MINNITI MORGAN, Edgardo Ronald – Cabalgando en la Memoria – Historia de San Javier – Ediciones Eta Carinae – Córdoba – 2007.

MINNITI MORGAN, Edgardo Ronald – Salvajes Palmeras del Pájaro Blanco – Edicions Virtuales Eta Carinae – Córdoba – 2009.

MINNITI MORGAN, Edgardo Ronald - “SAN JAVIER” – Su Fundación – 1743 – – Edición Homenaje a la Biblioteca Julio Migno de San Javier - Ediciones Eta Carinae – Córdoba – Argentina – 2011.

MONTENEGRO LILIANA - Colonia California - Evolución Parcelaria de la Propiedad Rural(¿?).

Id. Id. - Características Generales del Proceso Inmigratorio -Apuntes del Curso sobre Evolución Histórica de la Provincia de Santa Fe - Santa Fe 1980

Id. Id. - A 120 años del primer censo general de Santa Fe – El Litoral – Santa Fe - 2007.

MULHALL, Michael George y Edward T. - Handbook of the River Plate – Standard Printing Office – Buenos Aires – 1869.

NAVARRO; Ramón Gil – “El Progreso” – Córdoba 1866 – 1890.

REYNARES; Sergio - Santa Fe de la Vera Cruz - Colmegna - SantaFe – 1946.

ROSELLI; Manuel H. – Historia de Reconquista - Primera Parte – 3ra. Edic.- Fundación Banco BICA - Santo Tomé – sin fecha de edición.(¿1980?).

ROSELLI; Manuel H. – Historia de Reconquista - Segunda Parte – Ediciones Culturales Santafesinas –Subs. de Cultura de la Pcia. de Sta. Fe – Munic. de Reconquista – Reconquista (Sta. Fe) 1991.

TOURN PAVILLON; Guido Abel - Colonia Alejandra(Un lugar del Pájaro Blanco)- Santa Fe - 1986

Id. Id. - Colonia Alejandra - Folleto I - (¿?)*

TOURN PAVILLON, Guido Abel – El Clan Morgan – Alejandra – 2012.

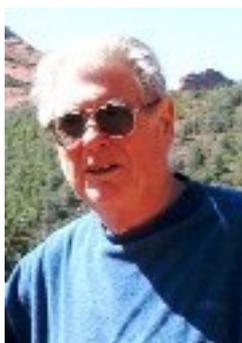
TOURN NIELSEN, Camila - Pájaro Blanco - Castellví - Santa Fe - 1959 (#)

VELEZ; Ignacio - El Eco de Córdoba - 1860 - 1886.

WILDE; María J.-Las milicias santafesinas entre 1868 y 1880 - Inst.Hist. de la Organiz. Nac.-1982

ZEBALLOS; Estanislao - La rejión del trigo - Hyspamerica - Madrid 1984.

(*) –El autor consultó estos boletines en diversas oportunidades, sin registrar el año de su edición.



El autor, nacido en San Javier, provincia de Santa Fe, Argentina y radicado en Córdoba, es poeta, escritor, historiador, divulgador científico – Ex Secretario General de la DPV y Secretario del Consejo Técnico de ese Organismo - Ex Directivo de la Sociedad Argentina de Escritores, SADE – Filial Córdoba – 2 períodos - Ex docente del Observatorio Astronómico de la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil de Rosario; como así Director del Boletín Astronómico de ese Observatorio y de la revista “Hoja Astronómica”, que alcanzaran divulgación internacional. Actualmente es Miembro de la Red Mundial de Escritores en Español e integrante del Grupo de Investigación en Enseñanza, Difusión e Historia de la Astronomía - Observatorio Astronómico de Córdoba – Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Ha publicado seis libros de poesía (“Mandato Cumplido”, “Madrugales”, “Una Rosa Roja” “Palabras para Pintar” , “Óleos para Leer” y “Con Acento”) – dos de ellos ilustrados con óleos de Nydia Del Barco, cuatro novelas (“Dicen que fue el último”, “Salvajes Palmeras del Pájaro Blanco”, “Los Solitarios” y “El Flaco”), tres libros de cuentos (“Para Leer en el Tren Bala”, “Para Leer en la Cola del Banco” y “Para Leer Dos Veces”); un ensayo poético (“Poesía”), la historia de su región natal (“Cabalgando en la Memoria”), diversas monografías; siendo coautor de un libro de divulgación astronómica (“Infinito”- Maravillas del Cielo Austral) y de dos obras de historia de la Astronomía en Córdoba (“Uranometría 2001” y “Córdoba Estelar” - UNC); como así dos obras en coautoría sobre Córdoba (“Córdoba Viva” y “Córdoba Viva Hoy”), entre otros múltiples trabajos literarios y de investigación histórica en congresos, libros, revistas y diarios del país y el extranjero; como así en la Web (historiadelaastronomía.wordpress.com, HistoLIADA, LIDEA, entre otros sitios).

Ha sido objeto de diversos premios nacionales e internacionales por su obra. Destacándose el premio internacional Herbert C. Pollock - 2005. erminniti@hotmail.com